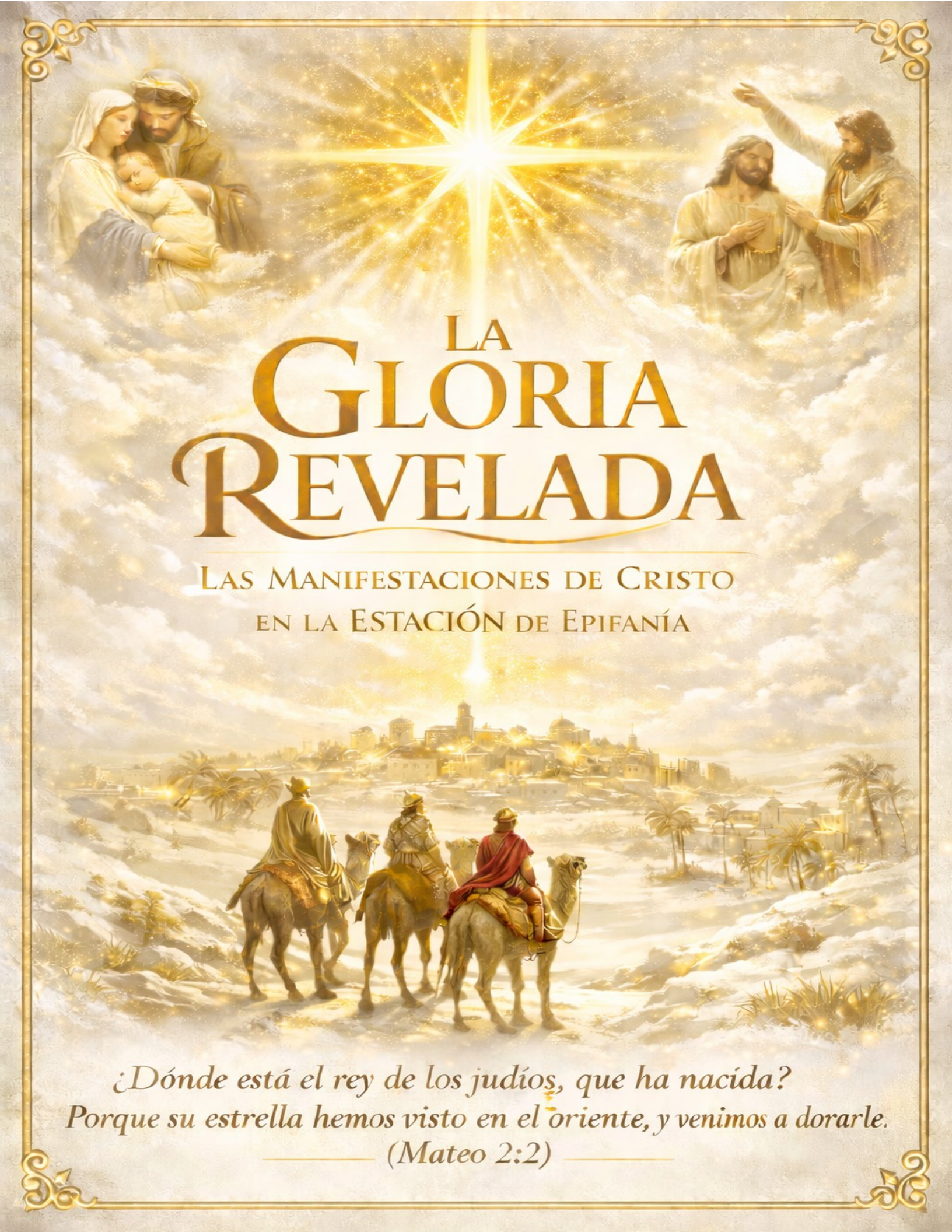




LA GLORIA REVELADA

LAS MANIFESTACIONES DE CRISTO
EN LA ESTACIÓN DE EPIFANÍA

*¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido?
Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a dorarle.
(Mateo 2:2)*

LA GLORIA REVELADA: LAS MANIFESTACIONES DE CRISTO EN LA ESTACIÓN DE EPIFANÍA

POR EL OBISPO JOSÉ ANTONIO RIOS



**IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA
CARTAGENA,
14 DE ENERO DE 2026**

CONTENIDO:

	Pág.
"De la Estrella a la Gloria: Contemplando a Cristo en el Tiempo de Epifanía".	7
"La Luz Manifestada a las Naciones: Misterio Revelado y Gloria Prometida" <i>Devoción para el Día de la Epifanía del Señor (6 de enero).</i>	11
"La Luz que Convoca a las Naciones: Cristo Manifestado y Adorado" <i>Sermón para la Fiesta de la Epifanía del Señor (Mateo 2:1-12).</i>	16
"Conocer y cumplir la voluntad de Dios a la luz de Cristo" <i>Devoción para la Primera Domínica después de Epifanía.</i>	26
"El Hijo en la Casa del Padre: la gloria revelada en obediencia y sabiduría" <i>Sermón para la Primera Dominica después de Epifanía.</i>	30
"La paz del Dios soberano y la manifestación de su Hijo" <i>Devoción para la Segunda Domínica después de Epifanía.</i>	40
LA GLORIA REVELADA EN EL HIJO AMADO: <i>La Epifanía de Cristo en su Bautismo</i> <i>Sermón para la Segunda Domínica después de Epifanía.</i>	44
La Gloria que Sostiene: Cristo, Defensa de los Débiles <i>Devoción para la Tercera Domínica después de Epifanía.</i>	54
LA GLORIA TRANSFORMADORA: Cristo Manifestado en la Boda de Caná <i>Sermón para la Tercera Domínica después de Epifanía.</i>	58
La Autoridad que Sana y Sostiene: La Gloria de Cristo en medio del peligro y la fragilidad <i>Devoción para la Cuarta Domínica después de Epifanía.</i>	68
LA AUTORIDAD COMPASIVA Y LA FE QUE ACOGE A LAS NACIONES <i>Sermón para la Cuarta Domínica después de la Epifanía</i>	72
"Guardados en la Gracia, Formados en la Esperanza: La Iglesia bajo el Cuidado del Señor del Campo" <i>Devoción para la Quinta Domínica después de Epifanía.</i>	84

La Paciencia del Sembrador y la Esperanza del Trigo: Manifestaciones del Reino en la Epifanía <i>Sermón para la Quinta Domínica después de Epifanía.</i>	89
“Entre la manifestación y la consumación: Vivir como hijos en esperanza” <i>Devoción para la Sexta Domínica después de Epifanía</i>	99
La Epifanía Consumada: la Manifestación Gloriosa del Hijo del Hombre <i>Sermón para la Sexta Domínica después de Epifanía</i>	103



"De la Estrella a la Gloria: Contemplando a Cristo en el Tiempo de Epifanía"

Introducción:

La solemnidad de la Epifanía se alza en el calendario cristiano como un tiempo de luz teológica y contemplación reverente, en el cual la Iglesia confiesa que la gloria eterna del Verbo encarnado no permaneció oculta, sino que fue manifestada progresivamente para la salvación del mundo. *"La Gloria Revelada: Las Manifestaciones de Cristo en la Epifanía"* nace de esta convicción profunda: que la historia de la salvación alcanza en Cristo su pleno resplandor, y que la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, ha aprendido a contemplar este misterio a través de la oración, la liturgia y la meditación constante de las Escrituras. Desde los primeros siglos, la Epifanía fue celebrada como el día en que Cristo se dio a conocer a las naciones, cumplimiento de la promesa hecha a Israel: "Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti" (Isaías 60:1). San León Magno proclama con voz apostólica: *"En la Epifanía del Señor se manifiesta la vocación de los gentiles, y la Iglesia, desde sus primicias, aprende a adorar a Cristo en todos los pueblos"* (Sermón 31 sobre la Epifanía).

En Oriente y Occidente, la Epifanía se desarrolló como una gran síntesis teológica de las manifestaciones de Cristo: su nacimiento, su adoración por los magos, su bautismo y su primer signo en Caná. Mientras la tradición oriental subrayó de manera especial el Bautismo del Señor como revelación trinitaria —la *Teofanía*—, la tradición occidental acentuó la adoración de los magos como signo de la universalidad de la redención. La tradición Anglicana, heredera de ambas corrientes y fiel a la centralidad de la Escritura, recogió esta riqueza en el *Libro de Oración Común*, **estructurando la Estación de Epifanía como un camino espiritual donde el creyente contempla, domingo tras domingo, la gloria de Cristo que se revela en palabra y obra**. Tal como afirma San Agustín: *"Hoy celebramos el día en que el Señor fue manifestado al mundo; no solo a los judíos, sino también a los gentiles, para que todos crean y vivan"* (Sermón 202).

La Epifanía, celebrada el 6 de enero, conmemora ante todo la manifestación de Cristo a los gentiles en la adoración de los magos (Mateo 2:1–12). En ellos se cumple la esperanza veterotestamentaria de las naciones que caminan hacia la luz del Mesías, trayendo dones al Rey prometido (Isaías 60:3–6; Salmo 72). San Ireneo de Lyon interpreta este misterio diciendo: *"Los magos adoraron al que era Rey eterno, reconociendo en el niño al cumplimiento de las profecías"* (Contra las Herejías, III, 9,2). La Iglesia ve en este acontecimiento el anuncio de su propia misión, **proclamar a Cristo como Señor de todos los pueblos**.

La Primera Dominica después de Epifanía dirige nuestra mirada al niño Jesús en el templo (Lucas 2:41–52), donde su gloria se manifiesta en sabiduría y obediencia

filial. Este episodio evoca al joven Samuel que servía ante el Señor (1 Samuel 3) y anticipa al Cristo que es la verdadera Sabiduría de Dios (Proverbios 8). Orígenes comenta, *"Cristo es hallado en el templo porque allí se revela a quienes buscan con diligencia el sentido de la Ley y los Profetas"* (*Homilías sobre Lucas*, 19). La Iglesia contempla aquí la santificación de la vida cotidiana y el crecimiento espiritual bajo la gracia divina.

En la Segunda Domínica después de Epifanía, la gloria de Cristo resplandece con singular claridad en su bautismo en el Jordán (Marcos 1:1–11), acontecimiento en el que el misterio de Dios se manifiesta de manera plena y luminosa como revelación trinitaria. Al abrirse los cielos, se rasga el velo que separa lo visible de lo invisible, y la economía de la salvación se deja contemplar en su profundidad: el Hijo amado se presenta en obediencia humilde, el Espíritu Santo desciende sobre Él en forma corporal como paloma, y la voz del Padre eterno proclama desde lo alto: **"Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia"**. Esta declaración no solo autentica el ministerio público de Jesús, sino que revela su identidad eterna como el Hijo perfecto, consustancial al Padre, en quien descansa desde siempre el amor divino y la plenitud de la voluntad salvífica. Este misterio se halla profundamente enraizado en las figuras del Antiguo Testamento, que ahora alcanzan su cumplimiento. Las aguas primordiales de la creación, sobre las cuales se cernía el Espíritu de Dios (Génesis 1:2), encuentran en el Jordán su nueva creación, inaugurada por el Verbo encarnado. El paso del Mar Rojo (Éxodo 14), por el cual Israel fue liberado de la esclavitud, prefigura el tránsito bautismal que Cristo santifica, abriendo un camino de libertad y vida nueva. Asimismo, el cruce del Jordán bajo Josué (Josué 3), que introdujo al pueblo en la tierra prometida, señala anticipadamente al verdadero Josué —Jesús— que, al descender a las aguas, conduce a la humanidad hacia la herencia del Reino. En este acto, Cristo no se bautiza por necesidad propia, sino como el Nuevo Adán, solidarizándose con los pecadores para restaurar en sí mismo la creación caída. San Gregorio Nacianceno, al contemplar este misterio, proclama con profundidad teológica y fervor litúrgico: *"Cristo es bautizado para santificar las aguas, y al salir de ellas eleva consigo a la creación entera"* (*Oración 39, Sobre las Luces*). En el bautismo del Señor, la Iglesia reconoce no solo el inicio de la misión redentora de Cristo, sino también la consagración de las aguas como instrumento de gracia, mediante las cuales los creyentes son incorporados al Hijo y hechos partícipes de su filiación, sin en el pasado las aguas fueron instrumento de juicio (Génesis 7) en la presente dispensación en el Hijo Eterno son instrumento de bendición y santificación (Mateo 28:19-20). Así, la Epifanía se convierte en fuente de renovación bautismal para la Iglesia, que, contemplando al Hijo amado en quien el Padre se complace, es llamada a vivir en el Espíritu como pueblo recreado, sellado por la voz del Padre y conformado a la imagen gloriosa de Cristo.

La Tercera Domínica después de Epifanía contempla la gloria de Cristo manifestada en las bodas de Caná (Juan 2:1–11), su primer signo, donde transforma el agua en vino. Aquí se revela el cumplimiento de las promesas mesiánicas de abundancia y

gozo (Amós 9:13; Isaías 25:6). San Cirilo de Alejandría enseña, *"Al convertir el agua en vino, Cristo muestra que Él es el Señor de la nueva alianza, que trae la plenitud donde antes había carencia"* (*Comentario al Evangelio de Juan*, II). Este signo anticipa el banquete eucarístico y la gloria del Reino venidero.

En la Cuarta Domínica después de Epifanía, la gloria de Cristo se manifiesta de manera misericordiosa y poderosa como nuestra salud y salvación (Mateo 8:1–13), cuando el Señor extiende su mano para tocar al leproso y pronuncia su palabra eficaz para sanar al siervo del centurión. En estos signos, la compasión divina se une inseparablemente a la autoridad soberana del Hijo, revelando que en Cristo la santidad de Dios no excluye ni destruye al pecador, sino que lo purifica, lo restaura y lo reintegra plenamente a la comunión de la vida. La curación del leproso, figura de la humanidad herida y excluida por el pecado, evoca las promesas de purificación anunciadas en la Ley y los Profetas (Levítico 14; Ezequiel 36:25), mientras que la fe del centurión, gentil y extranjero, anticipa la extensión universal de la salvación más allá de los límites de Israel. **Así se cumple la profecía del Siervo sufriente que "tomó nuestras enfermedades y llevó nuestros dolores" (Isaías 53:4)**, anunciando una restauración que abarca cuerpo, alma y espíritu. San Juan Crisóstomo subraya con claridad este misterio al afirmar, "Cristo sana con una palabra, mostrando que su autoridad es divina y que su misericordia alcanza a judíos y gentiles por igual" (*Homilías sobre Mateo*, 26), revelando que la Epifanía no solo proclama quién es Cristo, sino también qué trae consigo su manifestación: **la vida sanada, reconciliada y renovada por la gracia del Reino de Dios.**

La Quinta Domínica después de Epifanía presenta a Cristo como el Sembrador de la buena semilla (Mateo 13:24–30), imagen profundamente enraizada en la tradición profética de Israel, donde la Palabra de Dios es descrita como semilla viva y eficaz que desciende del cielo para dar fruto en la tierra (Isaías 55:10–11). En esta parábola, la gloria de Cristo se manifiesta no tanto en un acto inmediato de poder, sino en la sabiduría paciente del Reino, que crece silenciosa y misteriosamente en medio de las ambigüedades de la historia humana. **El Hijo revela así el corazón del Padre, cuya misericordia concede tiempo para la conversión y cuyo designio redentor no se precipita al juicio, sino que espera la maduración del trigo hasta el día señalado de la siega.** La coexistencia del trigo y la cizaña pone de relieve la condición peregrina de la Iglesia en el mundo, llamada a vivir en fidelidad y esperanza sin arrogarse un juicio que solo pertenece a Dios. San Agustín ilumina este misterio al afirmar: "La Iglesia peregrina vive entre el trigo y la cizaña, confiando en la justicia perfecta de Dios al final de los tiempos" (*Cuestiones sobre los Evangelios*, I, 10), recordando que la Epifanía no solo revela la gloria de Cristo como Señor del Reino, sino también su longanimidad divina, que sostiene a la Iglesia en la espera confiada de la consumación, cuando la verdad y la justicia resplandecerán plenamente en su presencia.

Finalmente, la Sexta Domínica después de Epifanía eleva la mirada de la Iglesia hacia la consumación de la historia, cuando la gloria de Cristo será manifestada en plenitud en su segunda venida (Mateo 24:23–31). Aquel que fue revelado en humildad en Belén, adorado por los magos y manifestado progresivamente en los signos de su ministerio, aparecerá entonces revestido de poder y majestad, no ya velado por la carne sufriente, sino glorificado como Señor del cielo y de la tierra. En este misterio escatológico convergen las visiones proféticas del Antiguo Testamento, especialmente la de Daniel, quien contempla al “Hijo del Hombre” viniendo sobre las nubes para recibir dominio eterno, gloria y reino (Daniel 7:13–14), figura que Cristo asume plenamente como cumplimiento definitivo de la esperanza de Israel. La Epifanía alcanza así su horizonte último, la revelación final del Rey que juzga con justicia, reúne a sus escogidos y restaura todas las cosas conforme al designio eterno del Padre. San Hipólito de Roma proclama con firmeza apostólica, “El mismo que vino en humildad volverá en gloria, para juzgar a vivos y muertos y restaurar todas las cosas” (*Comentario sobre Daniel*, IV), recordando a la Iglesia que vive entre la primera y la segunda manifestación del Señor, llamada a velar en fe, esperanza y santidad, aguardando con gozosa expectación el día en que la gloria de Cristo iluminará sin ocaso la nueva creación.

Este libro se ofrece, pues, como una guía pastoral y devocional al servicio de la Iglesia, destinada a acompañar al pueblo de Dios en el tránsito orante y reflexivo por la Estación de Epifanía conforme a la espiritualidad bíblica, litúrgica y sacramental del *Libro de Oración Común*. No se trata únicamente de una exposición doctrinal, sino de una invitación a la contemplación perseverante del misterio de Cristo tal como la Iglesia lo proclama, ora y celebra, para que la Palabra escuchada y meditada descienda al corazón y nutra la vida interior del creyente. Al recorrer estas santas manifestaciones del Señor, el cristiano es llamado a detenerse con asombro reverente ante la gloria revelada, a responder con adoración sincera y obediente, y a dejarse transformar interiormente por la gracia que emana del rostro de Cristo. Así, mirando con fe la gloria del Señor, el alma es conformada progresivamente a su imagen, santificada por su presencia y enviada al mundo como testigo de la luz que no se apaga, para reflejar en medio de las sombras de la historia a Cristo mismo, **“luz verdadera que alumbra a todo hombre”** (Juan 1:9), para la gloria de Dios y el bien de su Iglesia.

“La Luz Manifestada a las Naciones: Misterio Revelado y Gloria Prometida”
Devoción para el Día de la Epifanía del Señor (6 de enero)

Oración inicial:

Oh Dios eterno y todopoderoso, Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, te suplicamos que ilumines nuestros corazones por tu Espíritu Santo, para que, contemplando con fe la manifestación de tu Hijo a las naciones, seamos guiados a una obediencia humilde, a una adoración sincera y a una esperanza firme en la gloria venidera; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del Día:

Oh Dios, que por medio de una estrella manifestaste tu unigénito Hijo a los Gentiles; Concede por tu misericordia que nosotros que ahora te conocemos por medio de la fe, después de esta vida tengamos la fruición de tu Gloriosa Deidad; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Colecta de la Epifanía nos introduce solemnemente en el gran misterio de la revelación divina, en el cual el Dios invisible, eterno e incomprensible, se digna hacerse visible y accesible en la persona de su unigénito Hijo. Este acto de revelación no es uno simplemente informativo, sino salvífico, Dios se da a conocer para reconciliar consigo a la humanidad caída. En plena consonancia con el testimonio apostólico —**“a Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”** (Juan 1:18)—, la Colecta proclama que esta manifestación no queda circunscrita al pueblo de Israel según la carne, sino que, conforme al designio eterno de Dios, se extiende a los gentiles, incorporándolos a la economía de la gracia. Así, la Epifanía se revela como el cumplimiento histórico de las promesas antiguas, en las que Dios ya anunciaba que su luz alcanzaría a todas las naciones (Isaías 49:6).

La estrella que guio a los magos, evocando la profecía de Números 24:17 —**“saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel”**—, no debe entenderse como un fenómeno natural rutinario y predecible, sino como un signo sacramental de la iniciativa soberana de Dios, quien se adelanta al hombre para atraerlo hacia la verdad. En la tradición patristica, esta estrella es figura de la luz de la revelación que ilumina incluso a quienes están fuera del ámbito de la Ley mosaica, **mostrando que la creación misma sirve al propósito redentor de su Creador**. De este modo, los magos, representantes de las naciones gentiles, son llamados desde lejos no por mérito propio, sino por la gracia preveniente de Dios, para reconocer y adorar a Cristo como Rey, que es verdadero Dios y verdadero Hombre.

Tal como enseña san León Magno, “en la Epifanía comienza a resplandecer la vocación universal de las naciones”, pues en la adoración de los magos se anticipa la reunión de todos los pueblos en la única Iglesia de Cristo. Esta enseñanza encuentra eco tanto en la promesa hecha a Abraham —“en ti serán benditas todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3)— como en la doctrina recibida por la Iglesia Anglicana, que confiesa, según el Artículo VII de los Treinta y Nueve Artículos, la unidad del propósito salvífico de Dios a lo largo de toda la Escritura. Así, la Epifanía proclama que en Cristo las sombras del Antiguo Testamento hallan su pleno cumplimiento, y que la luz que una vez brilló sobre Belén está destinada a iluminar a todas las naciones, conduciéndolas de la fe presente a la contemplación eterna de la gloria divina.

Esta manifestación histórica del Hijo de Dios a las naciones halla su fundamento doctrinal pleno en la Epístola a los Efesios, donde san Pablo, como fiel administrador de los misterios divinos, proclama el **“misterio escondido desde los siglos en Dios”** (Ef 3:9), ahora revelado por el Espíritu, que los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio. No se trata de una innovación tardía, sino del despliegue en la historia de aquello que Dios había determinado desde la eternidad, conforme a su sabiduría inescrutable, anticipada en figuras y promesas del Antiguo Testamento y ahora manifestada con claridad en Cristo. En esta proclamación apostólica se descubre una profunda consonancia con la Colecta del día, pues la fe por la cual ahora conocemos a Dios no nace del esfuerzo humano ni de la luz natural, sino que es don gratuito de la gracia divina, concedido para introducirnos en una comunión real y viva con Él, comunión que no se agota en el presente, sino que tiende hacia su consumación final en la visión beatífica, descrita en la Colecta como la “fruición de su gloriosa Deidad”. Esta esperanza escatológica, firmemente anclada en la obra redentora de Cristo, se armoniza plenamente con la enseñanza oficial del anglicanismo expresada en el Artículo XVIII de los Treinta y Nueve Artículos, **el cual confiesa que sólo en el Nombre de Jesucristo hay salvación, tanto para judíos como para gentiles, y que ninguna otra ley, religión o luz natural puede conducir al hombre a la bienaventuranza eterna.** Así, la Epístola ilumina la Colecta y confirma que la manifestación de Cristo celebrada en la Epifanía no sólo revela quién es Dios, sino también el único camino por el cual somos conducidos desde la fe presente hasta la gloria prometida.

El Evangelio según san Mateo nos presenta a los magos de Oriente como las primicias visibles de esta inclusión universal obrada por la gracia de Dios, **pues en ellos las naciones comienzan a responder al llamado divino manifestado en Cristo.** Guiados por la luz de la creación, elevada y purificada por la revelación, estos sabios llegan finalmente a la Luz increada, cumpliéndose así el testimonio del salmista, **“En tu luz veremos la luz”** (Salmo 36:9). Su peregrinación contrasta de manera dramática con la ceguera espiritual de Herodes, dominada por el temor y la

ambición, y con la indiferencia religiosa de Jerusalén, que, aun poseyendo las Escrituras, permanece inmóvil ante el nacimiento del Mesías. Este contraste confirma la profecía de Isaías 60, “**Las naciones caminarán a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento**”, mostrando que la revelación de Dios no depende del privilegio o la posición externa, sino de su compasión y misericordia soberanas que es extendida a quien Él quiere, cuando y como a Él le place. En consonancia con esta verdad evangélica, el Primer Libro de Homilías, especialmente en la Homilía de la Salvación, **afirma con claridad que la gracia salvadora no se alcanza por obras, dignidad o conocimiento humano, sino que es revelada y concedida libremente por Dios a quienes Él llama**. Así, la adoración de los magos prefigura la respuesta adecuada del corazón creyente según la fe reformada: una adoración humilde que se postra ante Cristo, una entrega sincera expresada en dones ofrecidos, y una obediencia fiel que, escuchando la voz de Dios, se aparta de los caminos antiguos para andar en novedad de vida, conforme a la luz recibida en la Epifanía.

Los magos de Oriente no sólo testigos históricos de la Epifanía o primicias de la salvación que ahora se extiende universalmente, sino que, en la lectura teológica y patrística de la Iglesia, constituyen un **signo profético** tanto de la **persona** como de la **obra redentora de Cristo**, expresado de manera elocuente en los dones que ofrecen: oro, incienso y mirra. Estos dones no son arbitrarios ni meramente honoríficos, sino que revelan, en forma simbólica y anticipatoria, la identidad mesiánica de Jesús y el camino que recorrerá en obediencia al Padre para la salvación del mundo.

El **oro**, don propio de los reyes, confiesa proféticamente la **realeza de Cristo**. Al ofrecer oro, los magos reconocen que el Niño nacido en Belén es el Rey prometido, aquel en quien se cumple la profecía del cetro anunciado en Números 24:17 y la promesa davídica de un reino eterno (2 Samuel 7:12–16). Esta realeza, sin embargo, no es conforme a los patrones del poder humano representados por Herodes, sino que anticipa el Reino de Dios proclamado por Cristo: **un reinado de justicia, paz y verdad**. San Ireneo afirma que Cristo “**recapitula en sí mismo toda autoridad**”, y el Segundo Libro de Homilías, al tratar del Reino de Cristo, enseña que su señorío es espiritual y universal, extendiéndose sobre judíos y gentiles por igual.

El **incienso**, utilizado en el culto del Templo (Éxodo 30:34–38), es signo de la **divinidad y del sacerdocio** de Cristo. Al ofrecer incienso, los magos confiesan, quizá sin plena conciencia, que el Niño es digno de adoración, pues el incienso asciende como símbolo de oración ofrecida a Dios (Salmo 141:2). Este don anticipa la obra sacerdotal de Cristo, quien, como enseña la Epístola a los Hebreos, **se ofrecerá a sí mismo como mediador perfecto entre Dios y los hombres**. San Atanasio interpreta este gesto como una proclamación temprana de la verdadera naturaleza del Verbo encarnado: **verdadero Dios y verdadero hombre, digno de adoración y fuente de reconciliación**.

La **mirra**, empleada tanto para la unción como para la sepultura (Juan 19:39), apunta proféticamente a la **pasión y muerte redentora de Cristo**. Este don introduce, desde el inicio de la vida terrena del Señor, la sombra de la cruz, recordándonos que el Niño nacido en humildad es el Cordero destinado al sacrificio. La mirra proclama que la obra de Cristo no se consumará en el pesebre, sino en el Calvario, donde ofrecerá su vida por la redención del mundo. San Agustín ve en este don el anuncio del “precio de nuestra salvación”, y la Homilía de la Pasión subraya que Cristo asumió voluntariamente la muerte para destruirla desde dentro.

Así, los magos, representantes de las naciones, no sólo adoran al Niño, sino que **profetizan con sus dones** el misterio completo de Cristo: **Rey que gobierna, Dios que recibe adoración, y Salvador que muere y resucita por su pueblo**. En ellos se anticipa también la vocación de la Iglesia, llamada a confesar con fe la identidad de Cristo, a ofrecerle adoración verdadera y a proclamar su obra redentora hasta los confines de la tierra, a la luz de la Epifanía que manifiesta al mundo la gloria del Hijo eterno de Dios.

Lectura orante de la Palabra

Desde la Epístola (Efesios 3:1–12)

Oh Dios de toda gracia, al escuchar **la voz del Apóstol que proclama el misterio revelado**, reconocemos que tu designio eterno, oculto desde los siglos, ha sido manifestado en Jesucristo para salvación de todas las naciones. Tú has querido que los gentiles sean coherederos, miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa, no por mérito humano, sino por la pura liberalidad de tu gracia. Danos, como a Pablo, un espíritu de humilde servicio, para anunciar con fidelidad las inescrutables riquezas de Cristo, y concédenos comprender que la Iglesia, fundada sobre los apóstoles y profetas, es signo visible de tu sabiduría multiforme ante el mundo. Afirma nuestra confianza para acercarnos a ti con libertad y seguridad, no por nuestras obras, sino por la fe en tu Hijo amado.

Desde el Evangelio (Mateo 2:1–12)

Señor Jesucristo, al contemplar a los magos que vienen de lejos guiados por la estrella, adoramos tu santa manifestación como Rey y Salvador universal. Tú llamas a los pueblos por caminos que sólo tu providencia conoce, y conduces a los que te buscan con corazón sincero hasta el lugar donde eres revelado en humildad. **Líbranos de la ceguera de Herodes, de su codicia y del temor que se resiste a tu Reino; guárdanos de una fe simplemente informada pero no transformada**. Enséñanos, como a los magos, a postrarnos ante ti con reverencia, a ofrecerte nuestros dones y a obedecer tu Palabra, siguiendo un camino nuevo,

conforme a tu voluntad. Que la luz de tu Epifanía ilumine nuestra peregrinación, hasta que la fe se transforme en visión y la adoración terrena en alabanza eterna.

Preguntas para reflexionar:

1. **Desde la Colecta:**
¿De qué manera vivo hoy la fe como anticipo de la fruición futura de la gloriosa Deidad de Dios?
2. **Desde la Epístola (Efesios 3:1–12):**
¿Cómo participo activamente en el misterio de la Iglesia como cuerpo unido de judíos y gentiles en Cristo?
3. **Desde el Evangelio (Mateo 2:1–12):**
¿Reconozco y sigo con fidelidad las luces que Dios pone en mi camino para conducirme a Cristo?

Aplicaciones prácticas

1. **Derivada de la Colecta:**
Cultivar una vida de esperanza cristiana, recordando que la fe presente se ordena a la visión plena de Dios en la vida venidera.
2. **Derivada de la Epístola:**
Vivir y promover una comunión eclesial que refleje la unidad y universalidad del Evangelio, rechazando toda forma de exclusión o soberbia espiritual.
3. **Derivada del Evangelio:**
Responder a la manifestación de Cristo con adoración concreta y obediencia práctica, ofreciendo nuestros dones al servicio de su Reino.

Oración final:

Oh Dios de luz y misericordia,
que revelaste a tu Hijo como Salvador de todas las naciones,
afirma nuestra fe, ensancha nuestra caridad
y dirige nuestra esperanza hacia la gloria eterna.
Concédenos caminar como hijos de la luz,
hasta que, terminada nuestra peregrinación,
te contemplemos cara a cara
y gocemos para siempre de tu gloriosa Deidad;
por Jesucristo,
a quien con el Padre y el Espíritu Santo
sea toda honra y gloria,
por los siglos de los siglos.

Amén.

“La Luz que Convoca a las Naciones: Cristo Manifestado y Adorado”

Sermón para la Fiesta de la Epifanía del Señor (Mateo 2:1–12)

“Los magos encontraron al Niño y lo adoraron; vieron pequeño al que el cielo no puede contener”, (San Agustín, Sermón 202).

“Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos, ² diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle. ³ Oyendo esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. ⁴ Y convocados todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. ⁵ Ellos le dijeron: En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta: ⁶ Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guiador, que apacentará a mi pueblo Israel. ⁷ Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, indagó de ellos diligentemente el tiempo de la aparición de la estrella; ⁸ y enviándolos a Belén, dijo: Id allá y averiguad con diligencia acerca del niño; y cuando le halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y le adore. ⁹ Ellos, habiendo oído al rey, se fueron; y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño. ¹⁰ Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo. ¹¹ Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. ¹² Pero siendo avisados por revelación en sueños que no volviesen a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino” (Mateo 2:1-12).

Introducción:

La fiesta de la Epifanía proclama con solemne claridad que la gloria de Dios, largamente anunciada y prefigurada en el Antiguo Testamento, ha irrumpido en la historia humana de manera definitiva en la persona de Jesucristo, no sólo para la restauración de Israel, sino para la salvación de todas las naciones. Aquello que los profetas contemplaron desde lejos —la luz que amanecería sobre los pueblos que caminaban en tinieblas (Isaías 9:2), la gloria del Señor que atraería a las naciones (Isaías 60:1–3), y la promesa hecha a Abraham de una bendición universal (Génesis 12:3)— encuentra ahora su cumplimiento visible en el Niño nacido en Belén. El relato de Mateo 2:1–12, lejos de ser una escena marginal o decorativa del nacimiento del Señor, constituye una afirmación teológica de profundo alcance cristológico y escatológico: **el Mesías prometido a Israel es, al mismo tiempo, el Rey soberano de toda la creación y la Luz verdadera destinada a iluminar a los gentiles, conforme al diseño eterno de Dios.** En la venida de los magos de Oriente, representantes de los pueblos alejados de la alianza mosaica, se manifiesta con fuerza que la iniciativa salvífica pertenece enteramente a Dios, quien atrae a los hombres hacia su Hijo no por privilegio étnico, linaje religioso o mérito humano, sino por la gracia libre y soberana que llama, ilumina y conduce a la adoración verdadera. **Así, la Epifanía no sólo celebra un acontecimiento pasado, sino que**

proclama el corazón mismo del Evangelio: que en Cristo la gloria de Dios se ha hecho visible para todos, y que las naciones son convocadas a participar de esa luz por la fe.

Este pasaje revela con notable claridad un triple movimiento que define teológica y espiritualmente la celebración de la Epifanía, **Dios se manifiesta soberanamente, los gentiles responden en fe, y Cristo es reconocido y adorado como Señor.** La estrella que guía a los magos no sólo señala un acontecimiento histórico, sino que actúa como signo visible de la iniciativa divina, mediante la cual Dios entra en la historia para atraer a los pueblos hacia su Hijo, cumpliendo así las antiguas promesas de luz y salvación anunciadas por los profetas. El contraste deliberado que el evangelista establece entre la fe obediente de los extranjeros, dispuestos a emprender un largo peregrinaje en respuesta a la revelación recibida, y la resistencia temerosa de los poderosos junto con la apatía religiosa de Jerusalén, subraya que la acogida del Mesías no depende del acceso privilegiado a la Ley o al poder, sino de un corazón transformado por la gracia que es dispuesto para recibir la misericordia. Finalmente, la adoración rendida al Niño, humilde en apariencia, pero glorioso en su identidad, sella este movimiento epifánico al mostrar que el fin último de la revelación no es sólo el conocimiento, sino la adoración verdadera. En plena coherencia con la tradición Anglicana, este texto nos conduce a confesar la soberanía absoluta de la gracia divina que llama eficazmente, la centralidad exclusiva de Cristo como objeto de fe y culto, y la vocación universal de la Iglesia, llamada a proclamar y encarnar esta manifestación de la gloria de Dios hasta los confines de la tierra.

1. La iniciativa soberana de Dios: la luz que guía a los gentiles. “Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos, ² diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarlo” (*Mateo 2:1–2*).

El primer movimiento del relato evangélico de la Epifanía nos sitúa ante la **iniciativa soberana de Dios**, quien, en el cumplimiento de los tiempos, se revela como aquel que toma la delantera para atraer a los gentiles hacia su Cristo. Mateo nos recuerda con sobria solemnidad que el nacimiento de Jesús ocurre “**en días del rey Herodes**”, subrayando el contraste entre el poder político pasajero y el Reino eterno que irrumpe silenciosamente en Belén. En este contexto, la llegada de los magos desde el oriente no surge de un impulso humano autónomo, sino de una revelación divina expresada en el signo de la estrella, la cual orienta sus pasos y despierta en ellos la certeza de que ha nacido el verdadero Rey. Así, la luz que los guía no procede del cálculo político de Jerusalén ni del centro religioso de Israel, sino de la iniciativa libre de Dios, quien se sirve de la creación misma para dar testimonio de su Hijo, conforme a la antigua profecía, “**saldrá estrella de Jacob**” (Números 24:17). Este gesto revela que la gracia precede siempre a la respuesta humana y que la manifestación de Cristo a las naciones no es fruto del mérito ni del conocimiento

previo de la Ley, sino del designio eterno de Dios, quien llama a los gentiles desde lejos para conducirlos a la adoración verdadera. De este modo, la Epifanía proclama que la luz de Cristo irrumpe soberanamente en medio de la historia, venciendo la oscuridad y guiando a aquellos que, aun sin pertenecer al pueblo del pacto, son atraídos por la gracia a reconocer y buscar al Rey recién nacido.

1.1. La estrella como signo revelador

La estrella que aparece en el relato de Mateo debe ser comprendida, a la luz de la Escritura y de la tradición de la Iglesia, como un **signo revelador dispuesto por la providencia divina**, y no como un fenómeno natural mecánico carente de intención salvífica. El evangelista, con su profunda sensibilidad veterotestamentaria, presenta este signo como cumplimiento implícito de la profecía de Balaam, “**saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel**” (Números 24:17), vinculando así el nacimiento del Mesías con el despliegue histórico del consejo eterno de Dios. De este modo, la estrella se convierte en lenguaje teológico, mediante el cual Dios habla a quienes están fuera del ámbito de la Ley, utilizando la creación misma como medio de revelación. Tal como lo anticipan los Salmos y los Profetas, **los cielos cuentan la gloria de Dios (Salmo 19:1)**, y aquí esa gloria se orienta hacia Cristo, el verdadero centro de toda revelación.

Asimismo, la participación de la creación en este acto revelador recuerda la enseñanza paulina de que el orden creado, aunque marcado por la corrupción del pecado, espera la plena manifestación de la redención (Romanos 8:19–22). En la estrella de Belén, la creación sirve al propósito redentor de su Creador, señalando hacia aquel por quien todas las cosas fueron hechas y en quien todas serán restauradas. Los magos, hombres formados en la observación del mundo y en la búsqueda de la sabiduría, son conducidos más allá de los límites del conocimiento natural hacia la verdad revelada, mostrando que la razón humana, aunque valiosa, halla su cumplimiento sólo cuando es guiada por la gracia divina. San Agustín observa que la estrella no detuvo a los magos en sí misma, sino que los condujo a Cristo, enseñando que los signos existen para llevarnos al Verbo encarnado y no para reemplazarlo.

Este movimiento confirma con claridad la enseñanza reformada de que la gracia de Dios precede y suscita toda respuesta humana. Conforme al Artículo X de los Treinta y Nueve Artículos, el hombre, caído por naturaleza, carece de la capacidad de volverse a Dios por sus propias fuerzas, si no es movido y auxiliado por la gracia preveniente del Espíritu Santo. La estrella, por tanto, no responde a una búsqueda autónoma ni a una curiosidad religiosa innata, sino que es expresión de la iniciativa soberana de Dios, quien se adelanta para llamar eficazmente a aquellos que ha determinado atraer hacia su Hijo. Así, el signo celeste proclama que la fe misma nace de la revelación divina y que el camino hacia Cristo comienza siempre con la acción

gratuita de Dios, quien ilumina, guía y conduce a los gentiles a la adoración del Rey manifestado.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco que es Dios quien toma la iniciativa para conducirme a Cristo, o confío en mis propias capacidades espirituales?

Aplicación práctica:

Aprendamos a discernir con humildad los medios por los cuales Dios nos guía, sometiendo toda luz natural a la luz plena de la revelación en Cristo.

El segundo movimiento del relato de la Epifanía nos introduce en el drama espiritual que se produce cuando la revelación de Dios es confrontada por corazones dominados por el temor, el orgullo, la codicia y la falsa seguridad religiosa. Mateo describe con sobriedad, pero con profunda carga teológica, la reacción de Herodes y de Jerusalén ante la noticia del nacimiento del “**Rey de los judíos**”: no hay gozo ni expectación mesiánica, sino turbación y alarma. **El verbo utilizado por el evangelista indica una agitación interior profunda**, revelando que la manifestación de Cristo no deja a nadie indiferente. Herodes, representante del poder político sostenido por la violencia, el cálculo humano y la astucia, percibe inmediatamente en el nacimiento del Mesías una amenaza a su dominio; Jerusalén, por su parte, aparece inquieta, no porque anhele la redención prometida, sino porque teme las consecuencias que dicha revelación pueda acarrear. Sin embargo, en medio de esta resistencia interior, la Palabra de Dios permanece clara y fiel, los principales sacerdotes y escribas, convocados por el rey, pueden señalar con exactitud el lugar del nacimiento del Cristo, citando la profecía de Miqueas 5:2, que anuncia a Belén como el origen del Pastor que apacentará al pueblo de Dios. Así, el texto pone de manifiesto una tensión decisiva, **la revelación es objetivamente conocida por medio de las Escrituras, pero subjetivamente rechazada en el corazón**. Herodes, fingiendo una devoción que no posee, recurre al engaño y a la manipulación, llamando en secreto a los magos y utilizando la verdad revelada no para someterse a ella, sino para proteger su propio poder. Este pasaje, por tanto, expone con claridad que la revelación de Dios puede ser recibida con fe obediente o resistida con temor y hostilidad, y prepara el terreno para el contraste entre quienes, aun teniendo la Palabra, no caminan hacia Cristo, y aquellos que, viniendo de lejos, responden con adoración a la luz que les ha sido dada.

2.1. Herodes y Jerusalén frente al Mesías.

El temor y codicia de Herodes y la indiferencia fría de Jerusalén ponen de manifiesto una paradoja profundamente trágica que nos expone grandes verdades respecto al corazón del hombre sin Dios: **aquellos que detentan el poder político y religioso, y que poseen un conocimiento preciso de las Escrituras, son incapaces de acoger con fe al Cristo que ha nacido si ellos mismos no han**

nacido de nuevo. Herodes, aunque extranjero por origen y rey por imposición, representa el corazón humano aferrado al poder y al control, incapaz de someterse a un Reino que no puede manipular. Su reacción no es la del pastor que se alegra por la llegada del verdadero Rey, sino la del usurpador que percibe una amenaza a su autoridad. Jerusalén, por su parte, simboliza una religiosidad cómoda, capaz de articular correctamente la profecía de Miqueas —identificando a Belén como el lugar del nacimiento del Mesías— pero incapaz de emprender siquiera el corto camino que separa la ciudad santa del lugar donde Dios ha decidido manifestarse. Así, la Palabra de Dios, recibida únicamente como información y no como llamado a la obediencia, se convierte en testimonio contra quienes la poseen sin dejarse transformar por ella.

Este contraste subraya una verdad central proclamada por la Epifanía: **la revelación divina, aun cuando es clara y objetiva, no produce necesariamente fe salvadora allí donde el corazón permanece endurecido por el orgullo, el temor o el apego al poder.** Tal como advierte el Segundo Libro de Homilías, el conocimiento de la Escritura sin conversión interior no sólo resulta estéril, sino que puede agravar la culpabilidad espiritual, pues aumenta la responsabilidad ante la verdad conocida. En Herodes se revela la oposición abierta al Reino de Dios, y en Jerusalén, una resistencia más sutil pero igualmente grave, **la indiferencia religiosa que se conforma con saber, pero no con adorar.** De este modo, la manifestación de Cristo, lejos de producir una respuesta uniforme, se convierte en criterio de discernimiento que separa los corazones: para unos, ocasión de adoración y salvación; para otros, motivo de escándalo y oposición, anticipando así el destino del Mesías, quien sería puesto para caída y para levantamiento de muchos.

Pregunta escudriñadora:

¿Permanece mi fe en el ámbito del conocimiento religioso, o me conduce a una obediencia, adoración y servicio real a Cristo?

Aplicación práctica:

Examinemos nuestras actitudes ante el señorío de Cristo, renunciando a toda forma de religiosidad que no desemboque en sumisión y adoración.

3. La adoración verdadera del Rey manifestado. ⁹Ellos, habiendo oído al rey, se fueron; y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño. ¹⁰Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo. ¹¹Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra". (Mateo 2:9–11)

El tercer movimiento del relato de la Epifanía nos conduce al clímax teológico y espiritual del pasaje: la **adoración verdadera del Rey manifestado**, en la cual la revelación divina alcanza su propósito pleno. Después de oír las palabras de Herodes

—**cargadas de engaño y falsa piedad**— los magos continúan su camino, mostrando que la obediencia a la luz recibida pesa más que la influencia del poder humano. Mateo subraya que la estrella vuelve a aparecer y ahora “**va delante de ellos**”, confirmando que Dios mismo guía el último tramo del peregrinaje hasta el lugar donde se encuentra el Niño. La detención de la estrella sobre la casa no sólo indica precisión providencial, sino que señala que la búsqueda ha llegado a su cumplimiento. La reacción de los magos —“**se regocijaron con muy grande gozo**”— expresa el gozo escatológico que acompaña al encuentro con la revelación cumplida, eco de las promesas proféticas que anunciaban alegría para las naciones al contemplar la gloria del Señor. Al entrar en la casa, no hallan signos externos de realeza, sino a un Niño con su madre María; **sin embargo, esta humildad no disminuye su fe, sino que la purifica y la afirma**. Postrándose, lo adoran, reconociendo en la debilidad visible la majestad invisible del Rey prometido. Finalmente, la apertura de sus tesoros y la ofrenda de oro, incienso y mirra manifiestan que **la adoración auténtica no se limita a un gesto interior, sino que se expresa en entrega concreta, reverente y confesional, anticipando así la respuesta que la Iglesia está llamada a ofrecer continuamente a Cristo**, el Señor glorioso que se ha manifestado en humildad para la salvación del mundo.

3.1. Postrarse ante el Niño y ofrecer los dones

Al encontrar al Niño con María su madre, los magos se postran y lo adoran, **realizando un gesto cargado de profundo significado bíblico y teológico**. Postrarse es, en la Escritura, una acción reservada al reconocimiento de la soberanía divina o real (Salmo 72:11; Isaías 45:23), y en este acto los magos confiesan, más allá de lo visible, **que aquel Niño humilde es digno del honor supremo**. Así se cumple la visión profética de Isaías 60, donde las naciones acuden a la luz del Señor trayendo oro e incienso, proclamando la alabanza de Dios. En la escena de Belén, esa profecía alcanza un cumplimiento concreto y personal: **los gentiles no sólo se acercan a la luz, sino que se postran ante Cristo mismo, reconociéndolo como el Rey prometido y el centro de la adoración verdadera**.

Los dones ofrecidos por los magos constituyen una confesión profética de la **persona y la obra de Cristo**, arraigada tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El **oro**, metal asociado a la realeza y al esplendor del trono (1 Reyes 10:18–20), proclama a Cristo como el Rey soberano, heredero legítimo de las promesas davídicas y gobernante de un Reino eterno que no se fundamenta en la fuerza, sino en la justicia y la verdad. El **incienso**, utilizado en el culto del Tabernáculo y del Templo como símbolo de la oración que asciende a Dios (Éxodo 30:34–38; Salmo 141:2), confiesa la divinidad de Cristo y anticipa su obra sacerdotal, plenamente revelada en el Nuevo Testamento cuando Él se ofrece como mediador perfecto entre Dios y los hombres. La **mirra**, por su parte, empleada tanto para la unción como para la sepultura (Isaías 53:9; Juan 19:39), introduce desde el

inicio de la vida terrenal de Jesús la sombra de la cruz, anunciando que este Rey y Sacerdote cumplirá su misión mediante el sufrimiento y la muerte redentora, para vencer al pecado y a la muerte.

En esta ofrenda triple se anticipa el contenido completo del Evangelio: **Cristo es Rey que gobierna, Dios que recibe adoración y Salvador que se entrega por su pueblo**. Aquí se perfila también la naturaleza del culto cristiano auténtico, que no se define por la magnificencia externa, sino por la centralidad de Cristo y la confesión fiel de su obra. Tal como enseña el Artículo XXV de los Treinta y Nueve Artículos, los signos visibles tienen como propósito conducir a una gracia espiritual y fortalecer la fe, no sustituirla. La Epifanía, por tanto, nos llama a una adoración que brota de la fe viva, reconoce la identidad plena de Cristo y se expresa en una entrega obediente y total, ofreciendo no sólo dones materiales, sino la totalidad de la vida al Señor manifestado en gloria y humildad.

Pregunta escudriñadora:

¿Qué confiesa mi adoración acerca de quién es Cristo para mí?

Aplicación práctica:

Ofrezcamos a Cristo no sólo palabras, sino una vida rendida, en obediencia fiel y adoración reverente.

4. La obediencia transformada por la revelación. “¹² Pero siendo avisados por revelación en sueños que no volviesen a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino”. (Mateo 2:12)

El cuarto y último movimiento del relato de la Epifanía nos presenta el fruto inevitable de un encuentro verdadero con la revelación de Dios: **una obediencia transformada** que se expresa en un cambio concreto de dirección. Mateo señala con sobriedad, pero con profunda intencionalidad teológica, que los magos son “**avisados por revelación en sueños**”, subrayando nuevamente que Dios continúa guiando y protegiendo a quienes ha llamado, aun después de que la adoración ha tenido lugar. El sueño, medio frecuente de comunicación divina en la historia de la salvación —como en el caso de José, Jacob o Daniel—, confirma que la revelación no se limita al momento del hallazgo, sino que acompaña al creyente en el discernimiento del camino que debe seguir. **La advertencia de no volver a Herodes desenmascara definitivamente la falsedad de su supuesta devoción y pone de manifiesto el conflicto entre el Reino de Dios y los poderes que buscan preservarse a sí mismos.** Al “regresar a su tierra por otro camino”, los magos no sólo eluden un peligro inmediato, sino que encarnan simbólicamente la realidad espiritual de la conversión: quien ha contemplado la gloria de Cristo no puede continuar por la senda anterior. Así, el texto concluye mostrando que la Epifanía no es únicamente una manifestación para ser contemplada, sino una revelación que exige obediencia, discernimiento y una vida

reorientada conforme a la voluntad de Dios, anticipando la llamada evangélica a andar en novedad de vida a la luz del Cristo manifestado.

4.1. Volver por otro camino

El regreso de los magos a su tierra “por otro camino” constituye uno de los signos espiritualmente más elocuentes del relato de la Epifanía, pues encierra en una acción concreta el significado profundo de la conversión. Este detalle, aparentemente secundario, adquiere una densidad teológica notable al ser leído a la luz de toda la Escritura: **el encuentro con la revelación de Dios en Cristo no permite una neutralidad ni un simple retorno a la vida anterior.** En el lenguaje bíblico, el “camino” es símbolo de la conducta, de la orientación del corazón y de la forma de vivir ante Dios (Salmo 1; Proverbios 4:18). Al regresar por otro camino, los magos manifiestan exteriormente que su interior ha sido transformado; la Epifanía no sólo los ha conducido a Belén, sino que ha reorientado su existencia. Su obediencia silenciosa y decidida se alza como un testimonio elocuente frente a la obstinación de Herodes, cuya senda permanece marcada por el engaño, la codicia y la violencia, mostrando así el contraste entre la fe que escucha y obedece y el corazón que resiste y se endurece ante la verdad revelada.

“Volvieron por otro camino, porque, después de haber conocido a Cristo, ya no podían seguir por el camino antiguo. Cambiar el camino es cambiar la vida”. — *San Agustín, Sermón 202, §3* (Sermo 202, De Epiphania Domini). San Agustín interpreta este cambio de camino como una figura clara de la conversión cristiana, en la que el creyente, iluminado por la gracia, abandona la antigua manera de vivir para andar en novedad de vida conforme a Cristo. Esta lectura patristica armoniza con la enseñanza apostólica de que quienes han sido alcanzados por la luz de Cristo son llamados a despojarse del viejo hombre y revestirse del nuevo (Efesios 4:22–24). Así, el gesto final de los magos no es solamente precautorio, sino profundamente confesional, **proclama que la revelación de Cristo exige una respuesta concreta, visible y perseverante, que afecta la totalidad de la existencia.** En coherencia con la tradición Anglicana, este pasaje recuerda que la fe verdadera nunca permanece estéril, sino que produce frutos de obediencia, manifestando en la vida cotidiana la transformación operada por la gracia de Dios en aquellos que han contemplado la gloria del Rey manifestado.

Pregunta escudriñadora:

¿Se evidencia en mi vida que he encontrado verdaderamente a Cristo?

Aplicación práctica:

Vivamos una fe que se traduzca en decisiones renovadas, caminando conforme a la voluntad de Dios revelada en Cristo.

Conclusión:

El relato de Mateo 2:1–12 nos conduce con profundidad al corazón mismo de la Epifanía: **la gloria de Dios, largamente prometida y esperada, ha sido revelada en Jesucristo para la salvación de todas las naciones, ningún pueblo ahora tiene la patente o la exclusividad de la salvación.** En este pasaje contemplamos al Dios soberano que toma la iniciativa, irrumpe en la historia con luz y gracia, llama a los gentiles desde lejos y desenmascara tanto la falsa seguridad del poder político como la esterilidad de una religiosidad sin obediencia. Al mismo tiempo, vemos al Dios que recibe la adoración sincera de aquellos que, guiados por la revelación divina, reconocen en la humildad del Niño al Rey verdadero. En los magos se nos ofrece un espejo de la vocación permanente de la Iglesia: **buscar a Cristo con perseverancia, postrarse ante Él con fe viva y responder a su manifestación con una obediencia transformada que alcanza toda la vida.**

Aceptar a Cristo conforme a la confesión implícita en los dones ofrecidos por los magos exige acogerle en la plenitud indivisible de su santa persona y de su obra redentora. Recibirle como **Rey**, significado en el **oro**, es rendirse reverentemente a su gobierno justo y misericordioso, reconociendo que Él guarda y defiende a su pueblo no mediante la violencia de los poderes terrenales, sino por la autoridad soberana de su divinidad y la fidelidad inmutable de su Reino eterno. Confesarle como **Dios verdadero y Sacerdote perfecto**, proclamado en el **incienso**, es afirmar con humildad y fe que sólo Él puede reconciliarnos plenamente con el Padre, pues intercede eficazmente por los suyos y ha ofrecido un sacrificio único, completo y suficiente para la redención del mundo. Y adorarle como **verdadero hombre**, simbolizado en la **mirra**, es abrazar con consuelo y gratitud la verdad de que el Hijo eterno asumió nuestra condición, conoció el sufrimiento humano y se compadece del pecador con una misericordia real y cercana, representándonos como nuestro sustituto y cumpliendo perfectamente la ley de Dios, a fin de librarnos de la condenación que nuestra transgresión merecía. Así, los dones de los magos no sólo revelan quién es Cristo, sino también cómo debe ser recibido: con una fe que se rinde en obediencia, una esperanza que descansa confiadamente en su obra perfecta y un amor que se ofrece enteramente a su servicio.

De este modo, la Epifanía proclama que Jesucristo es la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, y convoca a la Iglesia a vivir como pueblo redimido, caminando a la luz de su señorío, de su sacerdocio y de su compasión encarnada. Mientras peregrinamos en este mundo, somos llamados a reflejar esa luz en una vida de adoración, justicia y misericordia, aguardando con firme esperanza el día en que la fe se convertirá en visión y la adoración terrenal será consumada en gloria eterna. A Él, el Rey manifestado, el Sacerdote eterno y el Salvador compasivo, sea toda honra, todo dominio y toda adoración, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

"Conocer y cumplir la voluntad de Dios a la luz de Cristo"
Devoción para la Primera Dominica después de Epifanía

Oración inicial:

Oh Dios eterno y misericordioso, fuente de toda luz y verdad, que en la Epifanía has manifestado tu Hijo al mundo y continúas revelando tu voluntad a tu Iglesia: ilumina ahora nuestro entendimiento por tu Espíritu Santo, para que, al meditar tu santa Palabra, seamos guiados a conocerte más profundamente, a discernir lo que es bueno, agradable y perfecto ante ti, y a obedecer tu llamado con corazón humilde y vida consagrada; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del día:

Oh Señor, suplicámoste que por tu gran clemencia recibas los ruegos de tu pueblo que te invoca; y concedas que conozca y comprenda lo que le es conveniente hacer, y que tu gracia y virtud le muevan a cumplirlo fielmente; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Primera Domínica después de Epifanía nos conduce, con sobria profundidad teológica, del asombro ante la manifestación de Cristo a los gentiles a la escuela cotidiana del discernimiento espiritual y de la obediencia fiel. Si la Epifanía celebra la luz que irrumpe en la historia, esta Domínica nos enseña cómo caminar en esa luz, aprendiendo a conformar la vida entera a la voluntad de Dios. La Colecta expresa con admirable claridad la antropología y la espiritualidad propias de la tradición Anglicana, el ser humano, herido por la caída y limitado en su entendimiento, **no sólo requiere conocer intelectualmente lo que es bueno y conveniente, sino que necesita ser interiormente movido y fortalecido por la gracia divina para cumplirlo**. Esta súplica se hace eco de la oración de Salomón en 1 Reyes 3:9 —“da a tu siervo corazón entendido”— y reconoce que el verdadero discernimiento es don de Dios, no logro humano. En plena consonancia con el Artículo X de los Treinta y Nueve Artículos, la Colecta confiesa que **carecemos de poder para hacer obras agradables a Dios sin la gracia preveniente que nos capacita tanto para querer como para obrar**, subrayando así que toda obediencia cristiana es respuesta agradecida a la misericordia de Dios manifestada en Cristo.

La Epístola a los Romanos 12:1–5 desarrolla esta súplica desde una perspectiva ética y eclesial profundamente arraigada en la economía de la redención. San Pablo exhorta a los creyentes a ofrecer sus cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, al que llama “culto racional”, estableciendo un contraste decisivo con los sacrificios del Antiguo Testamento descritos en Levítico 1–7. Allí, las víctimas eran presentadas muertas sobre el altar como símbolo de expiación y consagración; aquí, en cambio, el creyente mismo es llamado a vivir continuamente en entrega

obediente, **no para obtener el perdón, sino como respuesta agradecida a la misericordia ya recibida en Cristo, el sacrificio único y perfecto.** Este sacrificio vivo implica que cada aspecto de la existencia —el cuerpo, la mente, la voluntad y las acciones— queda consagrado al servicio de Dios, transformando la vida ordinaria en un acto permanente de adoración. La renovación de la mente, que capacita para discernir la voluntad buena, agradable y perfecta de Dios, responde directamente a la súplica de la Colecta: **conocer lo que conviene hacer y ser movidos por la gracia para cumplirlo.** Así, la obediencia cristiana no nace del legalismo, sino de una vida interior renovada por el Espíritu. El Primer Libro de Homilías, en la Homilía sobre las Buenas Obras, afirma con claridad que las obras no preceden a la justificación ni la causan, sino que brotan necesariamente de una fe viva y verdadera, en plena consonancia con este llamado paulino a una consagración total que fluye de la gracia y se expresa en una vida santa.

El Evangelio según san Lucas (2:41–52) presenta al Niño Jesús en el templo como una manifestación silenciosa pero profundamente gloriosa del cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento. **Aquel que es la Sabiduría eterna del Padre se halla en medio de los doctores, no para ostentar poder, sino para revelar, en humildad, la plenitud de su identidad.** En este pasaje epifánico, la gloria de Cristo no resplandece mediante señales cósmicas ni gestos espectaculares, sino en la obediencia filial, **en el amor ardiente por la casa de su Padre y en la perfecta armonía entre su filiación divina y su verdadera humanidad.** Aquí se cumple de manera velada pero real la promesa de Malaquías 3:1: “vendrá súbitamente a su templo el Señor”, pues el Niño, aparentemente débil y dependiente, es en verdad el Señor del templo, la Shekinah encarnada que habita en medio de su pueblo. Asimismo, resuena el anhelo del Salmo 27:4 y del Salmo 84, donde la presencia de Dios en su santuario es fuente de gozo y revelación. **Jesús es, a la vez, el Hijo eterno que conoce íntimamente la voluntad del Padre y el verdadero hombre que crece, aprende y se somete en el marco de la vida ordinaria, santificando cada etapa de la existencia humana.** San Ireneo contempló en este crecimiento la recapitulación de nuestra historia caída, para que, así como Cristo asumió y obedeció en nuestra condición, nosotros aprendamos a vivir en obediencia en Él. De este modo, el Evangelio muestra que el conocimiento de la voluntad divina y su cumplimiento fiel no son abstracciones, sino realidades encarnadas primeramente en la vida del Hijo, en quien la gloria de Dios se manifiesta bajo el velo de la humildad y la fidelidad perfecta.

Lectura orante de la Palabra:

Señor, al escuchar la exhortación apostólica, nos presentamos ante ti como sacrificio vivo, santo y agradable, reconociendo que todo lo que somos y tenemos procede únicamente de tu misericordia y que nada en nosotros puede ser consagrado sin la obra previa y constante de tu gracia. Conforme a la súplica de la Colecta, pedimos no sólo conocer lo que es recto delante de ti, sino ser interiormente movidos por tu

virtud para cumplirlo fielmente. **No permitas que nos conformemos a este presente siglo malo, marcado por la autosuficiencia, el hedonismo, el narcisismo, la egolatría y la confusión moral, sino renuévanos en lo más profundo del ser**, iluminando nuestro entendimiento, ordenando nuestros afectos y sometiendo nuestra voluntad a la verdad de tu Palabra. Concédenos un corazón dócil para discernir lo que conviene hacer y una obediencia humilde para perseverar en ello. Haznos comprender que tu Iglesia es un solo cuerpo, formado por muchos miembros llamados no a competir ni a exaltarse, sino a servir en mutua dependencia y caridad, como el pueblo de Israel reunido ante tu presencia en el Sinaí (Éxodo 19), para vivir como comunidad consagrada que escucha tu voz, guarda tu pacto y manifiesta tu gloria en medio del mundo.

Y al contemplar a tu Hijo en el templo, enséñanos, Señor, a buscarte con perseverancia reverente y corazón humilde, aun en medio de la incertidumbre y del silencio aparente, aprendiendo a confiar en tu sabiduría cuando no comprendemos plenamente tus caminos. **Que, a ejemplo de Cristo, aprendamos la obediencia que brota del amor filial y no del temor servil**; una obediencia que se alimenta de la escucha atenta de tu Palabra y se expresa en una vida dócil a tu voluntad. Concédenos crecer en la sabiduría que no se adquiere sólo por el conocimiento, sino por la comunión contigo, y en la gracia que madura en una existencia entregada fielmente a tu designio eterno. Permite que, como la bienaventurada María, guardemos y meditemos estas cosas en lo profundo del corazón, dejándonos formar por tu obrar paciente; y que, como Jesús, crezcamos continuamente en comunión contigo, en santidad de vida y en testimonio fiel delante de los hombres, para gloria de tu santo Nombre.

Preguntas para reflexionar:

1. **Desde la Colecta:** ¿Reconozco en mi vida que necesito no sólo conocer la voluntad de Dios, sino también su gracia para cumplirla fielmente?
2. **Desde la Epístola (Romanos 12):** ¿De qué manera mi vida cotidiana se ofrece realmente como sacrificio vivo y culto agradable a Dios?
3. **Desde el Evangelio (Lucas 2):** ¿Busco al Señor con perseverancia y humildad, aun cuando su voluntad me desafía o me resulta difícil de comprender?

Aplicaciones prácticas:

1. **Derivada de la Colecta:** Practicar una oración diaria de discernimiento, pidiendo a Dios claridad para conocer lo que conviene hacer y fortaleza para obedecerlo, confiando en la gracia de Dios.
2. **Derivada de la Epístola:** Examinar nuestros dones y funciones dentro de la Iglesia, comprometiéndonos a servir al Cuerpo de Cristo con humildad y fidelidad, conforme a la vocación recibida.

3. **Derivada del Evangelio:** Cultivar una espiritualidad de obediencia cotidiana, aprendiendo de Cristo a santificar la vida ordinaria —familia, trabajo y estudio— como lugar de crecimiento en gracia y sabiduría.

Oración final:

Oh Dios fiel y bondadoso, que en tu amado Hijo nos has revelado no sólo la verdad que debemos creer, sino también el camino de la obediencia perfecta que estamos llamados a seguir, recibe benigneamente nuestra vida entera como ofrenda viva, santa y agradable delante de ti. Renueva nuestro entendimiento por la obra poderosa de tu Espíritu Santo y por la luz inmutable de tu santa Palabra, para que podamos conocer con claridad lo que te agrada y, conforme a tu gran misericordia, seamos movidos interiormente por tu gracia a cumplirlo con fidelidad y perseverancia. Haznos crecer, como Cristo, en sabiduría que discierne tu voluntad, en estatura que refleja una vida madura y ordenada, y en gracia que da testimonio de tu favor ante Dios y ante los hombres. Concédenos vivir como un solo cuerpo en Él, unidos en amor, humildad y servicio, para que nuestra vida común proclame tu luz en medio de un mundo oscurecido por el pecado. Todo esto te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor, a quien contigo y el Espíritu Santo sea toda gloria, honra y adoración, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

“El Hijo en la Casa del Padre: la gloria revelada en obediencia y sabiduría”

Sermón para la Primera Dominica después de Epifanía

⁴¹“Iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta de la pascua; ⁴²y cuando tuvo doce años, subieron a Jerusalén conforme a la costumbre de la fiesta. ⁴³Al regresar ellos, acabada la fiesta, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo supiesen José y su madre. ⁴⁴Y pensando que estaba entre la compañía, anduvieron camino de un día; y le buscaban entre los parientes y los conocidos; ⁴⁵pero como no le hallaron, volvieron a Jerusalén buscándole. ⁴⁶Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. ⁴⁷Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. ⁴⁸Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. ⁴⁹Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar? ⁵⁰Mas ellos no entendieron las palabras que les habló. ⁵¹Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. ⁵²Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres”. (Lucas 2:41–52)

“El Señor no huye de sus padres, sino que permanece en la casa del Padre, para enseñarnos dónde debemos buscarlo.” (**San Ambrosio de Milán**, *Expositio Evangelii secundum Lucam*, II, 63–64).

“Crece en edad quien es eterno en sabiduría, para mostrarnos cómo la humildad conduce a la verdad” (**San Agustín**, *Sermón 51*, 16).

Introducción:

La Epifanía proclama con majestuosa claridad que la gloria de Dios, largamente anunciada por la Ley y los Profetas, ha sido finalmente manifestada en la persona de Jesucristo para la salvación del mundo. Si en la adoración de los magos contemplamos la revelación de Cristo a los gentiles bajo el signo de la luz que atrae a las naciones, en el relato de Lucas 2:41–52 somos introducidos en una epifanía más velada y silenciosa, pero no menos profunda ni verdadera: **la gloria del Hijo revelada en el templo, en su perfecta obediencia filial, en el santo deleite que halla en los negocios de su Padre, en la sabiduría que asombra a los maestros y en la comunión íntima que sostiene con aquel que lo envió.** Este pasaje no constituye una mera anécdota de la infancia del Señor, sino una densa declaración teológica que entrelaza inseparablemente cristología, antropología y vocación discipular. En el Niño que dialoga con los doctores de la Ley, que se reconoce plenamente entregado a la voluntad del Padre y que, sin embargo, se somete humildemente a José y a María, se revela el misterio inefable del Verbo encarnado: verdadero Dios y verdadero hombre, que asume nuestra condición para redimirla, santifica la vida ordinaria con su presencia y nos enseña a caminar fielmente en la luz que ha sido manifestada.

1. El Hijo manifestado en el templo: la gloria prometida cumple su palabra.

⁴¹Iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta de la pascua; ⁴²y cuando tuvo doce años, subieron a Jerusalén conforme a la costumbre de la fiesta. ⁴³Al regresar ellos, acabada la fiesta, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo supiesen José y su madre. ⁴⁴Y pensando que estaba entre la compañía, anduvieron camino de un día; y le buscaban entre los parientes y los conocidos; ⁴⁵pero como no le hallaron, volvieron a Jerusalén buscándole. ⁴⁶Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. ⁴⁷Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas". (*Lucas 2:41-47*)

El relato de Lucas sitúa esta manifestación del Hijo en el marco solemne de la Pascua, **la gran fiesta de la redención de Israel**, cuando el pueblo recordaba la liberación del yugo de Egipto por la sangre del cordero. José y María, fieles a la Ley, suben cada año a Jerusalén, encarnando la piedad de Deuteronomio 16:1-6, donde el Señor ordena a su pueblo presentarse ante Él en el lugar que ha escogido para hacer habitar su Nombre. En este contexto cargado de memoria salvífica, el Niño Jesús, al cumplir doce años —**edad de tránsito hacia la responsabilidad religiosa**—, es presentado no sólo como participante del culto de Israel, sino como aquel en quien dicho culto alcanza su plenitud. **La Pascua que celebra anticipa la Pascua que Él mismo consumará, pues el verdadero Cordero ya está presente en el templo.**

La permanencia de Jesús en Jerusalén, desconocida para José y María, no es fruto de descuido humano ni de accidente narrativo, sino expresión del designio soberano de Dios que ordena **este episodio como revelación progresiva del misterio del Hijo**. La búsqueda angustiada de tres días no sólo refleja el anhelo profundo de unos padres afligidos, sino que adquiere un valor tipológico: evoca la experiencia de Israel que clama por la presencia del Señor —"como el ciervo brama por las corrientes de las aguas" (Salmo 42:1-3)— y anticipa, de manera velada, el misterio pascual que culminará en la muerte y resurrección de Cristo al tercer día. Cuando finalmente es hallado en el templo, Jesús aparece "sentado en medio de los doctores de la ley", no como un discípulo pasivo que recibe instrucción, sino como Aquel cuya sabiduría provoca asombro y reverente admiración. En esta escena resplandece la promesa de Isaías 11:2, pues el Espíritu de sabiduría y de entendimiento reposa sobre el Mesías, y se cumple en forma histórica lo que la Escritura había anunciado poéticamente en Proverbios 8: la Sabiduría divina, que estaba junto a Dios antes de la creación, se manifiesta ahora en la historia como el Verbo encarnado. San Ambrosio expresa con profundidad este misterio al afirmar, **"No aprende el Señor lo que ignoraba, sino que interroga para enseñar; y al escuchar, instruye; y al preguntar, revela que Él es la Sabiduría misma"** (*Expositio Evangelii secundum Lucam*, II, 64). Así, el Niño hallado en el templo se revela como la Sabiduría eterna hecha carne, cuya gloria se manifiesta no en ostentación, sino en verdad, humildad y luz que ilumina a quienes buscan sinceramente a Dios.

Esta escena constituye, en sentido pleno, una verdadera **Epifanía**, el templo, lugar de la Shekinah, del sacrificio y de la presencia pactal de Dios en medio de Israel, recibe ahora al **verdadero Templo vivo** (cf. Juan 2:19), en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Los doctores de la Ley, formados en la tradición de Moisés y los Profetas, se maravillan ante una sabiduría que no procede de escuelas humanas ni de transmisión meramente rabínica, sino del conocimiento eterno e inmediato del Padre. San Ambrosio contempla este misterio con mirada penetrante al afirmar, **"No rehúye el Señor el templo, sino que lo honra con su presencia, para mostrar que Él no viene a destruir la Ley, sino a cumplirla"** (*Expositio Evangelii secundum Lucam*, II, 63). Así, la gloria de Dios prometida a Israel se manifiesta de manera paradójica y sublime: no en poder político ni en esplendor externo, sino en la humilde majestad del Hijo encarnado, cuya inteligencia y respuestas revelan que la Palabra eterna ha entrado en la historia para iluminar a todos los que esperan la redención y para conducirlos al cumplimiento definitivo de las promesas divinas.

1.1. El Señor en medio de su templo

Conviene enfatizar que la subida de Jesús a Jerusalén para la celebración de la Pascua sitúa este episodio en el corazón mismo de la historia de la redención, allí donde confluyen la memoria del éxodo y la esperanza mesiánica de Israel. En el templo —consagrado desde los días de Salomón como morada del Nombre del Señor y signo visible de su presencia en medio del pueblo (1 Reyes 8:10–13)— acontece ahora una **Epifanía silenciosa y profunda**, el santuario recibe, sin advertirlo plenamente, a Aquel que es su cumplimiento y su verdad última. No se trata simplemente de un peregrino piadoso que participa del culto ancestral, sino del **verdadero Templo vivo**, en quien la comunión entre Dios y los hombres alcanza su plenitud definitiva. Así se cumple la promesa de Malaquías 3:1 —"vendrá súbitamente a su templo el Señor"—, pues el Hijo eterno se manifiesta en medio de su casa no mediante estrépito ni demostraciones de poder externo, sino a través de la humilde y penetrante sabiduría del diálogo, revelando que la gloria divina se hace presente bajo el velo de la carne y que la luz de Dios resplandece incluso en la sencillez de lo ordinario.

La permanencia de Jesús en medio de los doctores y maestros de la Ley provoca un asombro reverente que **trasciende la admiración por una inteligencia precoz y se convierte en señal inequívoca de una revelación divina**. Él no se sitúa simplemente como un discípulo aventajado dentro del sistema interpretativo de Israel, sino como aquel en quien la Sabiduría eterna, celebrada en Proverbios 8, irrumpe personalmente en el tiempo. Aquella Sabiduría que exhorta, "Oídme... bienaventurado el hombre que me escucha" (Prov. 8:33–34), se hace ahora audible y visible en la voz y en la presencia del Niño que interroga y responde con autoridad serena. El asombro de los maestros de la Ley no es, por tanto, un mero

reconocimiento de agudeza intelectual, sino el sobresalto propio de quienes, aun sin comprenderlo plenamente, se ven confrontados con el fundamento mismo de la Torá que enseñan. En el templo —espacio de instrucción, sacrificio y encuentro con Dios— la Epifanía alcanza una densidad singular, la gloria divina resplandece velada en la humildad de la carne, y la Sabiduría que da vida y conduce a la bienaventuranza (Prov. 8:35) se manifiesta en Cristo, invitando a Israel y a las naciones a reconocer que en Él se halla la plenitud de la revelación, el cumplimiento vivo de la Ley y el camino verdadero hacia la vida en comunión con Dios.

Pregunta escudriñadora:

¿Busco la presencia de Dios donde Él ha prometido revelarse, aun cuando su manifestación sea humilde y silenciosa? ¿Busco la presencia de Dios en la comunión del Cuerpo de Cristo?

Aplicación práctica:

Cultivar una vida de adoración centrada en la Palabra y los medios de gracia, reconociendo que Cristo se manifiesta verdaderamente allí donde Él ha prometido encontrarse con su pueblo.

2. El Hijo obediente: sabiduría divina en crecimiento humano. ⁴⁸ Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. ⁴⁹ Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar? ⁵⁰ Mas ellos no entendieron las palabras que les habló. ⁵¹ Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. (*Lucas 2:48–50*)

El segundo movimiento de este pasaje nos introduce en una Epifanía aún más profunda y, a primera vista, paradójica: **la manifestación de la sabiduría divina en la forma concreta de la obediencia filial y del crecimiento humano.** Después del asombro suscitado en el templo, el relato se desplaza al ámbito íntimo de la familia y de la vida cotidiana, donde la gloria del Hijo no se revela mediante prodigios visibles, sino en la tensión entre su conciencia única de filiación divina y su sumisión real a la autoridad de José y de María en obediencia al quinto mandamiento. La respuesta de Jesús —«¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?»— desvela, por primera vez en el Evangelio, la autoconciencia explícita de su relación singular con el Padre celestial, cumpliendo las promesas veterotestamentarias acerca del Hijo sabio que vive para hacer la voluntad de Dios (cf. Salmo 40:8; Proverbios 2:1–6). Sin embargo, esta afirmación no anula su humanidad, sino que la perfecciona, el Hijo eterno asume plenamente el camino del crecimiento, del aprendizaje y de la obediencia, santificando la vida ordinaria como espacio legítimo de revelación. Así, la Epifanía no sólo nos muestra quién es Cristo,

sino también cómo vive el Hijo de Dios en nuestra condición, en fidelidad al Padre, en obediencia concreta y en un desarrollo humano real, donde la sabiduría eterna se manifiesta progresivamente bajo el velo del tiempo.

“No huyó de sus padres según la carne aquel que no se apartó del Padre según la divinidad. Estaba en el templo como Hijo, y volvió a Nazaret como siervo; en uno manifestó su sabiduría, en el otro practicó la obediencia”

(*San Ambrosio de Milán, Expositio Evangelii secundum Lucam*, II, 63). Aquí san Ambrosio condensa con notable precisión la cristología lucana y ofrece una clave hermenéutica para comprender la Epifanía del Hijo en el templo como revelación simultánea de su identidad divina y de la perfección de su humanidad. Cuando Ambrosio afirma: *«No huyó de sus padres según la carne aquel que no se apartó del Padre según la divinidad»*, subraya que la confesión de Jesús —«en los negocios de mi Padre me es necesario estar»— no constituye un acto de desobediencia filial, sino la manifestación serena y necesaria de su filiación eterna. Cristo no se separa de José y María por desprecio de la condición humana, sino porque su ser más profundo está anclado en una relación única con el Padre celestial. Aquí se revela su identidad divina, **Él es el Hijo que vive constantemente orientado al Padre, cuya voluntad conoce y ama desde dentro, no por aprendizaje externo, sino por comunión eterna.**

Sin embargo, Ambrosio mantiene inseparable esta revelación de la plena humanidad del Verbo encarnado. Al decir, *«Estaba en el templo como Hijo, y volvió a Nazaret como siervo»*, introduce una dialéctica profundamente evangélica: **el mismo Cristo que se manifiesta como Hijo en el templo —lugar de la presencia divina y de la enseñanza de la Ley— se somete libremente a la vida ordinaria y a la autoridad de sus padres terrenos.** No hay en ello disminución de su dignidad, sino perfección de su humanidad. La obediencia de Nazaret no contradice la sabiduría del templo; la confirma. **Cristo no sólo enseña la verdad, sino que la vive, mostrando que la auténtica sabiduría divina se expresa en la obediencia concreta, humilde y perseverante.**

Cuando Ambrosio concluye, *«en uno manifestó su sabiduría, en el otro practicó la obediencia»*, ofrece una síntesis teológica de gran profundidad pastoral. La Epifanía del templo revela que Jesús es la Sabiduría eterna que ilumina a los maestros de la Ley; la Epifanía de Nazaret muestra que esa misma Sabiduría asume plenamente el camino humano del crecimiento, de la sumisión y del aprendizaje. Así, la gloria del Hijo no se opone a la condición humana, sino que la sana, la eleva y la perfecciona desde dentro. En Cristo, la divinidad no anula la humanidad, ni la humanidad oscurece la divinidad: ambas resplandecen unidas en una obediencia amorosa que se convierte en modelo para la vida cristiana.

2.1. “En los asuntos de mi Padre me es necesario estar”

La respuesta de Jesús a María —«en los asuntos de mi Padre me es necesario estar»— no sólo define su identidad filial, sino que anticipa la orientación total de todo su ministerio terrenal. Desde el comienzo hasta la consumación de su obra, Cristo vive y actúa exclusivamente conforme a la voluntad del Padre, «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra» (Juan 4:34). En Él no hay dispersión ni doble lealtad; cada palabra, cada signo y cada paso están ordenados al Reino. Mientras el corazón humano suele fragmentarse entre múltiples preocupaciones y ansiedades por los propios intereses, Jesús manifiesta una vida unificada por el amor obediente, libre del afán que esclaviza. Él no busca su propia gloria, sino la gloria del Padre que lo envió (Juan 7:18), y por ello puede prometer con autoridad, «Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33). Así, el Niño del templo es ya el Siervo del Señor anunciado por Isaías, cuyo oído es despertado cada mañana para escuchar y obedecer (Isaías 50:4–5). Esta Epifanía moral se despliega a lo largo de toda su vida: desde Nazaret hasta la cruz, Cristo enseña con su ejemplo que atender a los asuntos del Padre no empobrece la existencia humana, sino que la plenifica, ordenando todos los aspectos de la vida bajo la confianza en la providencia divina y mostrando que la verdadera libertad se halla en una obediencia amorosa y total.

Pregunta escudriñadora:

¿Gobierna la voluntad del Padre mis decisiones, o sólo recurro a Dios cuando mis planes fracasan?

Aplicación práctica:

Aprender a discernir la voluntad de Dios en la vida cotidiana, sometiendo nuestros afectos y proyectos a la obediencia filial que Cristo nos modela.

3. El Hijo sometido: la gloria velada en la humildad. ⁵¹Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón". (*Lucas 2:51*)

El testimonio final de este pasaje subraya una de las paradojas más profundas de la Epifanía, **la gloria del Hijo eterno se vela deliberadamente en la obediencia humilde**. Aquel que ha manifestado su sabiduría divina en el templo, que ha confesado con claridad su relación única con el Padre, desciende ahora a Nazaret y se somete a la autoridad de José y de María. Esta sujeción no disminuye su dignidad, sino que la revela en su forma más pura, **pues muestra que la verdadera grandeza delante de Dios se expresa en la obediencia amorosa**. Aquí resuena con fuerza la palabra del profeta Samuel, «Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios» (1 Samuel 15:22). Cristo encarna plenamente esta verdad: su vida no está marcada por gestos externos de piedad, sino por una obediencia

constante, silenciosa y perseverante, ofrecida al Padre en cada circunstancia ordinaria. En Nazaret, lejos del templo y de la admiración de los doctores, el Hijo glorioso santifica la vida doméstica, el trabajo cotidiano y la sumisión legítima, mostrando que la voluntad de Dios se cumple tanto en los grandes actos redentores como en la fidelidad diaria. Así, la Epifanía alcanza aquí una hondura singular: **la gloria divina no sólo resplandece en la revelación y en la palabra, sino que se oculta y se manifiesta al mismo tiempo en la humildad obediente del Hijo**, que enseña a la Iglesia que el camino de la verdadera adoración pasa por escuchar, confiar y obedecer a Dios en lo pequeño y en lo grande.

3.1. La obediencia que santifica lo ordinario.

La sujeción de Cristo en Nazaret manifiesta una obediencia **que no se limita a momentos solemnes, sino que consagra la totalidad de la existencia**. Al volver al ámbito silencioso de la vida doméstica, el Hijo eterno revela que toda acción humana, por sencilla que parezca, puede ser vivida para la gloria de Dios, conforme a la exhortación apostólica, «si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Corintios 10:31). En Jesús, la obediencia filial, el trabajo cotidiano y la vida familiar no son espacios secundarios frente al culto, sino su prolongación concreta. Así, la Epifanía se adentra en lo ordinario, la gloria divina se hace presente allí donde la voluntad del Padre es acogida y cumplida con fidelidad. El Segundo Libro de Homilías insiste en que la fe verdadera se prueba en una vida ordenada conforme a los mandamientos de Dios, y en Cristo vemos esta verdad encarnada plenamente. De este modo, Nazaret se convierte en escuela de santidad, enseñando a la Iglesia que la obediencia perseverante en las responsabilidades diarias es un acto de adoración que honra a Dios y da testimonio de su gracia transformadora.

La Epifanía del Señor en el templo revela de modo luminoso que el cumplimiento perfecto del quinto mandamiento —«Honra a tu padre y a tu madre» (Éxodo 20:12) — **encuentra su expresión más alta en la obediencia filial del Hijo encarnado**. Aquel que vive enteramente orientado a los negocios de su Padre celestial no desprecia, sino que santifica la autoridad paterna y materna al someterse voluntariamente a José y a María. En este acto se manifiesta una armonía profunda entre la obediencia debida a Dios y la obediencia debida a los padres: lejos de oponerse, la una confirma a la otra. Cristo muestra que honrar a los padres no es una concesión secundaria de la vida moral, sino una expresión concreta del amor al Padre que le envió. Así, el Hijo eterno, libre de toda necesidad, se somete en humildad, cumpliendo la Ley no sólo en su letra, sino en su espíritu, y enseñando a la Iglesia que la verdadera piedad se encarna en relaciones ordenadas, obedientes y amorosas. De este modo, la Epifanía del templo proclama que **la gloria de Dios resplandece también en la fidelidad silenciosa con la que el Hijo honra a sus padres terrenales, revelando que toda obediencia legítima, vivida en fe, participa del orden santo querido por Dios**.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco que la obediencia en lo cotidiano es parte esencial de mi vocación cristiana?

Aplicación práctica:

Vivir la fe con fidelidad en las responsabilidades diarias, entendiendo que la santidad cristiana se forja en la obediencia perseverante y humilde.

4. El Hijo que crece: la Epifanía de una humanidad redimida. “⁵²Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres”. (*Lucas 2:52*)

El versículo final de este pasaje culmina la Epifanía del Señor en el templo con una afirmación de profundo alcance cristológico y antropológico: el Hijo eterno, plenamente Dios, ha asumido una humanidad verdadera que crece, madura y se desarrolla en el tiempo. «**Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres**» no describe una carencia en Cristo, sino la manifestación progresiva, histórica y visible de la plenitud que habita en Él desde la eternidad. Como enseña san Ambrosio con fina precisión teológica, “**Crece en sabiduría, no porque le falte sabiduría, sino porque la va manifestando conforme a la edad; crece en estatura, porque asume la condición corporal; crece en gracia, no porque la reciba, sino porque la comunica**” (*San Ambrosio de Milán, Expositio Evangelii secundum Lucam, II, 65*), este crecimiento no implica adquisición de lo que antes faltaba, sino revelación ordenada de lo que el Verbo encarnado es en sí mismo. Aquí la Epifanía alcanza una hondura singular, **la gloria divina no sólo se manifiesta en actos extraordinarios, sino en el crecimiento humano santificado**. En Cristo contemplamos no únicamente al Redentor, sino al Hombre perfecto, en quien la naturaleza humana es restaurada, ordenada y llevada a su verdadero fin. Su crecimiento en sabiduría ilumina la mente humana; su crecimiento en estatura consagra el cuerpo y el tiempo; su crecimiento en gracia revela una humanidad plenamente reconciliada con Dios y vivida en comunión con los hombres. **Así, esta Epifanía no sólo revela quién es Cristo, sino también quiénes somos llamados a ser en Él, una humanidad redimida que, sostenida por la gracia, crece hacia la plenitud para la cual fue creada.**

4.1. Sabiduría, gracia y favor

El crecimiento descrito por san Lucas implica que el Hijo eterno asumió una historia humana real, marcada por el tiempo, el aprendizaje y las relaciones concretas. Crecer en estatura significa que Cristo no habitó una humanidad aparente o abstracta, sino que vivió plenamente las etapas del desarrollo humano, santificando el cuerpo, el trabajo y el paso de los años. De este modo, **el Verbo encarnado se inserta verdaderamente en la condición histórica del hombre, redimiendo desde dentro la experiencia humana del crecimiento y del límite.** Crecer en gracia con Dios y con los hombres señala una vida vivida en comunión, ante Dios, en perfecta complacencia filial; ante los hombres, en relaciones marcadas por la verdad, la justicia y el amor. **Aquí se anticipa el ministerio público de Cristo, cuya autoridad brotará no sólo de sus palabras, sino de una vida íntegra y coherente.** Finalmente, crecer en sabiduría expresa un desarrollo humano real del conocimiento, iluminado constantemente por la comunión con el Padre. Cristo aprende, discierne y madura conforme a su edad, mostrando que la verdadera sabiduría no consiste en la autosuficiencia, sino en **vivir toda la vida orientada a Dios.** Así, en Él se revela una humanidad plenamente restaurada: una humanidad que crece, no para afirmarse a sí misma, sino para cumplir el designio divino, convirtiéndose en modelo y esperanza para todos aquellos que, unidos a Cristo, son llamados a crecer en gracia hasta alcanzar la plenitud para la cual fueron creados.

El crecimiento de Cristo, tal como lo presenta san Lucas, se erige como el modelo y la medida del crecimiento al que es llamada la vida cristiana. Así como el Hijo, en la verdad de su humanidad, avanzó ordenadamente en sabiduría, estatura y gracia, el creyente es convocado a un proceso continuo de maduración espiritual que tiene como fin la plena conformidad con Él. San Pablo expresa esta vocación con claridad al afirmar que la Iglesia ha de crecer “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). Este crecimiento no es automático ni superficial, sino el fruto de una obra interior de la gracia, por la cual Cristo va siendo formado en nosotros, como declara el mismo apóstol: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4:19). En la misma línea, san Pedro exhorta a perseverar en este camino diciendo, “creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18). Así, el crecimiento del cristiano no consiste en la autosuperación, sino en una progresiva configuración con Cristo, por la acción del Espíritu Santo, hasta que su vida, su obediencia y su comunión con el Padre se reflejen en nosotros, para gloria de Dios y edificación de su Iglesia.

Pregunta escudriñadora:

¿Mi vida refleja un crecimiento real en gracia y en comunión con Dios y con los demás?

Aplicación práctica:

Perseverar en una vida de formación espiritual continua, confiando en que el Espíritu nos conforma progresivamente a la imagen de Cristo.

Conclusión:

El evangelio del día en San Lucas 2:41–52 nos introduce en una Epifanía profunda, silenciosa y transformadora, en la que la gloria de Dios no irrumpe con signos externos de poder, sino que se revela en la sabiduría serena, la obediencia amorosa y la humildad perseverante del Hijo encarnado. En el templo, Cristo se manifiesta como el Señor prometido que viene a su santuario, la Sabiduría eterna que asombra a los maestros y cumple las esperanzas de Israel; en su palabra filial —«en los negocios de mi Padre me es necesario estar»— revela la orientación total de su vida hacia la voluntad divina a la que también nosotros somos llamados; en su regreso obediente a Nazaret, santifica la vida ordinaria, mostrando que la gloria de Dios puede habitar plenamente en lo cotidiano; y en su crecimiento en sabiduría, estatura y gracia, inaugura y restaura una humanidad verdadera, reconciliada con Dios y vivida en comunión con los hombres, siendo paradigma para cada cristiano. Esta Epifanía no sólo nos llama a contemplar a Cristo como objeto de fe, sino a participar de su vida, dejándonos conformar por su obediencia, crecer en su gracia y caminar a la luz de su sabiduría, hasta alcanzar la madurez de la plenitud que hay en Él. Así, la Iglesia, siguiendo al Hijo obediente y sabio, avanza en esperanza, aguardando el día en que la fe se transforme en visión, la obediencia en gozo perfecto y la comunión terrenal en gloria eterna. A Él, que es el resplandor de la gloria del Padre y el primogénito de una humanidad redimida, sea la honra, el dominio y la adoración, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

“La paz del Dios soberano y la manifestación de su Hijo”
Devoción para la Segunda Domínica después de Epifanía

Oración inicial:

Dios omnipotente y eterno, fuente de toda luz y paz verdadera, que en esta estación de Epifanía nos concedes contemplar la manifestación gloriosa de tu Hijo Jesucristo, dispón nuestros corazones por tu Espíritu para recibir tu Palabra con reverencia, fe y obediencia. Que al meditar en tus santos misterios seamos conformados a la imagen de Cristo y conducidos a la paz que procede de tu gobierno soberano; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del día:

OMNIPOTENTE y Eterno Dios, que gobiernas todas las cosas en el cielo y en la tierra; Oye misericordiosamente las súplicas de tu pueblo, y concédenos tu paz todos los días de nuestra vida; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Colecta de esta Segunda Domínica después de Epifanía nos sitúa ante una confesión fundamental de la fe bíblica que la tradición anglicana recibe y custodia con fidelidad: **Dios gobierna soberanamente todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra.** Esta verdad, firmemente arraigada en el Antiguo Testamento —«Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos» (Salmo 103:19)— no es una afirmación abstracta ni una simple especulación doctrinal, sino el cimiento vivo de la oración confiada del pueblo de Dios. Porque Él reina, podemos suplicar; porque Él gobierna, podemos descansar. La paz que imploramos brota de este señorío divino y se identifica con el **shalom** veterotestamentario: no mera ausencia de guerra o de conflicto exterior, sino plenitud de vida, orden restaurado, comunión reconciliada y **bienestar integral bajo el pacto de Dios** (cf. Números 6:24–26; Isaías 32:17). Este shalom, quebrantado por el pecado y la rebelión humana, encuentra su cumplimiento pleno y definitivo en la obra redentora de Cristo, quien, como anuncia Isaías, es el Príncipe de Paz (Isaías 9:6). En Él, Dios reconcilia consigo al mundo, **«haciendo la paz mediante la sangre de su cruz»** (Colosenses 1:20), y restablece la comunión rota entre el cielo y la tierra. Así, la paz que pedimos en la Colecta no es un sentimiento pasajero ni una seguridad circunstancial, sino el fruto objetivo de la justificación y de la reconciliación con el Padre por medio del Hijo, conforme a la enseñanza apostólica: **«Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo»** (Romanos 5:1). El Artículo I de los Treinta y Nueve Artículos confiesa a este Dios vivo, eterno y todopoderoso cuya providencia sostiene todas las cosas; y en Cristo, esa providencia se revela como gracia salvadora que concede a su pueblo el shalom verdadero, una paz que gobierna el corazón, ordena la vida y anticipa la plenitud del Reino venidero.

Esta paz, soberanamente otorgada por el Padre en Cristo e implantada en los corazones por la obra del Espíritu Santo, se hace visible y concreta en la vida de la Iglesia, tal como lo expone la exhortación apostólica de Romanos 12:6–16b. San Pablo, después de haber proclamado la misericordia redentora de Dios, describe una comunidad transformada interiormente, donde la diversidad de dones no genera rivalidad ni división, sino que, ordenada por la gracia, se convierte en servicio mutuo para la edificación del cuerpo. La paz recibida en la reconciliación con Dios se despliega ahora en relaciones marcadas por la humildad, el amor no fingido, la paciencia y la concordia, de modo que la vida comunitaria se convierte en un reflejo visible del gobierno de Cristo. El Primer Libro de Homilías, en **la Homilía sobre la Caridad**, enseña que el amor cristiano no es un mero afecto natural, sino el fruto necesario de una fe viva y operante, y afirma que allí donde reina la caridad verdadera se manifiesta la presencia misma de Dios. Así, la Iglesia, habitada por la paz de Cristo, llega a ser como una sinfonía espiritual: muchos miembros, diversas funciones, una sola armonía, **en la que cada acto de servicio y cada relación restaurada contribuyen a la alabanza de Dios**. Esta paz no se impone desde fuera, sino que es cultivada por el Espíritu en un cuerpo que vive bajo el señorío del Padre, de modo que la comunión fraterna se convierte en testimonio vivo del Reino y en ofrenda agradable para la gloria de aquel que nos reconcilió consigo mismo por medio de su Hijo.

El Evangelio según san Marcos (1:1–11) nos conduce al origen y al fundamento último de la paz implorada en la Colecta: **la manifestación pública de Jesucristo como el Hijo amado del Padre**, en quien descansa plenamente su complacencia. En el bautismo del Señor, el cielo se abre, el Espíritu desciende como paloma y la voz del Padre declara: «**Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia**». El agrado del Padre no es arbitrario ni meramente afectivo, sino profundamente teológico: el Padre se complace en el Hijo porque Él es el obediente perfecto que cumple toda justicia, el Siervo anunciado por Isaías sobre quien reposa el Espíritu (Isaías 42:1), y el Cordero sin mancha que se ofrece voluntariamente para llevar el pecado del mundo. En Cristo, el Padre contempla una humanidad plenamente conforme a su voluntad, una obediencia sin fractura, un amor sin mezcla y una comunión ininterrumpida. Por ello, el título mesiánico de Isaías 9:6 —“Príncipe de paz”— halla aquí su manifestación inaugural: el gobierno soberano de Dios se ejerce ahora mediante el Hijo que reconcilia, restaura y ordena todas las cosas. Como enseña san Ireneo, en Cristo Dios recapitula la creación entera para reconciliar el cielo y la tierra, sanando por su obediencia lo que fue herido por la desobediencia. Esta Epifanía no sólo revela quién es Cristo en sí mismo, sino también quiénes somos nosotros en Él, por la unión mística con Cristo, obrada por el Espíritu Santo, los creyentes participamos de la filiación del Hijo y somos hechos agradables al Padre en Él. Así, la paz que brota del Jordán no se limita a la persona de Jesús, sino que se extiende a todos los que, incorporados a Cristo por la fe y el bautismo, reciben el Espíritu de adopción y entran en la comunión del amor trinitario. De este modo, la Epifanía proclama que la paz que imploramos en la Colecta nace de nuestra unión

viva con el Hijo amado, en quien el Padre se complace y por quien su paz reina ahora en los corazones de su pueblo.

Lectura orante de la Palabra:

Señor soberano, al escuchar la exhortación apostólica reconocemos que los dones que has dado a tu Iglesia proceden de tu gracia y están destinados a edificar el cuerpo de Cristo. Enséñanos a ejercerlos con humildad, conforme a la medida de la fe, para que reine entre nosotros la paz que tú otorgas. **Líbranos del orgullo y de la discordia, y concédenos un mismo sentir en Cristo Jesús**, como el pueblo reunido ante ti en el Sinaí (Éxodo 19), llamado a vivir bajo tu santa voluntad.

Al contemplar a tu Hijo en las aguas del Jordán, confesamos que Él es el Ungido sobre quien reposa el Espíritu prometido (Isaías 42:1). En su bautismo vemos el inicio de un reino que no se impone por la fuerza, sino que se manifiesta en obediencia, humildad y comunión con el Padre. **Haz que, unidos a Él, vivamos como hijos reconciliados, portadores de tu paz en medio de un mundo dividido.** Amén.

Preguntas para reflexionar:

1. **Desde la Colecta:**
¿Confío verdaderamente en el gobierno soberano de Dios como fundamento de la paz en mi vida diaria?
2. **Desde la Epístola (Romanos 12:6–16b):**
¿Cómo estoy usando los dones que Dios me ha concedido para edificar la paz y la unidad del cuerpo de Cristo?
3. **Desde el Evangelio (Marcos 1:1–11):**
¿Reconozco y confieso a Jesús como el Hijo amado en quien Dios establece su reino de paz?

Aplicaciones prácticas:

1. **Desde la Colecta:**
Vivir cada día con una confianza renovada en la providencia de Dios, entregándole nuestras ansiedades y recibiendo su paz como don continuo.
2. **Desde la Epístola:**

Practicar activamente la humildad, el servicio y la concordia en la comunidad cristiana, ejerciendo nuestros dones para el bien común y no para la autoexaltación.

3. **Desde el Evangelio:**

Renovar nuestra identidad bautismal, recordando que hemos sido incorporados a Cristo y llamados a vivir como hijos amados que reflejan la paz del Padre.

Oración final:

Omnipotente y eterno Dios, que gobiernas con sabiduría y amor todas las cosas, concede que, contemplando la manifestación de tu Hijo en el poder del Espíritu, vivamos como un pueblo reconciliado bajo tu señorío. Derrama sobre nosotros la paz que el mundo no puede dar, ordena nuestras vidas conforme a tu voluntad y haznos instrumentos de tu concordia en la Iglesia y en el mundo. Todo esto te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor, a quien contigo y el Espíritu Santo sea toda gloria y honor, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

LA GLORIA REVELADA EN EL HIJO AMADO: *La Epifanía de Cristo en su Bautismo*
Sermón para la Segunda Dominica después de Epifanía

“Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. ² Como está escrito en Isaías el profeta: he aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. ³ Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; Enderezad sus sendas. ⁴ Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. ⁵ Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. ⁶ Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre. ⁷ Y predicaba, diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. ⁸ Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo. ⁹ Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. ¹⁰ Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. ¹¹ Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia”. (Marcos 1:1–11)

“En el Jordán se manifiesta el misterio de la Trinidad: el Padre da testimonio del Hijo, el Hijo es bautizado, y el Espíritu desciende. Así comienza la obra de nuestra salvación” — **San Ambrosio de Milán**, *De Spiritu Sancto*, I, 3, 42

Introducción:

La estación de Epifanía proclama que la gloria de Dios no permanece oculta ni reservada a unos pocos, sino que se revela soberanamente en la persona y la obra de Jesucristo para la salvación del mundo. En la Segunda Dominica después de Epifanía, **la Iglesia es conducida al inicio del ministerio público del Señor según san Marcos, donde Cristo se manifiesta como el Hijo amado del Padre, ungido por el Espíritu Santo y enviado para cumplir la justicia divina**. En este contexto, el bautismo de Jesús adquiere un significado singular y decisivo: no se trata del bautismo cristiano instituido después de la Pascua, ni de un rito de arrepentimiento por pecados propios, **sino de un acto mesiánico mediante el cual el Hijo se identifica voluntariamente con el pueblo que ha venido a redimir**. Al descender a las aguas del Jordán, Cristo asume la condición de Israel y de la humanidad caída, colocándose solidariamente entre los pecadores, no para confesar culpa, sino para cargar con ella y comenzar públicamente el camino de la obediencia vicaria que culminará en la cruz.

Así, Marcos 1:1–11 no es simplemente un preámbulo narrativo, sino una proclamación teológica condensada en la que se revela quién es Jesús y cuál es la naturaleza de su misión. El bautismo señala la consagración del Mesías como Siervo

del Señor anunciado por Isaías (Is 42:1; 53:11), sobre quien reposa el Espíritu para llevar a cabo la obra de reconciliación. A diferencia del bautismo cristiano, que participa de la muerte y resurrección de Cristo como medio de incorporación a su Cuerpo (cf. Romanos 6:3–4), el bautismo del Señor inaugura su ministerio redentor y anticipa legalmente su entrega total por nosotros. En la apertura de los cielos, la voz del Padre y el descenso del Espíritu, se manifiesta que la paz y la reconciliación prometidas desde el Antiguo Testamento no proceden de un esfuerzo humano ascendente, sino del acto soberano de Dios que, en su Hijo, entra en la historia para restaurar definitivamente la comunión entre el cielo y la tierra.

Este pasaje inaugura el Evangelio con un lenguaje denso de cumplimiento y revelación: las promesas proféticas convergen, el tiempo señalado por Dios llega a su plenitud y el Reino irrumpe en la historia por iniciativa divina. En la Epifanía del Jordán se manifiesta con claridad que la obra de la salvación es, en su origen y ejecución, una obra plenamente trinitaria. El Padre se revela como aquel que elige y envía, declarando su complacencia eterna en el Hijo; el Hijo, en obediencia perfecta, se solidariza con los pecadores, los representa vicariamente y asume el camino redentor que culminará en la cruz; y el Espíritu Santo desciende para ungir al Mesías, acreditarlo públicamente y aplicar eficazmente su obra, santificando a aquellos que son llamados a participar de su vida. **La gloria revelada no se manifiesta, por tanto, en esplendor político ni en poder coercitivo, sino en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu actuando conjuntamente para la redención del mundo.** Así, la Epifanía del Jordán se convierte en el fundamento de toda cristología fiel y de toda vida cristiana ordenada bajo el señorío de Cristo: una vida que confiesa al Padre que salva, al Hijo que redime y al Espíritu que vivifica y santifica, para la alabanza de la gloria de Dios Uno y Trino.

1. El principio del Evangelio: la irrupción del Reino prometido. “Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. ²Como está escrito en Isaías el profeta: he aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. ³Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; Enderezad sus sendas” (*Marcos 1:1–3*).

Marcos abre su Evangelio con una declaración programática de gran densidad teológica: «Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios». Este “principio” no debe entenderse únicamente en sentido cronológico, como el inicio de una narración, sino en sentido escatológico y teológico, evocando deliberadamente el lenguaje de Génesis 1:1. Así como en el principio Dios creó los cielos y la tierra por su Palabra, ahora inaugura una nueva creación mediante la manifestación de su Hijo. El “evangelio” que se anuncia no es una reflexión moral ni una propuesta religiosa, sino la proclamación objetiva de que Dios ha intervenido soberanamente en la historia para cumplir sus promesas. Al citar a Isaías 40:3 y a Malaquías 3:1, Marcos sitúa este acontecimiento en continuidad orgánica con el Antiguo Testamento: el Dios que habló por los profetas es el mismo que ahora actúa definitivamente. La preparación

del camino recuerda la salida del exilio, el retorno del Señor a Sion y la esperanza de que Dios mismo vendría a pastorear a su pueblo. El desierto, escenario del éxodo, de la prueba y del encuentro revelador —donde Israel aprendió a depender de la palabra de Dios (Deuteronomio 8:3)— vuelve a ser el lugar donde se oye la voz divina. Así, el comienzo del Evangelio no anula la historia de Israel, sino que la asume y la lleva a su plenitud: la fidelidad de Dios se manifiesta una vez más, inaugurando en Cristo el tiempo nuevo en el que las antiguas promesas encuentran su cumplimiento definitivo.

1.1. Juan el Bautista como heraldo escatológico.

Juan el Bautista aparece en el umbral del Evangelio como el heraldo escatológico anunciado por los profetas, la **“voz que clama en el desierto”** que cumple Isaías 40:3 y señala que el tiempo del cumplimiento ha llegado. Su figura no se entiende desde sí misma, sino desde aquel a quien anuncia, **Juan no es la luz, sino testigo de la luz (cf. Juan 1:8)**, y toda su misión consiste en preparar el camino del Señor enderezando los corazones mediante un bautismo de arrepentimiento. No es casual, como subraya Marcos y como se mencionó anteriormente, que este ministerio tenga lugar en el desierto, pues en la historia de la salvación este espacio **ha sido el ámbito pedagógico por excelencia donde Dios forma a su pueblo**: allí Israel fue probado en la fe, disciplinado en la obediencia y enseñado a vivir no solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor (cf. Deuteronomio 8:2–3). El mismo escenario marcado por la memoria del éxodo y de la alianza se convierte ahora en el lugar de una nueva convocatoria divina, donde Juan llama a una conversión radical ante la inminente venida del Santo de Dios. Así, el desierto deja de ser únicamente recuerdo del pasado para transformarse en anuncio del futuro: **el lugar donde Dios prepara un nuevo éxodo, no ya de la esclavitud de Egipto, sino del pecado y de la muerte, disponiendo a su pueblo para recibir al Mesías que trae la plenitud de la redención.**

En Juan confluyen la Ley y los Profetas; **él representa el cierre de la antigua dispensación y, al mismo tiempo, el umbral del Reino que irrumpe.** Su ministerio es profundamente preparatorio: no comunica aún la gracia en su plenitud, pero dispone los corazones para recibirla. El Segundo Libro de Homilías subraya este principio divino cuando afirma que Dios, antes de conceder la salvación, “mueve y dispone los corazones de los hombres al arrepentimiento, para que sean aptos a recibir su misericordia” (Second Book of Homilies, *Of Repentance*, Part I). De este modo, la severa llamada de Juan no es dureza sin esperanza, **sino misericordia preventiva, una obra de amor que despierta la conciencia ante la cercanía del Rey.** En la Epifanía del Jordán, Juan señala con claridad que la comunión con el Mesías no puede darse sin conversión, y que la gloria que está por manifestarse exige corazones humillados, atentos y preparados para recibir al Señor que ya ha llegado.

Preguntas escudriñadoras

¿Reconozco que el Evangelio no comienza conmigo, sino con la iniciativa soberana de Dios?

¿Estoy dispuesto a escuchar la voz que me llama al arrepentimiento verdadero?
¿Existen hábitos o pecados particulares de los cuales me debo arrepentir hoy para restaurar mi comunión con el Mesías?

Aplicaciones prácticas

Cultivar una disposición constante de arrepentimiento y expectación. Preparar el corazón mediante la Palabra y la oración para que Cristo gobierne en Él.

2. El llamado al arrepentimiento y la promesa del bautismo del Espíritu: preparación para la Epifanía del Mesías. “⁴Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. ⁵Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. ⁶Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre. ⁷Y predicaba, diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. ⁸Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo” (*Marcos 1:4–8*).

San Marcos presenta el ministerio de Juan el Bautista como una intervención decisiva de Dios en la historia, una irrupción profética que rompe los largos siglos de silencio que siguieron a Malaquías y señala que el tiempo del cumplimiento ha llegado. **Tras aproximadamente cuatrocientos años en los que no se había levantado profeta alguno en Israel, la voz de Juan resuena en el desierto con la autoridad de los antiguos mensajeros del Señor**, confirmando que Dios no ha olvidado sus promesas ni ha abandonado a su pueblo. Su predicación escatológica no se agota en el rito que administra, sino que orienta la mirada hacia una realidad mayor, **la venida inminente del Mesías que bautiza con el Espíritu Santo**. El contraste entre el agua y el Espíritu no es casual, sino profundamente arraigado en la esperanza veterotestamentaria, pues los profetas habían anunciado que, en los días finales, Dios no solo limpiaría exteriormente a su pueblo, sino que obraría una transformación interior radical: “esparciré sobre vosotros agua limpia... y pondré dentro de vosotros mi Espíritu” (Ezequiel 36:25–27). Joel proclamó la efusión universal del Espíritu como signo de la restauración definitiva (Joel 2:28–29), e Isaías habló de un derramamiento desde lo alto que convertiría el desierto en campo fértil (Isaías 32:15). Juan, plenamente consciente de esta expectativa, confiesa el carácter provisional de su ministerio: su bautismo denuncia el pecado y llama al arrepentimiento, **pero no puede comunicar la vida nueva**. Esa prerrogativa pertenece únicamente a Cristo, el Siervo ungido del Señor (Isaías 61:1), quien

concede el Espíritu que regenera, santifica y sella la alianza definitiva. Así, el bautismo con el Espíritu Santo aparece como el cumplimiento pleno de la promesa veterotestamentaria de un corazón nuevo y una obediencia renovada; es la obra soberana del Mesías glorificado que no solo perdona al pecador, sino que lo incorpora a la vida misma de Dios. En esta Epifanía inicial, se revela con claridad que **la salvación no consiste en una mera reforma externa, sino en una recreación interior, obrada por el Espíritu y aplicada por Cristo a su pueblo.**

2.1. Bautismo de arrepentimiento y esperanza de renovación

El bautismo de Juan confronta al pueblo con la necesidad ineludible de un arrepentimiento verdadero, recordando que no basta con pertenecer al Israel histórico ni apoyarse en privilegios religiosos heredados, sino que es imprescindible volverse a Dios con un corazón quebrantado y humilde. A la luz del Salmo 51:17 —«Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios»— **se manifiesta con claridad que el arrepentimiento proclamado por el Bautista no es simplemente un ritual externo, sino una disposición interior que reconoce la santidad de Dios y la gravedad del pecado,** y que se presenta ante Él despojada de toda autosuficiencia. La confesión pública de los pecados junto al Jordán expresa precisamente esta actitud: una fe que se deja juzgar por la Palabra divina, confiesa su culpa y clama por misericordia, anticipando la restauración que sólo el Señor puede conceder.

Sin embargo, Juan dirige deliberadamente nuestra mirada más allá del propio rito, su bautismo es provisional, pedagógico y expectante, una señal que prepara, pero no consuma, la obra salvadora de Dios. El agua del Jordán denuncia el pecado y convoca a la conversión, pero no posee en sí misma el poder de engendrar un corazón nuevo. Por ello, el ministerio del Bautista apunta inequívocamente hacia Cristo, en quien se cumple la promesa veterotestamentaria de la regeneración interior anunciada por el profeta Ezequiel: «Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros... y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos» (Ez 36:26–27). Aquí se revela la necesidad de nacer no sólo del agua, sino del Espíritu: el signo externo prepara el camino para la realidad interior que sólo Dios puede obrar. Así, la Epifanía del Jordán no se reduce a una manifestación visible de la gloria divina, sino que señala una transformación interior y real del ser humano: **el paso de la preparación al cumplimiento y de la purificación simbólica a la regeneración efectiva.** Dejando manifiesto que el arrepentimiento genuino, **fruto de un corazón quebrantado que se vuelve a Dios con fe, es don de la gracia, pues es el Espíritu Santo quien convence, mueve y renueva, inaugurando una vida nueva capacitada para obedecer fielmente bajo el señorío del Mesías.**

Preguntas escudriñadoras

¿He reducido el arrepentimiento a un acto externo o permito que confronte verdaderamente mi corazón delante de Dios?

¿Reconozco la absoluta superioridad de Cristo, o sigo confiando en mis propias obras y disciplinas religiosas?

¿Vivo consciente de que el bautismo cristiano implica una vida dependiente del Espíritu Santo y no solo un rito pasado?

Aplicaciones prácticas:

Examinemos nuestra vida a la luz de la predicación de Juan, permitiendo que el llamado al arrepentimiento nos lleve a una confesión sincera y humilde delante de Dios.

Aprendamos de la actitud de Juan una espiritualidad que señala siempre a Cristo y no a nosotros mismos, cultivando la humildad y el servicio fiel.

Vivamos cada día confiando en la obra continua del Espíritu Santo, quien aplica en nosotros la redención de Cristo, nos santifica y nos capacita para una vida conforme al Reino que ha llegado.

3. El Hijo obediente: la manifestación de la justicia cumplida. “⁹ Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. ¹⁰ Y luego, cuando subía del agua...” (*Marcos 1:9–10a*).

La obediencia de Cristo al concurrir al bautismo en el Jordán, constituye una manifestación esencial de la justicia cumplida en favor de los pecadores. Jesús se presenta ante Juan no por necesidad de arrepentimiento ni de purificación personal, pues es el Santo sin mancha, sino por obediencia vicaria, **Él asume voluntariamente el lugar de aquellos que han quebrantado la ley de Dios, para cumplir en su propia persona lo que ellos no pudieron cumplir.** En este acto inicial de su ministerio público, el Hijo eterno se identifica solidariamente con los desobedientes, inaugurando el camino de una obediencia perfecta que recorrerá hasta la cruz. Así, como el Siervo del Señor anunciado en Isaías 53, “**contado con los transgresores**”, Cristo se coloca entre los pecadores para cargar con su culpa y restaurar la justicia que la desobediencia humana había quebrantado.

Esta Epifanía del Jordán revela, por tanto, que nuestra salvación descansa no sólo en la muerte expiatoria de Cristo, sino también en la totalidad de su obediencia activa. El Artículo II de los Treinta y Nueve Artículos confiesa que el Hijo “verdaderamente padeció, fue crucificado, muerto y sepultado, para reconciliarnos con su Padre”, y esta reconciliación se evidencia visiblemente aquí, cuando el Hijo hecho hombre se somete a la voluntad divina en representación nuestra. Donde Adán desobedeció,

Cristo obedece; donde Israel falló en su vocación, el Hijo fiel cumple toda justicia. Así, en el bautismo del Jordán se manifiesta que la justicia que nos libra de la condenación no es nuestra, sino la de Cristo, imputada a nosotros por gracia, para que, unidos a Él, seamos aceptos ante el Padre y capacitados para una vida nueva en obediencia bajo su señorío.

3.1. La obediencia que necesitamos para nuestra redención.

Al descender libremente a las aguas del Jordán, Cristo asume el camino de obediencia que la humanidad caída no supo ni pudo recorrer. Su bautismo no nace de una necesidad propia —pues en Él no hay pecado— sino de su amor redentor, **al someterse voluntariamente por causa de los pecadores a quienes vino a salvar**. Este gesto inaugural de su ministerio público manifiesta una obediencia consciente y deliberada a la voluntad del Padre, orientada a “cumplir toda justicia” (cf. Mt 3:15), y revela el carácter representativo de su misión. La justicia que Cristo encarna no es un cumplimiento externo de preceptos, no es legalismo fariseo, sino una fidelidad filial plena, en la que asume nuestra condición y se solidariza con los transgresores identificándose con ellos, anticipando desde el Jordán la entrega obediente de su vida que alcanzará su plenitud en la cruz.

Esta obediencia vicaria constituye una Epifanía profunda y silenciosa en la que se revela el verdadero modo en que Dios restaura a su pueblo, **el Santo de Dios se identifica con los pecadores para rescatarlos de su desobediencia**. A la luz de las palabras de Jesús en Mateo 5:17–20, este acto no puede entenderse como una suspensión de la Ley ni de los Profetas, sino como su cumplimiento perfecto. En el Jordán, Cristo se presenta como aquel que no vino a abolir la voluntad revelada del Padre, sino a llevarla a su plenitud en una obediencia íntegra, interna y sin fisuras. Allí consagra el camino que nosotros no podíamos recorrer, santificando la condición humana desde dentro y **restaurando en su propia persona la comunión rota con Dios, pues Él cumple en sí mismo la justicia que la Ley demandaba y que el ser humano fue incapaz de ofrecer**.

Así, la gloria divina no se manifiesta aquí mediante poder visible ni esplendor externo, sino que se revela de manera velada en la humillación voluntaria del Hijo, en su sumisión perfecta y en su fidelidad inquebrantable al designio eterno del Padre. El bautismo de Cristo anticipa toda su vida de obediencia, una justicia que contrasta radicalmente con la de los escribas y fariseos, fundada en un rigor legalista e hipócrita, **pues la suya brota de una unión filial perfecta y de una conformidad plena con el corazón de Dios** (cf. Mt 5:20). En esta obediencia cumplida se establece el fundamento de nuestra esperanza: **la justicia que nos faltaba ha sido realizada por Él para nosotros**. Sin embargo, esta obediencia no solo es el medio de nuestra redención, sino también el modelo de nuestra vida renovada. Unidos a Cristo por el Espíritu Santo, somos llamados a imitar su disposición filial, aprendiendo a vivir en una obediencia que nace de la fe y del amor.

Por ello, el apóstol exhorta, «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo» (1 Co 11:1), y nuevamente, «Sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros» (Flp 3:17). De este modo, la Epifanía del Jordán no solo proclama la justicia que nos salva, sino que traza el camino de la obediencia que debemos recorrer, **una vida conformada a Cristo, transformada por su gracia y capacitada para vivir bajo el señorío del Reino que Él inaugura y manifiesta ante el mundo.**

Preguntas escudriñadoras:

¿Comprendo que mi salvación descansa en la obediencia perfecta de Cristo y no en mis méritos?

¿Estoy dispuesto a seguir a Cristo por el camino de la obediencia humilde?

Aplicaciones prácticas:

Vivir la obediencia cristiana como respuesta agradecida a la gracia recibida. Abrazar la humildad como forma auténtica de glorificar a Dios.

4. La Epifanía trinitaria: el Hijo amado y ungido. ¹⁰Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. ¹¹Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia" (*Marcos 1:10–11*).

En el Jordán, la obra de la salvación se manifiesta desde su inicio como una obra de la Santísima Trinidad. El cielo rasgado indica que la barrera entre Dios y la humanidad comienza a ser removida, evocando la súplica de Isaías: "¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras!" (Is 64:1), ahora cumplida en la persona del Hijo encarnado. El Padre habla desde los cielos, el Espíritu desciende, y el Hijo emerge de las aguas: no como tres dioses, sino como el único Dios verdadero actuando inseparablemente en la economía redentora. La voz del Padre proclama la identidad filial de Jesús —"**Tú eres mi Hijo amado**"— uniendo el lenguaje del Salmo 2:7, que anuncia al Rey mesiánico entronizado, con Isaías 42:1, donde el Siervo del Señor es presentado como aquel en quien Dios se complace y sobre quien pone su Espíritu. Así, el Hijo es revelado simultáneamente como Rey y Siervo, como el Ungido que gobernará por medio de la obediencia y del sacrificio.

El descenso del Espíritu "como paloma" no es un detalle simplemente narrativo, sino una imagen cargada de resonancias veterotestamentarias. Remite al Espíritu que aleteaba sobre las aguas en la creación primigenia (Gn 1:2), indicando que en Cristo se inaugura una nueva creación; recuerda también a la paloma del diluvio que anunció el fin del juicio y el comienzo de una humanidad renovada (Gn 8:8–12). De este modo, el bautismo de Jesús señala que la obra salvadora será una obra

recreadora, **el Espíritu unge al Hijo para llevar a cabo la restauración definitiva de la creación caída.** Como anunciaron los profetas, el Mesías sería aquel sobre quien reposaría el Espíritu para traer salvación, justicia, luz y paz a las naciones (Is 11:1–5; 61:1). En esta Epifanía trinitaria queda establecido que nuestra salvación no procede de voluntad de hombre, ni de un esfuerzo moral, sino del designio eterno del Padre, cumplido por la obediencia del Hijo y aplicado eficazmente por el Espíritu Santo, quien introduce a los redimidos en la comunión viva del Dios trino.

4.1. La complacencia del Padre y nuestra adopción en el Hijo.

La declaración divina —«Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia»— no es solo una revelación de la identidad eterna de Cristo, sino una proclamación evangélica en su sentido más pleno. **En estas palabras resuena la buena noticia: el favor y la aceptación del Padre descansan enteramente en el Hijo, y es precisamente en Él donde los pecadores son acogidos.** El Padre no pronuncia aquí sólo una afirmación afectiva, sino un veredicto salvífico: **en Cristo, la justicia es aprobada, la obediencia es aceptada y la reconciliación es inaugurada.** San Ireneo enseña que el Hijo eterno “recapitula en sí mismo” a la humanidad caída para restaurarla a la comunión filial con Dios (Adversus Haereses, III, 18, 1). Así, la complacencia del Padre en el Hijo se convierte en la fuente de nuestra adopción.

El Evangelio según san Juan expone esta verdad con diáfana claridad, “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Jn 1:12–13). **La filiación que Cristo posee por naturaleza es comunicada por gracia a quienes son unidos a Él por la fe y el Espíritu.** Por nuestra unión mística con el Hijo amado, somos hechos hijos adoptivos, aceptos en el Amado y agradables al Padre, no por mérito propio, sino por participación en la vida de Cristo. Aquí se revela el corazón del Evangelio: **la voz que declara complacencia sobre Jesús es la misma que, en Él, pronuncia justificación y paz sobre su pueblo.** De esta adopción fluye la verdadera paz implorada en la Colecta para este día, pues haber sido reconciliados como hijos en el Hijo es el fundamento firme de una vida vivida bajo el favor, el amor y la comunión del Dios trino.

Preguntas escudriñadoras

¿Vivo consciente de que mi identidad está anclada en Cristo, el Hijo amado?

¿Descanso en la paz que fluye de mi adopción en Él?

Aplicaciones prácticas

Vivir confiados en el amor del Padre revelado en Cristo.

Cultivar una vida guiada por el Espíritu mediante la oración constante, la obediencia diaria a la Palabra y la comunión viva con Cristo, en quien soy unido como hijo al Padre.

Conclusión:

San Marcos 1:1–11 nos conduce al umbral del Evangelio y nos introduce en una Epifanía decisiva y fundante: **la gloria de Dios revelada en Jesucristo, el Hijo amado del Padre, obediente hasta el extremo y ungido por el Espíritu Santo para la obra de nuestra redención.** En las aguas del Jordán no asistimos a un episodio aislado, sino a la inauguración pública del designio eterno de salvación, del ministerio del Mesías: el Reino irrumpe en la historia, la justicia es cumplida por aquel que se somete en nuestro lugar, y la paz prometida desde antiguo comienza a manifestarse como reconciliación real entre Dios y los hombres. Allí, donde el cielo se abre, se revela que **la salvación es obra de la Santísima Trinidad: el Padre elige y se complace, el Hijo representa y obedece, y el Espíritu unge, aplica y santifica.** Esta Epifanía no se ofrece solo para ser contemplada con asombro reverente, sino para ser vivida en comunión, unidos a Cristo por el Espíritu, somos incorporados a su obediencia, hechos hijos por adopción y llamados a caminar bajo el gobierno amoroso del Padre. Así, la Iglesia, peregrina en el tiempo, confiesa con gozo y esperanza que la gloria revelada en el Hijo continúa resplandeciendo en medio del mundo, transformando corazones, ordenando la vida y anticipando el día en que la fe se convertirá en visión y la Epifanía alcanzará su plenitud en la gloria eterna del Reino consumado.

A Él sea la honra y el dominio por los siglos de los siglos.

Amén.

La Gloria que Sostiene: Cristo, Defensa de los Débiles
Devoción para la Tercera Dominica después de Epifanía.

Oración inicial:

Oh Dios eterno y Todopoderoso, luz verdadera que resplandece en medio de nuestra debilidad, abre nuestros ojos para contemplar la gloria de tu Hijo y humilla nuestros corazones para recibir su gracia. Concede que, iluminados por tu Palabra y fortalecidos por tu Espíritu Santo, vivamos conforme a la voluntad que has revelado en Cristo, para gloria de tu santo Nombre. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del día:

OMNIPOTENTE y eterno Dios, mira misericordiosamente nuestra fragilidad, y en todos nuestros peligros y necesidades extiende tu diestra para ayudarnos y defendernos: mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Colecta de esta Tercera Dominica después de Epifanía nos sitúa ante una confesión profundamente bíblica y pastoral: la fragilidad humana no es negada ni encubierta, sino reconocida con verdad y presentada confiadamente ante el Dios omnipotente y eterno. Esta conciencia no brota del pesimismo, sino de la lucidez que nace de la fe. El Antiguo Testamento expresa esta tensión con singular belleza en el Salmo 8, cuando el salmista, contemplando la grandeza de la creación, exclama, **“¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?”** (Sal 8:4). La pequeñez del ser humano frente a la majestad divina no conduce a la desesperación, sino al asombro agradecido, **Dios, en su condescendencia misericordiosa, se inclina hacia la criatura frágil y la corona de honra y dignidad (Sal 8:5)**. Así, la fragilidad no es señal de abandono, sino el lugar donde se manifiesta la gracia que sostiene y guarda.

Desde esta perspectiva, la súplica de la Iglesia se enraíza en la certeza de que **el Dios que “hizo los cielos y la tierra” es, al mismo tiempo, el Dios que se acerca al necesitado y extiende su diestra para ayudar y defender (Sal 121:2)**. Su soberanía no es fría ni distante, sino providente y paternal. El Artículo I de los Treinta y Nueve Artículos confiesa a este Dios como eterno, todopoderoso e infinitamente sabio, cuyo gobierno abarca todas las cosas visibles e invisibles. Por ello, la oración cristiana no es un gesto de temor servil, sino una respuesta confiada de dependencia filial, **reconocemos nuestra debilidad, no para quedar paralizados por ella, sino para descansar en aquel que, siendo infinito en poder, se digna visitar, sostener y preservar a los frágiles hijos de los hombres.**

En la súplica de la oración Colecta designada para este día, al implorar para que el Dios omnipotente y eterno extienda su diestra para ayudarnos y defendernos, nos conduce a confesar con el salmista: «Yahvé es mi roca, y mi fortaleza, y mi libertador... mi escudo, y el cuerno de mi salvación, mi alto refugio» (Sal 18:1–3). Esta defensa divina no es parcial ni superficial, sino total y misericordiosa, pues se dirige en primer lugar a la necesidad de ser defendidos contra nosotros mismos y la tiranía de nuestro propio pecado, del cual sólo Dios puede librarnos (cf. Sal 19:12; Rom 7:24–25). Asimismo, es defensa contra Satanás y sus huestes astutas, aquel adversario que busca devorar y engañar, pero cuya derrota ha sido asegurada por Cristo, quien despojó a los principados y potestades en la cruz (cf. 1 Pe 5:8; Col 2:15). Es también defensa frente al mundo y la vanagloria de la vida, que seducen el corazón y se oponen al amor del Padre (cf. 1 Jn 2:15–17), preservándonos para una vida sobria y fiel bajo el señorío de Cristo. Finalmente, esta súplica abraza la defensa suprema, **la victoria sobre la muerte misma, ese último enemigo ya vencido por la resurrección del Hijo (cf. 1 Co 15:26, 54–57)**. Así, al clamar por la diestra protectora de Dios, la Iglesia confiesa que toda su seguridad —en la lucha contra el pecado, el maligno, el mundo y la muerte— descansa únicamente en el Señor que defiende a su pueblo y cuya fidelidad es escudo y baluarte para los que en Él esperan.

Esta confianza se traduce en una ética concreta, tal como la expone san Pablo en Romanos 12:16–21. La gracia que socorre nuestra fragilidad no nos deja intactos, sino que nos santifica. El apóstol describe una vida marcada por la humildad, la paz y el amor activo, incluso frente al mal. Aquí resuena la sabiduría veterotestamentaria, “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (cf. Proverbios 20:22; 24:29). El Segundo Libro de Homilías, en la *Homilía contra la Contienda y la Discordia*, enseña que **la verdadera piedad se manifiesta en una vida pacífica y paciente, reflejo del carácter de Cristo**. Así, la diestra que nos defiende es la misma gracia que nos llama a vivir reconciliados y a ser instrumentos de paz.

El Evangelio según san Juan (2:1–11) nos muestra esta misericordia divina manifestada de manera sorprendente en las bodas de Caná. En un contexto ordinario y marcado por la carencia —la falta de vino— Cristo revela su gloria no con juicio, sino con abundancia. Este signo evoca las promesas proféticas del Antiguo Testamento, donde el vino es símbolo de la bendición mesiánica (Isaías 25:6; Amós 9:13). **San Agustín interpreta este milagro como una señal de la transformación que Cristo obra en la humanidad, lo ordinario es elevado, y la escasez es colmada por la gracia**. Aquí se cumple la súplica de la Colecta: Dios mira nuestra necesidad y extiende su diestra por medio de su Hijo, manifestando una gloria que fortalece la fe y anticipa la plenitud del Reino.

Lectura orante de la Palabra:

Al escuchar la exhortación de Romanos 12:16–21, somos llamados a examinarnos a la luz del Evangelio. La vida cristiana no se edifica sobre la autosuficiencia, sino sobre la humildad que reconoce su dependencia de Dios. La renuncia a la venganza y la perseverancia en el bien reflejan el corazón del Padre revelado en Cristo, quien no devolvió mal por mal (cf. Isaías 53:7). El Primer Libro de Homilías, en la *Homilía sobre la Caridad*, afirma que el amor cristiano es la señal visible de una fe viva, y que sin él toda confesión es vana.

En Juan 2:1–11, al contemplar el signo de Caná, somos invitados a reconocer que Cristo se hace presente en lo cotidiano para transformarlo. María, figura de la fe obediente de Israel, dirige a los siervos a la palabra decisiva: “**Haced todo lo que os dijere**”, eco del llamado del Sinaí (Éxodo 19:8). La obediencia confiada abre el camino para la manifestación de la gloria. Así, la Epifanía no solo revela quién es Cristo, sino cómo actúa: **Él entra en nuestra fragilidad, la asume y la colma con la abundancia de su gracia ilimitada.**

Preguntas para reflexionar:

1. **Desde la Colecta:**
¿Reconozco con humildad mi fragilidad y dependo verdaderamente de la diestra misericordiosa de Dios en mis necesidades?
2. **Desde la Epístola:**
¿De qué manera mi respuesta al mal refleja la gracia que he recibido en Cristo y da testimonio de su paz?
3. **Desde el Evangelio:**
¿Permito que Cristo intervenga en lo ordinario de mi vida, confiando en su poder para transformar mi escasez en abundancia?

Aplicaciones prácticas:

1. **Desde la Colecta:**
Vivir cada día en oración confiada, reconociendo que toda ayuda verdadera proviene del Señor que gobierna y sostiene. Presentar al Señor mis temores confiando en su amor paternal.
2. **Desde la Epístola:**
Practicar activamente la humildad y la reconciliación, respondiendo al mal con el bien como fruto de la gracia recibida.
3. **Desde el Evangelio:**

Obedecer la palabra de Cristo incluso cuando no comprendemos plenamente su obrar, confiando en que Él manifiesta su gloria en la fidelidad cotidiana, y en nuestras carencias Él se glorifica con abundancia.

Oración final:

Oh Padre misericordioso y fiel, que en tu Hijo amado has revelado tu gloria y has extendido tu diestra poderosa para socorrer nuestra fragilidad, concédenos vivir de tal manera que nuestra vida refleje la paz, la humildad y el amor que proceden de tu gracia. Transforma nuestra escasez con la abundancia de Cristo, haznos vencedores del mal por el bien, y guíanos por tu Espíritu Santo hasta el día en que participemos plenamente del gozo del Reino eterno. Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

LA GLORIA TRANSFORMADORA: Cristo Manifestado en la Boda de Caná ***Sermón para la Tercera Dominica después de Epifanía***

“Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. ²Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. ³Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. ⁴Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora. ⁵Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere. ⁶Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. ⁷Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. ⁸Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron. ⁹Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo, ¹⁰y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora. ¹¹Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él”. (*Juan 2:1–11*)

“El Señor no cambió el agua en vino solo para manifestar su poder, sino para mostrar que Él mismo es el gozo nuevo que sustituye la antigua observancia”. — **San Agustín**, *Tractatus in Ioannis Evangelium*, VIII, 2

Introducción:

La Epifanía canta y proclama que la gloria eterna de Dios no permanece velada ni distante, sino que, según su designio sabiduría eterna, irrumpe en la historia y resplandece plenamente en la persona y en la obra de Jesucristo, para luz de las naciones y salvación del mundo entero. En la Tercera Dominica después de Epifanía, la Iglesia contempla una manifestación particular de esa gloria en el primer signo público del Señor, narrado por san Juan en la boda de Caná. Este milagro no es un acto aislado de compasión ni una simple demostración de poder, sino un **signo teológico** que revela la identidad mesiánica de Cristo, inaugura el tiempo del cumplimiento y anticipa la renovación escatológica prometida en el Antiguo Testamento.

En Caná de Galilea, Cristo se manifiesta como el Esposo divino que ama, cuida y provee abundantemente para su esposa, la Iglesia, anticipando la relación nupcial que el Nuevo Testamento revelará con plena claridad, “**Cristo es cabeza de la Iglesia... y se entregó a sí mismo por ella**” (cf. **Efesios 5:23–25**). Esta primera señal no es un gesto aislado de compasión, sino una revelación del corazón redentor del Esposo, que **no permite que la vergüenza ni la carencia tengan la última palabra en la vida de su pueblo**. El vino nuevo que Él concede no es sólo de mejor calidad, sino profundamente simbólico: evoca las promesas veterotestamentarias de restauración y plenitud mesiánica, cuando “**los montes**

destilarán mosto” y Dios se desposará nuevamente con su pueblo en fidelidad y misericordia (cf. Isaías 62:4–5; Amós 9:13; Joel 3:18). Así, el milagro señala que **en Cristo han llegado los tiempos nuevos del Reino**, donde la alegría sustituye a la escasez y la gracia sobreabunda donde antes había vacío. En esta Epifanía doméstica y cotidiana, la gloria de Dios se revela no en señales y portentos celestiales, sino en el amor generoso del Hijo, que transforma la fragilidad humana en ocasión de comunión, y enseña a la Iglesia que su Señor sigue actuando como Cabeza y Esposo fiel, proveyendo lo necesario y colmando de gozo a quienes confían en Él.

1. La gloria revelada en medio de la fragilidad humana. “Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. ²Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. ³Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino”. (Juan 2:1-3)

El hecho de que Jesús acepte la invitación a las bodas de Caná, junto con sus discípulos, reviste un profundo significado teológico y pastoral: el Hijo eterno no se presenta como un asceta que huye del mundo ni como un maestro que desprecia la cotidianidad de la vida humana, sino como aquel que entra libremente en la alegría legítima de la celebración, en el tejido concreto de la vida familiar y matrimonial. Su presencia santifica la convivencia, la fiesta y el gozo compartido, **mostrando que la gloria de Dios no es contraria a la verdadera alegría humana, sino su fuente y su plenitud**. En esta boda resuena la esperanza del Antiguo Testamento, donde el Señor se revela como el Esposo fiel que viene a desposar nuevamente a su pueblo con amor eterno (cf. Oseas 2:19–20; Isaías 62:4–5), y donde la restauración mesiánica es descrita como un tiempo de gozo nupcial. Así, la Epifanía de Caná anuncia silenciosamente la llegada del Esposo prometido, cuya presencia trae alegría donde hay carencia y honra donde hay fragilidad. **La Iglesia, esposa llamada a reconocer a su Señor, es invitada a alegrarse no en bienes pasajeros, sino en la comunión con aquel que participa de nuestra mesa, entra en nuestra historia y transforma incluso la celebración humana en anticipo del banquete eterno del Reino.**

1.1. “No tienen vino”: la necesidad que abre el camino a la Epifanía.

La escena se desarrolla en el marco de una boda, imagen profundamente arraigada en el Antiguo Testamento como signo de gozo, alianza y plenitud escatológica (cf. Isaías 62:4–5; Oseas 2:19–20). Sin embargo, en medio de esta celebración irrumpe una carencia concreta: el vino se ha agotado. En la Escritura, el vino es símbolo de la bendición divina que alegra el corazón del hombre y manifiesta la abundancia del favor de Dios (cf. Salmo 104:15); su ausencia, por tanto, no es un detalle menor, sino un signo de límite, vergüenza y fragilidad humana. Es precisamente María quien percibe esta necesidad, y no de manera casual, **ya que de todos los presentes, nadie conocía como ella la identidad y la misión de Jesús**. Aquella que había

escuchado el anuncio del ángel, que había concebido por obra del Espíritu Santo y que había guardado en su corazón las promesas divinas (cf. Lucas 1:26–38), **reconoce que el tiempo de la manifestación comienza a abrirse en el ámbito de lo cotidiano**. Su sencilla afirmación —«No tienen vino»— no es una orden ni una exigencia, sino una intercesión confiada, que presenta la carencia humana ante el Hijo en humilde fe. Así, María enseña a la Iglesia el camino auténtico de la oración, a llevar ante Cristo la realidad tal como es, sin máscaras ni autosuficiencia. Aquí se revela una verdad pastoral de gran consuelo, la gloria del Señor no se manifiesta al margen de la debilidad humana, ni en contextos carentes de necesidad, sino que brilla gloriosamente precisamente en esta. La Epifanía de Caná nos recuerda que nuestras carencias no frustran el obrar de Dios, sino que, cuando son ofrecidas con fe, se convierten en el umbral donde la gracia soberana comienza a revelarse.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Reconozco mis límites y necesidades delante de Dios, o intento ocultarlos?
- ¿Presento mis carencias a Cristo con fe confiada o con autosuficiencia?

Aplicaciones prácticas:

- Aprender a llevar nuestras necesidades cotidianas al Señor en oración humilde.
- Reconocer que la gracia de Dios se manifiesta en medio de nuestra fragilidad.

2. El Señor de la hora: la gloria sometida al designio del Padre. “Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora” (*Juan 2:4*).

La respuesta de Jesús a María introduce una enseñanza decisiva para comprender la Epifanía de Caná. Sus palabras, lejos de expresar dureza o desdén, revelan la conciencia clara que el Hijo tiene de su identidad mesiánica y de su misión redentora. El uso del término «*mujer*» no constituye una falta de respeto, como lo confirma su empleo posterior desde la cruz (cf. Juan 19:26), **sino que marca una transición teológica, Jesús se presenta ya no primariamente como hijo según la carne, sino como el Hijo enviado por el Padre**. En este momento inaugural de su ministerio público, el Señor orienta los afectos y las expectativas de María —y con ella, de la Iglesia— hacia una comprensión más profunda de su persona y de su obra.

La afirmación “**aún no ha venido mi hora**” es clave en el Evangelio de san Juan. La “hora” no se refiere simplemente al momento de realizar un signo, sino al tiempo determinado por el Padre para la plena revelación de la gloria del Hijo, que culminará en la cruz, la resurrección y la exaltación (cf. Juan 12:23; 13:1; 17:1). **En Caná, Jesús deja claro que su obrar no está regido por la urgencia humana, ni siquiera por el amor más santo y cercano, sino por la obediencia perfecta**

al designio del Padre y por la guía del Espíritu Santo. Así, la Epifanía nos enseña que la gloria de Cristo se manifiesta siempre conforme al tiempo de Dios, no al ritmo de nuestra impaciencia.

2.1. De hijo según la carne a Señor de la fe: La reorientación de los afectos y las expectativas.

En María se concentran los afectos más puros y profundos, ella sabe quién es Jesús y conoce la obra que le ha sido encomendada desde la anunciación (cf. Lucas 1:31–33). Sin embargo, incluso este conocimiento privilegiado debe ser purificado y ordenado. Al dirigirse a ella como "*mujer*", **Jesús la invita a una fe más alta, en la que no se aferra a Él únicamente como su hijo, sino que lo reconoce y se somete a Él como su Señor.** Este es acto pedagógico no distancia o frialdad despectiva, su propósito es elevar la fe, María es conducida a la bienaventuranza proclamada por Cristo mismo, aquella que pertenece a quienes oyen la palabra de Dios y la guardan (cf. Lucas 11:28).

Asimismo, Jesús reorienta la expectativa de una manifestación inmediata y visible de su poder. Él no actúa por presión externa ni por demandas afectivas, sino en plena libertad filial, obedeciendo únicamente la voluntad del Padre. Esta es una enseñanza de un carácter profundamente pastoral, **la Epifanía de Caná nos recuerda que la fe madura aprende a esperar el tiempo de Dios, a confiar en su sabiduría y a descansar en su gobierno soberano.** María responde a esta corrección con una obediencia ejemplar, al decir a los siervos: «*Haced todo lo que Él os dijere*» (Juan 2:5), convirtiéndose así en modelo de la Iglesia que se somete a la palabra del Señor aun cuando no comprende plenamente sus caminos.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Reconozco a Cristo no solo como cercano y consolador, sino verdaderamente como Señor soberano sobre mis tiempos y expectativas?
- ¿Cómo reacciono cuando Dios no obra conforme a mis urgencias, aun cuando mis deseos parecen legítimos y piadosos?
- ¿Estoy dispuesto a permitir que el Señor reoriente mis afectos y purifique mi fe para que sea más profunda y obediente?

Aplicaciones prácticas:

- **Aprender a esperar la “hora” de Dios**, confiando en que su voluntad es buena, perfecta y sabia, aun cuando no coincida con nuestros anhelos inmediatos.
- **Ordenar nuestros afectos bajo el señorío de Cristo**, amándolo no solo por lo que nos concede, sino por quien Él es como Hijo eterno del Padre.
- **Imitar la obediencia de María**, disponiéndonos a hacer todo lo que Cristo nos diga, aun cuando el camino de la fe implique silencio, espera y confianza.

3. La obediencia de la fe: la respuesta de la Iglesia a la Epifanía. “Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que Él os dijere” (*Juan 2:5*).

Después de la corrección amorosa del Señor, María no insiste ni argumenta, sino que **acoge en silencio la palabra de Cristo y responde con una obediencia confiada** que se convierte en enseñanza perenne para toda la Iglesia. Su actitud recuerda la bienaventuranza proclamada por el mismo Jesús, «Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan» (Lucas 11:28). Al decir a los siervos: «Haced todo lo que Él os dijere» (Juan 2:5), María no ofrece una solución humana ni dicta una estrategia, sino que dirige toda la atención a la autoridad soberana del Hijo, confesando implícitamente que su palabra es suficiente y eficaz. Esta exhortación trasciende el contexto inmediato del milagro y se convierte en un principio fundamental del discipulado cristiano, **la verdadera fe se manifiesta en una obediencia dócil y confiada, que brota de escuchar y someterse a la voz del Señor** (cf. Romanos 10:17; Santiago 1:22). Así, la Epifanía de Caná no progresa por la curiosidad ante lo extraordinario ni por la búsqueda del prodigio, sino por la humilde disposición de quienes se someten al mandato de Cristo antes de ver el resultado, caminando por fe y no por vista (cf. 2 Corintios 5:7), seguros de que la obediencia precede y prepara el terreno para la manifestación de la gloria de Dios.

Esta escena evoca con claridad el lenguaje y la teología del Antiguo Testamento, donde la relación de alianza con Dios se expresa inseparablemente en la escucha obediente de su palabra, «**Haremos todas las cosas que Yahvé ha dicho**» (Éxodo 19:8). Así como Israel, reunido al pie del Sinaí, fue llamado a reconocer al Señor como su Rey y Legislador del pacto, ahora la Iglesia es convocada a discernir en Jesucristo al verdadero Legislador del nuevo y eterno pacto, **cuya palabra no solo manda, sino que comunica vida y conduce a la comunión con Dios (cf. Deuteronomio 30:19–20; Juan 6:63)**. Esta misma verdad es afirmada con sobria claridad por el Segundo Libro de Homilías, cuando enseña que la fe auténtica jamás permanece estéril, sino que necesariamente produce obediencia y frutos visibles de una vida renovada: “La fe viva y verdadera no puede estar ociosa, sino que, de necesidad, obra por la caridad y muestra su fuerza por buenas obras” (Second Book of Homilies, *An Homily of Good Works*, Part I). En Caná, esta enseñanza se encarna de manera silenciosa pero decisiva: antes de que el agua sea transformada en vino y la gloria del Hijo se manifieste, se demanda una obediencia sencilla y confiada a su palabra. **La Epifanía, por tanto, no se impone por el**

asombro del prodigio, sino que se abre camino por la sumisión reverente a la voz del Señor, mostrando que el sendero de la gloria pasa, primero, por la obediencia de la fe.

3.1. "Haced todo": obediencia antes de la comprensión

Los siervos obedecen una orden que, humanamente, parece desconcertante: llenar de agua unas tinajas destinadas a la purificación ritual (cf. Juan 2:6–7). No reciben explicación ni promesa explícita; solo la palabra de Cristo mediada por la instrucción de María. Esta obediencia previa al entendimiento revela una fe sencilla y reverente, que confía en la autoridad del Señor más que en la lógica visible. En ello se anticipa el camino del discipulado cristiano, que no camina por vista, sino por fe (cf. 2 Corintios 5:7).

De este modo, la obediencia a la palabra de Cristo se revela como el medio por el cual la antigua economía da paso a la plenitud del Reino. El Artículo VII de los Treinta y Nueve Artículos expresa esta continuidad y cumplimiento al confesar que, aunque "el Antiguo Testamento no es contrario al Nuevo", ambos convergen en Cristo, pues "en el Antiguo Testamento, así como en el Nuevo, **se ofrece la vida eterna al género humano por Cristo, que es el único Mediador entre Dios y los hombres**". En Caná, esta verdad doctrinal se hace visible: **la Ley alcanza su fin no en la repetición indefinida de ritos, sino en la gracia abundante que fluye del Hijo, en quien las sombras se transforman en realidad y la purificación se convierte en gozo redentor.**

Para la Iglesia, esta escena posee una profunda connotación de disciplina amorosa y formación pastoral, pues revela el modo en que Dios conduce a su pueblo en el camino de la fe, **con frecuencia, el Señor llama a obedecer antes de comprender plenamente sus designios**, a actuar antes de ver el resultado y a confiar antes de experimentar el cumplimiento. Así ocurrió con Abraham, quien "salió sin saber a dónde iba" (Hebreos 11:8), y con Israel, llamado a caminar por el desierto sostenido únicamente por la palabra y la promesa de Dios (Deuteronomio 8:2–3). En Caná, los siervos llenan las tinajas "hasta arriba" conforme a la palabra de Jesús, sin evidencia previa de que algo extraordinario sucederá (Juan 2:7), mostrando que la obediencia de la fe precede a la manifestación de la gloria. La Escritura afirma que **"el justo por la fe vivirá"** (Habacuc 2:4; cf. Romanos 1:17), y que la obediencia es el camino por el cual la fe se perfecciona (Santiago 2:22). La Epifanía, por tanto, enseña que la gloria de Dios no se revela a la curiosidad incrédula ni a la exigencia impaciente, **sino allí donde su palabra es acogida con fe obediente, humilde y perseverante**, convirtiendo la disciplina del confiar en el umbral de la manifestación divina.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Estoy dispuesto a obedecer la palabra de Cristo aun cuando no comprendo plenamente sus caminos?
- ¿Confío en la autoridad del Señor más que en mis propios criterios o seguridades?
- ¿Vivo mi fe como una obediencia concreta y cotidiana, o solo como una convicción interior?

Aplicaciones prácticas:

- **Practicar una obediencia confiada**, disponiéndonos a hacer lo que Cristo manda incluso cuando el resultado no es inmediato ni evidente.
- **Escuchar la palabra del Señor con reverencia**, reconociendo que su voz es la norma suprema de la vida cristiana y eclesial.
- **Vivir la fe como respuesta**, recordando que la Epifanía no solo revela quién es Cristo, sino que demanda una obediencia que abre el camino a la transformación.

4. El signo del vino nuevo: cumplimiento y transformación. ⁶Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. ⁷Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. ⁸Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron. ⁹Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo, ¹⁰y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora. ¹¹Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él” (San Juan 2:6-11).

El evangelista Juan subraya cuidadosamente que lo ocurrido en Caná no es un prodigio aislado ni un acto de benevolencia circunstancial, sino el **“principio de señales”** mediante el cual Jesús **manifestó su gloria** y condujo a sus discípulos a la fe (Jn 2:11). En la lógica joánica, el signo no se agota en el hecho visible, sino que apunta a una realidad más profunda, la identidad mesiánica de Cristo y la inauguración de una nueva etapa en la historia de la salvación. Aquí, en el marco de una boda —imagen veterotestamentaria de la alianza entre Dios y su pueblo (cf. Isaías 62:4–5; Oseas 2:19–20)—, la Epifanía se despliega de manera doméstica, pero decisiva. El Mesías se revela no por medio de palabras públicas ni de juicios solemnes, sino transformando lo ordinario en portador de gloria. El **“buen vino”** reservado hasta el final, proclama que en Cristo ha llegado el mejor tiempo, el tiempo del cumplimiento, en el que Dios no solo restaura lo que faltaba, sino que lo concede con una abundancia y una calidad que superan toda expectativa humana. **Así, Caná anuncia que la economía antigua, marcada por la espera y la promesa, está siendo llevada a su plenitud en la persona del Hijo encarnado.**

Este signo se inscribe con claridad en la gran esperanza del Antiguo Testamento, donde el vino nuevo aparece reiteradamente como símbolo de los días mesiánicos, días de gozo restaurado, comunión renovada y bendición desbordante (cf. Génesis 49:10–12; Isaías 25:6; Amós 9:13–14). Al manifestar su gloria en este contexto, Cristo se presenta como aquel en quien esas promesas encuentran su cumplimiento definitivo. No se trata de una ruptura violenta con el pasado, sino de su consumación, **lo que fue anunciado en figuras y sombras ahora se hace presente en la realidad viva del Reino**. El milagro de Caná declara que la salvación que Cristo trae no empobrece la creación ni reprime el gozo humano, sino que lo purifica, lo ordena y lo eleva, revelando una gloria que transforma, renueva y santifica desde el interior.

4.1. Del agua de la purificación al vino del Reino

Las seis tinajas de piedra ocupan un lugar central en la narración porque están **“conforme al rito de la purificación de los judíos”** (Jn 2:6). Su presencia evoca inmediatamente el sistema levítico de purificaciones externas, prescrito en la Ley para regular la vida cultural y comunitaria de Israel (cf. Levítico 11–15). Estos ritos, aunque santos y ordenados por Dios, eran esencialmente provisionales, señalaban la necesidad de limpieza, pero no podían otorgar una purificación definitiva del corazón. Al ordenar que estas mismas tinajas sean llenadas hasta el borde y transformadas, Jesús realiza un gesto de profunda connotación teológico, **no desprecia la Ley ni la invalida, sino que la conduce a su cumplimiento pleno (cf. Mateo 5:17)**. El agua destinada a la purificación ritual se convierte en vino abundante y excelente, indicando que el tiempo de la expectativa ha dado paso al tiempo de la consumación.

En la Escritura, el vino es símbolo de la bendición divina, del gozo del pacto y de la vida abundante que fluye de la comunión con Dios (cf. Salmo 104:15; Proverbios 9:1–5). Los profetas anunciaron que, en los días del Mesías, esta bendición alcanzaría una plenitud sin precedentes, **“los montes destilarán vino nuevo”** y la creación misma participará de la restauración del pueblo de Dios (cf. Amós 9:13; Joel 3:18). En Caná, Cristo inaugura visiblemente esa realidad, el vino del Reino reemplaza al agua de la purificación, señalando el paso decisivo de lo externo a lo interior, de los ritos que apuntan al pecado a la gracia que lo transforma. Como enseña el Segundo Libro de Homilías, las ceremonias y observancias, separadas de una fe viva y de la obra regeneradora de Dios, no pueden salvar ni renovar al ser humano; aquí, Cristo se revela como la fuente misma de esa renovación verdadera. De este modo, el signo del vino nuevo proclama que la salvación no consiste en una repetición indefinida de lavamientos ceremoniales, sino en una transformación radical del ser humano por la gracia de Dios manifestada en Cristo. El **“buen vino”** reservado hasta el final anuncia que **en Él ha llegado la alegría definitiva del Reino, una alegría que no se agota ni se degrada, porque procede del**

Mesías que cumple las promesas antiguas y conduce a su pueblo a la comunión plena con Dios. En Caná, la Epifanía nos enseña que la gloria revelada no solo suple la carencia inmediata, sino que inaugura una nueva creación, donde la vida es renovada desde el corazón y el alma y el gozo del pacto alcanza su plenitud en el Hijo amado.

El signo de las tinajas llenas de agua en Caná permite contemplar, con lenguaje sacramental, el contraste y a la vez la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Pacto. En el Antiguo Testamento, la purificación ritual representada por el agua respondía al llamado divino a la santidad y señalaba la promesa de una limpieza necesaria pero aún incompleta (cf. Levítico 16; Salmo 51:7), pues **“la sangre de toros y de machos cabríos no puede quitar los pecados”** (Hebreos 10:4). Aquellas aguas, contenidas en las tinajas de piedra, hablaban de una espera, la necesidad de una purificación más profunda que alcanzara el corazón (cf. Jeremías 31:33). En Caná, al transformar el agua en vino, Cristo anuncia que ha llegado el tiempo del cumplimiento pleno, la purificación prometida se realizará no ya por lavamientos externos, sino por la entrega redentora del Cordero santo y sin mancha (cf. Éxodo 12:5; Isaías 53:7; Juan 1:29). **El vino nuevo anticipa sacramentalmente la sangre del Nuevo Pacto, “derramada por muchos para perdón de los pecados” (Mateo 26:28),** por la cual somos limpiados verdaderamente y reconciliados con Dios (cf. Hebreos 9:13–14; 1 Pedro 1:18–19). Así, las tinajas llenas de agua proclaman la promesa de purificación, mientras que el vino del Reino anuncia la redención consumada, en Cristo, la llamada a la santidad encuentra su cumplimiento definitivo en la gracia que purifica, vivifica y **sella eternamente al pueblo del nuevo pacto.**

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Vivo mi fe como mera observancia externa o a partir de una transformación interior?
- ¿He reconocido a Cristo como la fuente del vino nuevo de mi vida?

Aplicaciones prácticas:

- Alimentar una fe viva que transforme el corazón y no solo las prácticas externas.
- Vivir la vida cristiana como respuesta agradecida a la gracia renovadora de Cristo.

Conclusión:

El signo de Caná nos introduce en una Epifanía de hondura pastoral y alcance escatológico, aquí la gloria de Dios resplandece no en estruendo ni magnificencia

exterior, sino en la persona de Jesucristo, el Esposo mesiánico prometido, que irrumpe en la historia trayendo el vino nuevo del Reino. En el seno de una celebración humana marcada por la fragilidad y el límite, el Hijo manifiesta su poder creador y redentor, allí donde falta el vino, Él hace sobreabundar la gracia; allí donde la antigua purificación alcanzaba solo lo externo, Él inaugura la plenitud de la vida nueva; y allí donde la obediencia parece sencilla y silenciosa, Él suscita una fe viva que reconoce su gloria. Así, el signo revela que en Cristo la historia de la salvación alcanza su clímax, no por abolición, sino por cumplimiento, no por ruptura, sino por transformación y renovación.

Esta Epifanía no nos convoca únicamente a contemplar un prodigio del pasado, sino a discernir la presencia viva del Señor que continúa obrando en medio de su Iglesia. El Cristo de Caná sigue transformando la escasez en abundancia, la vergüenza en gozo y la espera en cumplimiento; sigue llamando a una obediencia confiada que precede a la manifestación de su gloria; sigue ofreciendo el vino excelente de la nueva alianza a un mundo sediento de redención. Así, la Iglesia peregrina confiesa con esperanza que la gloria revelada en Caná continúa resplandeciendo en el tiempo, hasta el día en que el banquete del Reino sea plenamente consumado, el Esposo sea visto cara a cara y la fe se transforme en visión eterna.

A Él sea la honra, el dominio y la gloria por los siglos de los siglos.

Amén.

**La Autoridad que Sana y Sostiene: La Gloria de Cristo en medio del
peligro y la fragilidad
*Devoción para la Cuarta Domínica después de Epifanía***

Oración inicial:

Oh Dios eterno y misericordioso, Luz verdadera que resplandece en las tinieblas, ilumina nuestros corazones por tu Espíritu Santo, para que, al meditar tu santa Palabra, reconozcamos la gloria de tu Hijo manifestada en poder y compasión, y aprendamos a vivir bajo tu buen gobierno, con fe obediente, esperanza firme y amor sincero; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del día:

OH Dios, que sabes nos hallamos rodeados de tantos y tan grandes peligros, que a causa de la fragilidad de nuestra naturaleza no podemos estar siempre firmes en lo justo; Concédenos la fortaleza y la protección necesarias para sostenemos en todo peligro, y triunfar de toda tentación; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Colecta de esta Cuarta Domínica después de Epifanía nos conduce a una confesión tan humilde como luminosa, profundamente enraizada en la verdad bíblica, **la fragilidad de nuestra naturaleza caída nos expone continuamente a peligros que superan nuestras propias fuerzas**. No solo estamos amenazados por circunstancias externas —la adversidad, la injusticia, la enfermedad o la persecución—, sino también por enemigos interiores más sutiles y persistentes, la debilidad de la voluntad, la inclinación al pecado y la inestabilidad del corazón humano. La Escritura da testimonio constante de esta condición, “El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:41), y “maldito el hombre que confía en el hombre, y pone carne por su brazo” (Jeremías 17:5). Frente a esta realidad, la autosuficiencia aparece no como virtud, sino como necesidad espiritual, pues ignora nuestra condición de criaturas dependientes y quebrantadas. Por ello, la súplica de la Iglesia no brota del orgullo, sino de la sabiduría que reconoce su necesidad. **Como Israel en el desierto, el pueblo de Dios aprende que su seguridad no proviene de su número, su fuerza o su astucia, sino únicamente del Señor que pelea por los suyos y los guarda con poder fiel (cf. Deuteronomio 8:2–3; Salmo 18:1–2)**. “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Salmo 46:1): esta confesión atraviesa toda la historia de la salvación y halla eco pleno en la oración de la Iglesia. Así, la fortaleza que imploramos no es independencia arrogante, sino dependencia confiada; **no es la ilusión de control, sino el abandono reverente en las manos del Dios omnipotente y misericordioso, que sostiene a los frágiles, guarda a los suyos y perfecciona su poder precisamente en la debilidad (cf. 2 Corintios 12:9)**.

Esta misma verdad se despliega con claridad en la Epístola de Romanos 13:1–7, donde san Pablo enseña que toda autoridad legítima existe porque ha sido ordenada

por Dios mismo, no como un accidente histórico ni como fruto último de la voluntad humana, sino como parte de su providencia soberana para el bien común. Decir que las autoridades están “establecidas por Dios” significa **reconocer que el orden civil forma parte del cuidado divino sobre un mundo marcado por el pecado**, Dios limita el mal, protege a los débiles y preserva la convivencia social mediante estructuras de gobierno que ejercen justicia y promueven la paz (cf. Génesis 9:6; Proverbios 8:15–16). Esta enseñanza no absolutiza al poder humano, sino que lo sitúa bajo el juicio y la autoridad del Señor, a quien los gobernantes deberán rendir cuentas. El Artículo XXXVII de los Treinta y Nueve Artículos recoge fielmente esta doctrina al afirmar que el poder civil es lícito, ordenado por Dios y necesario, y que los cristianos deben obedecerlo “**en todas las cosas lícitas**”, reconociendo al magistrado como ministro de Dios para el castigo del mal y la defensa del bien, sin atribuirle prerrogativas divinas ni autoridad sobre la conciencia o la fe. Así, la obediencia cristiana no nace del temor servil ni de la idolatría del Estado, sino de una sumisión reverente a Dios, que gobierna todas las cosas por medios visibles e invisibles. En este sentido, la fortaleza implorada en la Colecta incluye también la gracia para **vivir con sabiduría, humildad y responsabilidad bajo el orden establecido por Dios, discerniendo cuándo obedecer fielmente por amor al Señor y confiando en que incluso las estructuras humanas, con todas sus limitaciones, están bajo el dominio del Rey eterno que conduce la historia hacia su justo y definitivo cumplimiento.**

El Evangelio según san Mateo (8:1–13) nos introduce en una Epifanía donde la fragilidad humana se hace visible en la enfermedad, signo palpable de nuestra condición caída y de nuestra profunda necesidad de redención. La lepra, que marginaba y excluía, y la parálisis del siervo, que lo dejaba inerte y dependiente, revelan no solo un quebranto físico, sino una herida más honda, **la vulnerabilidad del ser humano ante el pecado y la muerte (cf. Isaías 1:5–6)**. Sin embargo, precisamente allí donde la debilidad parece condenar al aislamiento y a la desesperanza, Cristo resplandece en gloria como nuestra salud verdadera y nuestra esperanza viva. Al tocar al leproso sin contaminarse y al sanar a distancia con una sola palabra, el Señor manifiesta que Él carga sobre sí nuestras enfermedades y dolores (cf. Isaías 53:4), y que su poder no conoce barreras de impureza ni de espacio. San Agustín observa con agudeza que el centurión “**comprendió la autoridad de Cristo porque él mismo estaba bajo autoridad**” (Sermón 62), reconociendo en Jesús al Señor soberano cuya palabra crea, sana y restaura. Así, la Epifanía alcanza aquí una hondura pastoral singular, Cristo no solo alivia el cuerpo, sino que **se revela como el Médico de las almas, la cura definitiva de nuestra necesidad espiritual**. En medio del quebranto y de la desesperanza que acompañan a la enfermedad, Él permanece como una esperanza inmarcitable, el que sana porque primero asumió nuestra debilidad, y el que sostiene a su pueblo porque, habiendo llevado nuestras dolencias, vive ahora para siempre como fuente de vida, consuelo y salvación.

Lectura orante de la Palabra:

Al escuchar la exhortación de Romanos 13, somos llamados a discernir la mano providente de Dios en las estructuras de autoridad que preservan la vida social. **La obediencia cristiana no nace del temor servil, sino de una conciencia formada por el Evangelio, que reconoce que “no hay autoridad sino de parte de Dios” (Rom. 13:1).** El Primer Libro de Homilías, en la *Homilía de la Obediencia*, enseña que someterse al orden legítimo es parte del culto racional que ofrecemos a Dios.

En el Evangelio, la mirada se eleva aún más, Cristo no solo gobierna por medio de instrumentos humanos, sino que ejerce autoridad directa sobre la creación caída. **Al tocar al leproso, cumple las promesas de Isaías sobre la restauración del impuro (cf. Isaías 35:5–6), y al sanar al siervo del centurión anticipa la inclusión de los gentiles en el Reino (cf. Isaías 49:6).** La Palabra que crea y sostiene el mundo (cf. Salmo 33:6, 9) se manifiesta ahora encarnada, obrando salvación por pura gracia.

Preguntas para reflexionar:

1. Desde la Colecta:

¿Reconozco honestamente mi fragilidad y mi necesidad diaria de la fortaleza y protección que solo Dios puede dar?

2. Desde la Epístola (Romanos 13:1–7):

¿Vivo mi relación con la autoridad y el orden social como parte de mi obediencia cristiana bajo el señorío de Dios?

3. Desde el Evangelio (Mateo 8:1–13):

¿Confío en la autoridad compasiva de Cristo, creyendo que una sola palabra suya basta para sostenerme y sanarme?

Aplicaciones prácticas:

1. Derivada de la Colecta:

Cultivar una vida de oración constante, reconociendo nuestra debilidad y buscando diariamente la fortaleza que proviene del Señor.

2. Derivada de la Epístola:

Ejercer una obediencia responsable y consciente a las autoridades legítimas, viviendo como testigos del orden y la justicia del Reino de Dios.

3. Derivada del Evangelio:

Acercarnos a Cristo con humildad y fe, confiando en su autoridad soberana sobre toda enfermedad, temor y tentación.

Oración final:

Oh Señor Jesucristo, autoridad suprema del cielo y de la tierra, Tú que te compadeciste del leproso y respondiste a la fe del centurión, fortalece nuestra debilidad, guárdanos en medio de todo peligro y concédenos vencer toda tentación. Enséñanos a vivir bajo tu gobierno, en obediencia confiada y fe perseverante, hasta el día en que tu Reino sea plenamente manifestado y tu gloria sea vista sin velo. A Ti, con el Padre y el Espíritu Santo, sea toda honra y gloria, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

LA AUTORIDAD COMPASIVA Y LA FE QUE ACOGE A LAS NACIONES
Sermón para la Cuarta Domínica después de la Epifanía

“Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente. ²Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. ³Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció. ⁴Entonces Jesús le dijo: Mira, no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos. ⁵Entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, ⁶y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado. ⁷Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. ⁸Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. ⁹Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a este: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. ¹⁰Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. ¹¹Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; ¹²mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujiir de dientes. ¹³Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora” (*Mateo 8:1–13*)

“Cristo desciende del monte no solo para enseñar con palabras, sino para mostrar con obras que la Ley alcanza su plenitud en la misericordia”. (**San Juan Crisóstomo**, *Homilías sobre el Evangelio de Mateo*, Homilía 26)

“El Señor se maravilló de la fe del centurión, no porque ignorase su grandeza, sino para enseñarnos que la humildad abre la puerta a la gracia”. (**San Agustín de Hipona**, *Sermón 62*)

Introducción:

En el tiempo santo de la Epifanía, la Iglesia contempla la gloria del Verbo encarnado que se manifiesta progresivamente al mundo. No se trata de una gloria según los criterios humanos, sino de una gloria revelada en autoridad humilde, en poder sanador y en una gracia que desborda los límites de Israel para alcanzar a todas las naciones. La Cuarta Domínica después de la Epifanía nos presenta, en Mateo 8:1–13, dos signos inseparables: **la purificación del leproso y la sanación del siervo del centurión**. Ambos relatos, unidos por la intención teológica del evangelista, nos muestran quién es Jesús y cómo actúa su Reino.

Aquí se revela el Cristo que toca lo impuro sin contaminarse, y que responde a una fe gentil con compasión y promesa. El pasaje no solo narra milagros, sino que proclama el cumplimiento de las Escrituras del Antiguo Testamento: el Mesías esperado, investido de la autoridad divina, restaura a los excluidos y reúne a los pueblos dispersos. En fidelidad a la tradición Anglicana, reconocemos que estos signos no deben entenderse meramente como demostraciones extraordinarias de poder, sino como auténticas proclamaciones visibles del Evangelio. Ellos revelan, de manera

concreta y sacramental, la gracia del Reino de Dios que irrumpe en la historia, llamando a una respuesta de fe viva, humilde y obediente. Así, las obras de Cristo no solo manifiestan su autoridad divina, sino que invitan al corazón humano a la conversión, a la confianza reverente y a una vida conformada al señorío redentor del Hijo de Dios.

Lo que Jesús hace al realizar estas señales es asombroso e inesperado para los testigos de los sucesos ocurridos, ya que dentro del contexto de Mateo 8:1–13, un judío piadoso y conservador del siglo I habría contemplado con profundo recelo e incluso con desprecio tanto la súplica del leproso como la intercesión del centurión romano. El primero encarnaba la impureza ritual y la exclusión social más radical; el segundo representaba al opresor gentil, ajeno al pacto y símbolo del dominio extranjero. Sin embargo, precisamente en estos dos encuentros se manifiesta con claridad el Reino católico —universal— que Cristo inaugura: un Reino que se expande no por afinidad étnica ni por mérito religioso, sino por la gracia soberana de Dios que se establece para sanar, restaurar, dar esperanza y comunicar vida allí donde no existe ninguna expectativa humana. Lejos de ser una innovación contraria a la fe de Israel, estos milagros revelan su cumplimiento más pleno, pues las Escrituras ya habían anunciado a un Dios que limpiaría al impuro, acogería al extranjero y haría de su salvación una bendición para todas las naciones. En Cristo, la promesa antigua alcanza un esplendor definitivo, el Santo de Israel se acerca a los marginados y a los gentiles, mostrando que el Reino esperado no anula la fe del Antiguo Testamento, sino que la confirma, la ensancha y la glorifica en la plenitud de la gracia redentora.

1. Cristo, el Santo que purifica al impuro. “Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente. ²Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. ³Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció. ⁴Entonces Jesús le dijo: Mira, no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos”. (*Mateo 8:1–4*)

El relato que abre Mateo 8 sitúa a nuestro Señor descendiendo del monte, inmediatamente después de proclamar la ley del Reino en el Sermón del Monte. Este detalle no es incidental, **el Cristo que ha hablado con autoridad divina ahora confirma con obras visibles la verdad de su palabra.** La multitud que le sigue es testigo de una manifestación epifánica donde la gloria del Reino irrumpe en la realidad concreta del sufrimiento humano. En este encuentro con el leproso, el evangelista nos introduce en una revelación esencial de la identidad mesiánica de Jesús, Él es el Santo de Dios que no permanece distante de la miseria humana, sino que se acerca con autoridad redentora. Aquí se inaugura una serie de signos que muestran que el Reino anunciado no es simplemente una proyección futura, ni un concepto abstracto, sino una realidad presente que restaura, reconcilia y devuelve al

ser humano a la comunión con Dios y con su pueblo, en fidelidad a la Ley y como cumplimiento de las promesas antiguas.

1.1 La lepra y la condición humana ante la santidad de Dios

La lepra, en el testimonio de la Escritura, trasciende la categoría de una enfermedad terminal física para convertirse en una imagen teológica de la condición humana caída. Así como la lepra corrompe progresivamente el cuerpo, desfigurándolo y conduciendo al aislamiento, el pecado actúa de manera semejante en el alma, **erosiona la comunión con Dios, distorsiona la imagen divina en el ser humano y produce una separación que ningún esfuerzo personal puede revertir.** Conforme a Levítico 13–14, el leproso era declarado impuro, excluido del culto y apartado de la vida comunitaria del pueblo del pacto, no como castigo arbitrario, sino **como señal visible de una realidad más profunda, la incompatibilidad entre la santidad de Dios y la impureza que brota de la condición caída.** En este sentido, el leproso encarna al pecador consciente de su miseria espiritual, privado de acceso a la presencia divina y dependiente enteramente de la gracia.

Por ello, la acción del hombre que se acerca a Jesús adquiere una densidad espiritual notable, al romper las barreras sociales, religiosas y litúrgicas que lo separaban, se presenta como quien reconoce que solo el Mesías puede restaurar lo que está irremediablemente perdido. Su súplica —**“Señor, si quieres, puedes limpiarme”**— no apela a derechos ni a méritos, sino a la misericordia soberana, reflejando el clamor penitencial de los salmos, donde el pecador implora no solo alivio, sino purificación interior (cf. Salmo 51:2, 7). Así, la lepra se convierte en un espejo del pecado, y la sanación obrada por Cristo anticipa la obra redentora por la cual el Hijo de Dios no solo remueve la culpa, sino que restaura al ser humano a la comunión plena con Dios y con su pueblo.

Jesús responde a la súplica del leproso con una acción profundamente escandalosa y, a la vez, reveladora, **extiende su mano y lo toca.** A la luz de la enseñanza bíblica, este toque no es un simple acto de compasión humana, sino una manifestación del poder divino que habita en el Hijo encarnado. Según la Ley, el contacto con la impureza hacía al hombre ritualmente inmundo (cf. Levítico 5:3); la impureza se transmitía por el toque, y la santidad debía resguardarse mediante la separación. Sin embargo, en Cristo se revela una santidad de orden superior, una santidad activa y vencedora que no se retrae ante la miseria humana, sino que la enfrenta y la transforma. **Al tocar al leproso, Jesús no queda contaminado; por el contrario, su pureza irrumpe sobre la impureza y la deshace, mostrando que en Él la santidad de Dios ha entrado en el mundo con poder restaurador.**

Este toque divino revela el cumplimiento pleno de las promesas proféticas del Antiguo Testamento, donde el tiempo mesiánico es descrito como una era de

sanidad, restauración y gozo para los afligidos (cf. Isaías 35:5–6). Aquello que los profetas anunciaron como esperanza futura se hace presente en la persona y el obrar de Jesús. Su mano extendida anticipa la obra de la cruz, donde Él cargará voluntariamente con la impureza del pecado para comunicar su justicia salvadora. Así, el toque de Cristo no solo limpia el cuerpo del leproso, sino que proclama el Evangelio mismo, **Dios no permanece distante del sufrimiento humano, sino que, en su Hijo, se acerca, toca, restaura y devuelve la vida a quienes estaban excluidos de toda esperanza.**

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Reconozco mi propia necesidad de purificación delante del Santo de Israel?
- ¿Me acerco a Cristo con la humildad y la confianza del leproso?

Aplicaciones prácticas:

- Aprendamos a confesar nuestra miseria espiritual sin excusas, confiando en la voluntad sanadora de Cristo.
- Como Iglesia, estamos llamados a reflejar la santidad compasiva de nuestro Señor, acogiendo al marginado y auxiliando al desamparado con amor y compasión.

1.2. “Quiero; sé limpio” — la voluntad salvífica del Mesías

Las palabras de Jesús —“Quiero; sé limpio”— revelan con claridad luminosa el corazón mismo del Evangelio, la buena y benevolente voluntad de Dios inclinada hacia la restauración y la vida. En este breve pero decisivo pronunciamiento se manifiesta el deseo divino de salvar, sanar y renovar a la humanidad caída. No hay en Cristo vacilación ni resistencia frente a la miseria humana; su respuesta es inmediata, soberana y llena de misericordia, mostrando que la gracia no es una concesión forzada, sino la expresión libre y amorosa del propósito eterno de Dios. Tal como proclama la Escritura, Dios **“quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”** (cf. 1 Timoteo 2:4), y en la persona de Cristo esta voluntad salvífica se hace visible, audible y eficaz.

Este acto recuerda el poder creador de Dios en el principio, cuando su palabra soberana llamó a la existencia lo que no era (cf. Génesis 1). **La misma voz que dijo “sea la luz” ahora dice “sé limpio”**, mostrando que la obra de la redención es una nueva creación. En Cristo, Dios no solo repara lo dañado, sino que recrea al ser humano desde su raíz más profunda, devolviéndole dignidad, comunión y esperanza. La lepra que desaparece al instante es signo visible de una verdad más profunda, **Dios no se complace en la muerte ni en la ruina del pecador, sino que, en su Hijo, extiende su mano poderosa para restaurar plenamente a quienes se vuelven a Él con fe.** Así, la voluntad revelada de Dios en Cristo no es otra que la

salvación, la renovación y la vida abundante para todos los que reciben con humildad su gracia redentora.

El mandato de Jesús al leproso para que se presente ante el sacerdote reviste un significado profundo, especialmente a los ojos de la institución cultural de Israel. Según Levítico 14, solo el sacerdote tenía la autoridad para examinar al sanado, declarar oficialmente la purificación y readmitirlo plenamente en la vida religiosa y comunitaria del pueblo. **Al enviar al leproso al sacerdote, Jesús no desacredita ni margina el orden establecido por la Ley, sino que lo honra y lo sitúa en su justo cumplimiento.** El sacerdote, al constatar la curación real e incontestable, se convierte en testigo involuntario de que el poder restaurador de Dios ha actuado conforme a las promesas mesiánicas. Así, la sanidad no solo devuelve la salud al individuo, sino que restablece su lugar en la comunidad del pacto y en el culto del templo, confirmando que la obra de Cristo no es una ruptura con la fe del Antiguo Testamento, sino su consumación viva. En esta obediencia ordenada se manifiesta la Epifanía del Reino, la gloria de Dios se revela no en el desprecio de la Ley, sino en su plenitud redimida, donde la gracia restaura lo que la Ley señalaba, y la misericordia divina confirma la fidelidad eterna del Dios del pacto.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Creo verdaderamente que Cristo quiere restaurar mi vida conforme a su propósito?
- ¿Obedezco sus mandatos como respuesta agradecida a su gracia?

Aplicaciones prácticas:

- Vivamos una fe que une confianza y obediencia, gracia recibida y vida transformada.
- Valoremos la disciplina y el orden de la vida eclesial como frutos del Evangelio, no como carga legalista.

2. Cristo, el Señor cuya palabra basta. ⁵Entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, ⁶y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado. ⁷Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. ⁸Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. ⁹Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a este: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. ¹⁰Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. ¹¹Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos". (*Mateo 8:5-10*)

El segundo movimiento del relato evangélico nos traslada a Capernaum, un espacio marcado por la presencia romana y por la tensión entre el pueblo del pacto y el poder gentil. En este contexto, la Epifanía de Cristo se despliega no mediante un gesto físico inmediato, sino a través de la palabra soberana que revela su señorío universal. Mateo nos invita a contemplar a Jesús no solo como el taumaturgo compasivo, sino como el Kyrios cuya autoridad trasciende fronteras étnicas, religiosas y espaciales. La escena pone en diálogo dos formas de autoridad —la humana y la divina— para mostrar que el Reino de Dios se establece por la palabra eficaz del Hijo, una palabra que, como en la creación y en las promesas proféticas, no necesita mediación visible para cumplir su propósito. Así, la fe que aquí se revela anticipa la apertura del Reino a las naciones y prepara el corazón de la Iglesia para comprender que **la obediencia confiada a la palabra de Cristo es el fundamento de toda vida redimida y de toda misión auténtica.**

2.1: La fe humilde del centurión gentil

El centurión romano se erige en el relato evangélico como una figura representativa de las naciones gentiles, **un hombre situado fuera del pacto mosaico** y, sin embargo, **sorprendentemente cercano al corazón del Reino de Dios.** Como oficial del ejército imperial, encarna la autoridad terrenal, el orden y el poder político que dominaban sobre Israel; no obstante, al presentarse ante Jesús, reconoce con claridad que existe una autoridad infinitamente superior a la suya. Su afirmación —“no soy digno de que entres bajo mi techo”— no brota de una falsa modestia, sino de una profunda conciencia espiritual, **reconoce la santidad de Cristo y su propia indignidad, tanto personal como representativa de su condición gentil.** En esta confesión se refleja la actitud de los justos del Antiguo Testamento que, aun siendo llamados por Dios, se sabían polvo y ceniza delante de su majestad, como Abraham cuando intercede por Sodoma (cf. Génesis 18:27).

Esta humildad adquiere un significado aún más profundo al considerar las barreras culturales y religiosas de la época. Para un judío, entrar en la casa de un gentil implicaba contaminación ritual; el centurión, consciente de ello, no reclama privilegios ni exige gestos visibles, sino que se abandona confiadamente a la palabra soberana de Cristo. **Su fe, despojada de todo derecho y expectativa humana, descansa exclusivamente en la eficacia del mandato divino, una palabra basta para sanar.** Así, el centurión anticipa la fe de las naciones que, sin haber recibido la Ley, abrazan con reverencia al Mesías de Israel. En él se revela que el acceso al Reino no depende de cercanía étnica ni de observancia ritual, sino de una fe humilde que reconoce en Cristo al Señor cuya palabra crea, ordena y restaura todas las cosas.

Jesús se maravilla ante la fe del centurión no por desconocimiento ni por sorpresa humana, **sino con una intención pedagógica y reveladora dirigida tanto a Israel como a la Iglesia de todos los tiempos.** El asombro del Señor pone de

relieve la naturaleza extraordinaria de una fe que brota precisamente allí donde, según las expectativas religiosas, menos se esperaría encontrarla. El centurión romano era un oficial investido de poder, autoridad y mando; estaba acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido, a ejercer control y a imponer su voluntad. Sin embargo, ante Jesús, este hombre de autoridad terrenal se presenta despojado de toda pretensión, reconociendo con humildad radical que no es digno ni siquiera de recibirlo en su casa. Este contraste es teológicamente significativo, **quien ejerce dominio sobre otros se somete voluntariamente al señorío de Cristo, y quien representa al poder imperial reconoce una autoridad que no procede de la fuerza, sino de la palabra divina**. Jesús se maravilla porque esta fe rompe los esquemas del privilegio religioso; no nace del acceso a la Ley, al templo o a la tradición del pacto, sino de un corazón rendido que discierne la verdadera identidad del Mesías. Así, el asombro de Cristo se convierte en una exhortación viva, **la fe auténtica no se mide por la cercanía externa a lo sagrado ni por la posición que se ocupa en el orden humano, sino por una humildad obediente que reconoce en Jesús al Señor absoluto de la vida y de la historia**.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Descanso más en mi posición religiosa que en la palabra viva de Cristo?
- ¿Reconozco su autoridad absoluta sobre mi vida y mis circunstancias?

Aplicaciones prácticas:

- Cultivemos una fe humilde que se apoya únicamente en la palabra del Señor.
- Recordemos que la verdadera autoridad cristiana se ejerce bajo el señorío de Cristo.

2.2. La promesa del banquete del Reino

Cuando Jesús anuncia que muchos vendrán del oriente y del occidente para sentarse con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos, **está proclamando el cumplimiento glorioso y definitivo de las promesas patriarcales que atraviesan toda la historia de la salvación**. A Abraham le fue dada la promesa fundacional de que en su descendencia serían benditas todas las familias de la tierra (cf. Génesis 12:3; 18:18), una bendición que no se limitaba a la prosperidad de un solo pueblo, sino que contenía desde su origen una vocación universal. Esta promesa fue confirmada a Isaac, cuando Dios le aseguró que en su descendencia serían benditas todas las naciones, no por mérito humano, sino por fidelidad al juramento divino (cf. Génesis 26:4). Del mismo modo, a Jacob le fue reiterada la promesa de una descendencia por medio de la cual se extendería la bendición hasta los confines de la tierra (cf. Génesis 28:14), anticipando un pueblo innumerable llamado a participar de la comunión con Dios.

En Cristo, descendiente verdadero de los patriarcas según la carne y cumplimiento pleno de la promesa según el Espíritu, estas palabras alcanzan su realización histórica y escatológica. **La Epifanía revela que el Reino no se clausura sobre sí mismo, sino que se expande misioneramente para acoger a los gentiles que responden con fe al llamado del Mesías.** El centurión romano se convierte así en primicia de las naciones, señal viva de que la mesa del Reino se abre más allá de Israel, no en contradicción con la elección antigua, sino como su consumación. Al mismo tiempo, la advertencia dirigida a los “hijos del Reino” subraya que la herencia patriarcal no se recibe por linaje, sino por fe obediente. De este modo, la Epifanía alcanza su plenitud misionera, **el Dios que llamó a Abraham para bendecir al mundo revela en Cristo que su promesa se cumple cuando pueblos de toda lengua y nación son incorporados al banquete eterno del Reino por la gracia soberana de Dios.**

Esta declaración une juicio y esperanza, recordándonos que la pertenencia al Reino es don de gracia recibido por fe.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Vivo con conciencia de que el Reino de Dios es un don que exige fe perseverante?
- ¿Participo activamente en la misión de anunciar a Cristo a todas las naciones?

Aplicaciones prácticas:

- Renovemos nuestro compromiso misionero como respuesta a la Epifanía del Señor.
- Examinemos nuestra fe para que no sea nominal, sino viva y obediente.

3. Cristo, el Rey que juzga y convoca al Reino eterno. ¹² mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. ¹³ Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora”. (*Mateo 8:12–13*).

En la culminación de este pasaje, la Epifanía de Cristo se ensancha hasta abarcar el horizonte último de la historia de la salvación, iluminada por la visión profética de Daniel acerca del Hijo del Hombre a quien se le confiere dominio eterno, gloria y reino para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvan (cf. Daniel 7:13–14). Jesús interpreta el signo realizado ante el centurión como una revelación anticipada de ese señorío universal, mostrando que su autoridad no se restringe al presente inmediato ni a la sanación individual, sino que participa de la soberanía escatológica que el Padre ha otorgado al Mesías. En Él se cumple la expectativa de un Reino que no será destruido, un dominio que no conoce ocaso y que reúne en sí la plenitud de las promesas hechas a Israel.

Aquí, el Señor se manifiesta como el Rey mesiánico anunciado por la Ley y los Profetas, el Hijo del Hombre que ejerce un gobierno donde convergen inseparablemente misericordia y justicia, gracia redentora y verdad santa. Su palabra, eficaz y soberana, revela que la historia humana avanza inexorablemente hacia la manifestación final de su Reino, un banquete de comunión para los que creen y **una separación solemne que pondrá al descubierto la autenticidad de cada respuesta al llamado divino**. Así, la Epifanía alcanza una profundidad teológica decisiva, pues Cristo no solo se deja ver en sus obras, sino que **se da a conocer como el Juez soberano de la historia y el Convocador del pueblo eterno de Dios, aquel ante quien finalmente toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que su Reino es eterno y su dominio no tendrá fin**.

3.1: Jesús razón de bendición o maldición. ¹²“mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera”. (Mateo 8:12)

La solemne declaración de Jesús —“**mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera**”— confronta de manera directa toda noción de bendición fundada en la superioridad étnica, en el privilegio religioso o en cualquier forma de supremacía cultural. En el contexto judío del siglo I, la expresión “**hijos del reino**” aludía a quienes, por descendencia de Abraham y pertenencia al pueblo del pacto, se consideraban herederos naturales de las promesas divinas. Sin embargo, Jesús desmantela esta seguridad basada en el linaje y en la identidad externa, afirmando que la cercanía histórica al Reino no garantiza la participación en su consumación. **La bendición de Dios no se recibe por nacimiento ni por posición religiosa, sino por la respuesta de fe al Rey mismo.**

Esta enseñanza no es una innovación contraria al Antiguo Testamento, sino su afirmación más fiel. **Desde los profetas, Dios había advertido que la elección de Israel no era un privilegio autónomo, sino una vocación que exigía fidelidad y obediencia.** Moisés ya había proclamado que la vida y la muerte, la bendición y la maldición, estaban ligadas a escuchar la voz del Señor (cf. Deuteronomio 30:15–20). Los profetas denunciaron repetidamente la falsa confianza en el templo, en la circuncisión o en la identidad nacional cuando estas no iban acompañadas de un corazón convertido y obediente (cf. Jeremías 7:4–7; Amós 5:21–24). Así, la advertencia de Jesús se sitúa en continuidad con la revelación bíblica, **Dios no hace acepción de personas (cf. Deuteronomio 10:17; Hechos 10:34), sino que mira el corazón que se somete a su voluntad.**

En Cristo, esta verdad alcanza su claridad definitiva. Él mismo se convierte en el criterio último de bendición o de juicio. **La fe que acoge al Hijo participa de la vida del Reino; la incredulidad que lo rechaza, aun revestida de lenguaje religioso, conduce a la exclusión.** Como afirma el apóstol Pablo, “no es judío el que lo es exteriormente... sino el que lo es en lo interior” (cf. Romanos 2:28–29), y

“no todos los que descienden de Israel son Israel” (cf. Romanos 9:6). De este modo, Jesús revela que el Reino de Dios se edifica sobre la gracia recibida con fe humilde, y no sobre pretensiones humanas de superioridad. **Él es, en última instancia, la razón de bendición para todos los que creen —judíos y gentiles por igual— y, a la vez, la piedra de tropiezo para quienes confían en sí mismos y no en la misericordia del Rey.**

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Percibo el Reino de Dios como una realidad abierta a todos por gracia, o lo reduzco a fronteras humanas y culturales?
- ¿Vivo mi fe con un corazón ensanchado para acoger y anunciar el Evangelio a otros?

Aplicaciones prácticas:

- Fomentemos una espiritualidad misionera que refleje la amplitud del Reino de Dios.
- Oremos y trabajemos para que nuestra comunidad eclesial sea signo visible de la hospitalidad del Reino.

3.2: La advertencia del juicio y la responsabilidad de la fe.

Junto a la promesa gloriosa del banquete del Reino, Cristo pronuncia una advertencia de gravedad escatológica, **“serán echados a las tinieblas de afuera”**. Esta expresión, profundamente arraigada en el lenguaje profético y sapiencial de la Escritura, evoca la exclusión definitiva de la comunión con Dios, la pérdida de la luz de su presencia y la separación del gozo prometido a los justos (cf. Isaías 60:1–2; Salmo 36:9). Las tinieblas exteriores no describen meramente un estado de ignorancia, sino una condición de juicio en la que el ser humano queda apartado de la vida del Reino por haber rechazado la luz que se le ofrecía. Ser “echado” implica una acción judicial, no arbitraria, sino consecuencia de una respuesta persistente de incredulidad frente a la revelación del Rey.

En este sentido, la Epifanía se revela en toda su profundidad teológica, **no es únicamente consuelo para los humildes ni anuncio de esperanza para los afligidos, sino también un llamado urgente a la conversión del corazón**. La manifestación de Cristo es luz que atrae, pero también verdad que examina y pone al descubierto las falsas seguridades religiosas y las pretensiones humanas. Quien se aproxima externamente al Reino sin rendirse al señorío de Cristo permanece en peligro de exclusión, pues **la fe que introduce en la comunión eterna no es nominal ni heredada, sino viva, perseverante y obediente**. Así, la Epifanía confronta a la Iglesia y al creyente con una decisión ineludible: **acoger la luz con arrepentimiento y fe, o permanecer en las sombras de una religiosidad sin**

conversión, incapaz de participar de la gloria del Reino que Cristo ha venido a inaugurar.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Mi fe se limita a una pertenencia externa o se expresa en una obediencia sincera al Señor?
- ¿Vivo con sobriedad espiritual, consciente de que Cristo es también el Juez justo?

Aplicaciones prácticas:

- Examinemos regularmente nuestra vida a la luz del Evangelio, buscando una fe auténtica y perseverante.
- Vivamos con responsabilidad y esperanza, sabiendo que el juicio de Cristo es inseparable de su misericordia, y que su llamado hoy es una gracia que prepara para la gloria venidera.

Conclusión:

Mateo 8:1–13 no constituye una simple colección de milagros, sino una secuencia cuidadosamente ordenada y teológicamente intencional que prolonga y encarna lo que el Señor ha proclamado en el Sermón del Monte. Aquel que ha ascendido al monte para establecer las leyes del Reino —revelando la justicia superior, la santidad del corazón y la voluntad del Padre— desciende ahora para mostrar, mediante obras visibles, cómo ese Reino irrumpe en la realidad humana. El evangelista nos guía deliberadamente desde la enseñanza a la acción, para que comprendamos que la justicia del Reino no es meramente normativa, sino redentora. El leproso y el centurión no aparecen de forma accidental, **ambos revelan que, ante la santidad del Reino, todos —sin excepción— se hallan necesitados de purificación y gracia**. El impuro de Israel y el gentil extranjero se encuentran igualmente incapacitados para entrar por sí mismos; sin embargo, en Cristo, el Santo que purifica y el Señor cuya palabra basta, ambos son restaurados. Así, Mateo proclama que el Reino anunciado en el monte se abre únicamente por la misericordia divina, y que en el Mesías incluso los gentiles son incorporados a las promesas antiguas y llamados a participar del banquete escatológico.

En esta Cuarta Domínica después de la Epifanía, la Iglesia es convocada a contemplar esta revelación con asombro reverente y a responder con fe obediente. Contemplamos al Cristo cuya autoridad no oprime, sino que sana; adoramos al Hijo eterno que comparte plenamente la santidad del Padre y la comunica a los indignos; y somos llamados a responder con una fe humilde, viva y misionera, consciente de que el Reino no se recibe por herencia ni por mérito, sino por gracia. **Purificados**

por su toque y sostenidos por su palabra creadora, la Iglesia Universal es enviada al mundo como testigo fiel de la gloria revelada, anticipando con su vida la comunión del Reino que aún esperamos.

Finalmente, en Mateo 8:11–13, la Epifanía alcanza su culminación solemne y gloriosa. Cristo se revela como el Rey escatológico que, investido de autoridad soberana, convoca a las naciones desde todos los confines de la tierra para sentarse con Abraham, Isaac y Jacob, cumpliendo así las promesas hechas a los patriarcas. Al mismo tiempo, su palabra establece con claridad que la misericordia del Reino no excluye la justicia santa, **la incredulidad, aun cuando se revista de privilegio religioso, conduce a la exclusión.** Esta tensión no debilita el Evangelio, sino que lo sitúa en su verdad plena. La Iglesia, por tanto, vive entre la esperanza y la responsabilidad, proclamando a Cristo como Salvador universal y como Señor del juicio venidero, aguardando con reverencia, fidelidad y gozo el día en que la gloria manifestada en la Epifanía se revele plenamente en el Reino eterno de Dios.

Amén.

**“Guardados en la Gracia, Formados en la Esperanza: La Iglesia bajo el
Cuidado del Señor del Campo”
*Devoción para la Quinta Domínica después de Epifanía***

Oración inicial:

Oh Dios eterno y todopoderoso, luz verdadera que en la Epifanía te has dignado manifestar en Jesucristo, ilumina ahora nuestros corazones por tu Espíritu Santo, para que, al meditar tu santa Palabra, seamos fortalecidos en la fe, afirmados en la esperanza y guardados en el amor que procede de ti; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Colecta del día:

OH Señor, te suplicamos guardes continuamente a tu Iglesia y Familia en tu verdadera religión; para que quienes confían solo en la esperanza de tu gracia celestial, sean defendidos siempre por tu gran poder; mediante Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Colecta de esta Quinta Domínica después de Epifanía eleva una súplica profundamente eclesial y escatológica: **que el Señor guarde continuamente a su Iglesia y Familia en la verdadera religión**. No se trata simplemente de la preservación de una institución visible, sino de la custodia amorosa y eficaz del pueblo del pacto en la fidelidad a la verdad revelada frente a múltiples y reales peligros. La Sagrada Escritura advierte que la Iglesia peregrina está expuesta al engaño doctrinal y a la apostasía (cf. Mateo 24:4–5; 2 Timoteo 4:3–4), a la persecución y oposición del mundo (cf. Juan 15:18–20), a la seducción del pecado que aún habita en la carne (cf. Romanos 7:21–23), y a los ataques del enemigo espiritual que busca devorar a los fieles (cf. 1 Pedro 5:8). Frente a tales amenazas, la Iglesia confiesa que solo Dios puede guardarla, porque Él es el Pastor que no duerme ni descansa (Salmo 121:4), el Guardián del pacto que preserva a los suyos no por su fuerza, sino por su gracia soberana (cf. Deuteronomio 7:7–9), y el Señor que edifica y sostiene su Iglesia de tal modo que **“las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”** (Mateo 16:18). Así, esta súplica reconoce con humildad que ninguna vigilancia humana, ninguna estructura eclesial ni disciplina externa bastan para preservar la fe viva; **solo el poder de Dios, actuando por su Palabra y su Espíritu, puede mantener a la Iglesia firme en la esperanza de la gracia celestial, hasta el día de la plena consumación**.

Esta súplica encuentra su desarrollo ético y espiritual en la Epístola a los Colosenses (3:12–17), donde san Pablo describe la vida del pueblo escogido de Dios como una existencia deliberadamente transformada, marcada por un despojarse y un revestirse que brota de la unión con Cristo. El apóstol llama a la Iglesia a vestirse de entrañable misericordia, benignidad, humildad, mansedumbre y paciencia, virtudes que no proceden de un esfuerzo moral autónomo, sino de la gracia que preserva y renueva al creyente. Este lenguaje se armoniza con la exhortación de Romanos 13:14: «vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne», donde el acto de vestirse implica abandonar conscientemente las obras del pecado y asumir una nueva identidad en Cristo. Tal llamado evoca el horizonte del Antiguo Testamento y del nuevo pacto, en el cual Dios promete quitar el corazón de piedra y dar un corazón de carne, poniendo su Espíritu dentro de su pueblo para capacitarlo a caminar en sus estatutos (cf. Ezequiel 36:26–27). **Así, la verdadera religión que la Iglesia implora conservar no consiste en un formalismo externo ni en**

una piedad solamente confesional, sino en una vida conformada por Cristo mismo, donde su palabra habita ricamente, gobierna los afectos y orienta la conducta, manifestando visiblemente que la gracia que guarda a la Iglesia es también la gracia que la santifica.

El Evangelio según san Mateo (13:24–30) sitúa la vida de la Iglesia en el horizonte realista del Reino en camino, donde la obra de Dios avanza en medio de una tensión que exige discernimiento, paciencia y esperanza. La parábola del trigo y la cizaña establece un paralelo profundamente revelador, **el trigo, sembrado por el Hijo del Hombre, representa a los hijos del Reino, aquellos que, aunque frágiles y en crecimiento, llevan en sí la semilla viva de la gracia; la cizaña, sembrada por el enemigo, imita externamente al trigo en sus primeras etapas, pero carece de fruto y de vida verdadera.** Esta semejanza inicial explica la prudente prohibición del Señor de arrancar prematuramente la cizaña, pues un juicio precipitado pondría en riesgo el crecimiento del trigo. Así, Cristo enseña que la Iglesia peregrina vive en una condición de mezcla visible, donde la fidelidad auténtica y la falsedad coexisten hasta el tiempo señalado por Dios. Aquí se revela con claridad la defensa divina implorada en la Colecta, **no una protección que separa artificialmente a la Iglesia del mundo ni una purificación violenta y anticipada, sino una custodia sabia y misericordiosa que preserva a los suyos en la verdad mientras los conduce, a través de la paciencia, hacia la siega final.** San Agustín interpreta esta parábola como un llamado a la humildad eclesial y a la esperanza escatológica, recordando que la distinción perfecta entre trigo y cizaña pertenece al juicio de Dios y al Reino consumado, no al tiempo presente de la peregrinación (cf. *Enarrationes in Psalmos* 99). Así, la Epifanía del Reino se manifiesta no en la erradicación inmediata del mal, sino en la fidelidad perseverante de Dios que guarda a su Iglesia hasta el día en que la justicia y la gloria resplandezcan plenamente.

De este modo, la Epifanía continúa desplegándose no solo como la manifestación gloriosa de la persona de Cristo, sino también como el fruto histórico y espiritual de su obra redentora, **el establecimiento de su Reino por medio de la predicación viva y eficaz del Evangelio.** Aquel que se revela como la Verdad encarnada (cf. Juan 14:6) **se manifiesta igualmente como el supremo Maestro de la verdad, que instruye a su Iglesia no solo con autoridad divina, sino con paciencia pastoral, formando a su pueblo por la Palabra y el Espíritu.** En su ministerio terrenal, Cristo inaugura el Reino enseñando, llamando al arrepentimiento y anunciando la cercanía del gobierno de Dios (cf. Mateo 4:17, 23), y esa misma enseñanza continúa operando en la Iglesia por la proclamación fiel del Evangelio y la administración de los sacramentos. Así, Dios guarda a su Iglesia no únicamente por actos extraordinarios de poder, sino mediante la pedagogía constante de Cristo, que la conduce en la verdad, la santifica progresivamente y la sostiene en la gracia mientras peregrina en medio del mundo. **La Epifanía, por tanto, no es un instante aislado de revelación, sino un proceso continuo**

por el cual el Reino de Cristo se hace visible en la vida obediente de la Iglesia, hasta el día en que el Maestro eterno se manifieste plenamente en gloria y la verdad que ahora enseña en esperanza resplandezca en consumación.

Lectura orante de la Palabra

Al acoger la exhortación apostólica contenida en la Epístola a los Colosenses, la Iglesia reconoce en ella la voz misma del Buen Pastor, que llama a su pueblo a vivir conforme a la nueva y santa identidad recibida en Cristo. “Escogidos, santos y amados”: con estos títulos solemnes, el apóstol retoma el lenguaje del pacto del Éxodo y lo aplica ahora, en toda su plenitud, a la comunidad redimida en el Hijo (cf. Éxodo 19:5–6; 1 Pedro 2:9), mostrando que la elección divina encuentra su consumación en la obra de Cristo. La paz de Cristo es presentada como el principio que gobierna los corazones, **no reducida a una mera serenidad interior, sino entendida como el orden restaurado que brota de la reconciliación obrada en la cruz y que reconcilia al hombre con Dios y con su prójimo (cf. Isaías 9:6; Romanos 5:1).** En esta vida renovada, el Primer Libro de Homilías enseña con claridad que la fe verdadera jamás permanece estéril, sino que se manifiesta en una obediencia viva y agradecida, donde la gratitud se expresa en obras de amor, en la comunión de los santos y en la alabanza reverente al Dios que ha llamado a su pueblo de las tinieblas a su luz admirable. En esta vida renovada, la Sagrada Escritura da testimonio de que la fe verdadera jamás permanece estéril, sino que se expresa necesariamente en una obediencia viva y agradecida. El apóstol enseña que hemos sido creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (cf. Efesios 2:10), y que la fe actúa por el amor (cf. Gálatas 5:6). Así, la gratitud del pueblo redimido se manifiesta en obras de misericordia, en la comunión perseverante de los santos y en la alabanza reverente al Dios que, por su gracia, nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable (cf. 1 Pedro 2:9; Hebreos 13:15–16).

En la parábola del trigo y la cizaña, el Evangelio sitúa a la Iglesia dentro del tiempo intermedio de la historia de la salvación, llamándola a discernir su vocación mientras aguarda la consumación del Reino. El campo es el mundo, y el Hijo del Hombre es el sembrador fiel que ha plantado su buena semilla con propósito y amor soberano. La coexistencia del mal con el bien no contradice la eficacia de su obra ni frustra el designio divino; antes bien, manifiesta la paciencia del Señor, “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (cf. 2 Pedro 3:9). Perseveramos en la fe no mediante la impaciencia del juicio propio ni por la pretensión de una pureza anticipada, sino permaneciendo firmes en la Palabra, en la oración y en la obediencia confiada, sabiendo que “el que persevera hasta el fin, éste será salvo” (cf. Mateo 24:13). Así, sostenidos por la gracia, continuamos haciendo el bien sin desmayar (cf. Gálatas 6:9), **confiando en que el Señor de la mies hará justicia en su tiempo perfecto. De este modo, la Palabra orada y vivida**

forma en la Iglesia una esperanza sobria, humilde y perseverante, anclada no en lo visible, sino en la fidelidad inmutable de Dios.

Preguntas para reflexionar:

1. Desde la Colecta:

¿En qué áreas de mi vida personal y eclesial necesito reconocer más profundamente mi dependencia de la gracia de Dios para ser guardado en la verdadera fe?

2. Desde la Epístola:

¿Reflejan mis actitudes y relaciones el carácter de Cristo con el que he sido llamado a revestirme como escogido de Dios?

3. Desde el Evangelio:

¿Vivo con paciencia y esperanza en medio de la mezcla y la imperfección del tiempo presente, confiando en la justicia final del Señor?

Aplicaciones prácticas:

1. A la luz de la Colecta:

Cultivar una vida de oración constante por la Iglesia, reconociendo que su preservación y fidelidad dependen enteramente del poder de Dios y no de la fuerza humana (cf. Zacarías 4:6).

2. A la luz de la Epístola:

Practicar conscientemente las virtudes cristianas en la vida cotidiana, dejando que la palabra de Cristo modele nuestras decisiones, palabras y relaciones (cf. Salmo 119:105).

3. A la luz del Evangelio:

Ejercitar la paciencia y la caridad en la comunidad cristiana, evitando el juicio apresurado y confiando en que el Señor del campo cumplirá su obra hasta el fin (cf. Eclesiastés 3:11).

Oración final:

Oh Señor Jesucristo, Sembrador fiel y Cabeza de tu Iglesia, guárdanos en la verdad de tu Evangelio y reviste nuestras vidas con la gracia que procede de ti. Concédenos vivir en santidad, paciencia y esperanza, mientras aguardamos el día en que tu Reino sea plenamente manifestado. Sostén a tu Iglesia en medio del mundo y defiéndela por tu gran poder, para gloria de tu Nombre y edificación de tu pueblo. **A ti, con el Padre y el Espíritu Santo, sea toda honra y gloria, ahora y por los siglos de los siglos.**

Amén.

**La Paciencia del Sembrador y la Esperanza del Trigo: Manifestaciones del
Reino en la Epifanía**
Sermón para la Quinta Domínica después de Epifanía

²⁴ Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; ²⁵ pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. ²⁶ Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. ²⁷ Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? ²⁸ Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? ²⁹ Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. ³⁰ Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero" (*Mateo 13:24–30*).

"La Iglesia peregrina es como un campo donde crecen juntos los buenos y los malos; no por negligencia del Señor, sino por la paciencia de aquel que reserva el juicio para el tiempo oportuno". (— San Agustín, Quaestiones Evangeliorum, I.10)

Introducción:

En la estación de Epifanía, la Iglesia es conducida a contemplar las manifestaciones progresivas de la gloria de Cristo, no únicamente en actos portentosos o signos visibles de poder, sino también —y de manera decisiva— en la revelación del misterio del Reino de Dios tal como se despliega en su forma presente dentro de la historia. En Mateo 13:24–30, nuestro Señor desvela una Epifanía de carácter profundamente pedagógico y escatológico, **el Reino no irrumpe todavía con la claridad del juicio final ni con la plenitud del triunfo consumado, sino que se hace presente de modo oculto, paciente y paradójico, creciendo en medio de la mezcla, la oposición y la espera.** Esta enseñanza confronta las expectativas de un mesianismo inmediato y triunfal, y revela que la gloria del Rey se manifiesta, por ahora, en la **longanimidad** divina que sostiene a su pueblo, en la coexistencia temporal del bien y del mal, y en la certeza de que el juicio y la separación definitiva pertenecen al tiempo señalado por Dios. Así, la Epifanía del Reino no consiste solo en lo que resplandece ante los ojos, sino **en la iluminación de la fe para discernir la obra silenciosa pero eficaz de Cristo**, quien reina ya en medio de su Iglesia mientras conduce la historia hacia la plenitud de su manifestación final.

Epifanía es aquí un despliegue de la sabiduría serena y paciente del Hijo del Hombre. Cristo se revela como el Sembrador fiel que es, al mismo tiempo, el Señor soberano del campo, **aquel que ha sembrado la buena semilla del Reino, que conoce con perfecta claridad la obra de sus manos y que gobierna el curso de la historia con autoridad absoluta, discernimiento infalible y misericordia profunda.** Nada escapa a su mirada ni a su designio; ni la presencia del enemigo ni la coexistencia temporal del mal frustran su propósito redentor. En esta parábola, el Señor manifiesta que su reinado no se caracteriza por la impaciencia ni por la violencia del juicio anticipado, sino por una paciencia santa que preserva el trigo hasta el tiempo señalado. Así, la Iglesia aprende a vivir fielmente en la tensión del "ya" del Reino inaugurado —donde Cristo reina verdaderamente— y del "todavía no" de su consumación final, caminando en esperanza, perseverancia y confianza en aquel que, como dueño del campo, llevará su obra a término perfecto en el día de la siega.

El pasaje ilumina de manera penetrante la experiencia histórica del pueblo de Dios, desde Israel en el Antiguo Testamento hasta la Iglesia peregrina de hoy, y lo hace revelando la distinción —sin ruptura— entre la Iglesia visible y la Iglesia invisible. El campo donde crecen juntos el trigo y la cizaña representa la Iglesia en su manifestación visible en el mundo, **una comunidad real, convocada por Dios, donde coexisten la fe auténtica y la hipocresía, la obediencia sincera y la**

falsa piedad, los hijos del Reino y los hijos del maligno, no siempre discernibles a los ojos humanos (cf. 1 Samuel 16:7; 2 Timoteo 2:19). Sin embargo, en medio de esta mezcla histórica y dolorosa, el Señor conoce infaliblemente a los que son suyos, preservando la comunión invisible de los verdaderamente regenerados, aquellos que, por pura gracia, participan de la vida del Reino. Así, el pueblo elegido vive rodeado de oposición externa y de ambigüedad interna, pero sostenido firmemente por la promesa divina de una siega segura y justa, donde Dios mismo hará la separación definitiva (cf. Daniel 12:2–3; Malaquías 3:17–18). La gloria revelada en esta Epifanía no es la de una pureza inmediata impuesta por la fuerza, sino la gloria de la paciencia redentora de Dios, que gobierna su Iglesia con sabiduría perfecta, la guarda en medio del tiempo presente y la conduce, sin pérdida alguna del trigo verdadero, hacia la plenitud del Reino consumado.

1. El sembrador fiel y la buena semilla del Reino. ²⁴ Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo". (*Mateo 13:24*)

Jesús inicia la parábola afirmando: **"El Reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo"**, y en esta afirmación se revela con claridad la identidad, la intención y la obra del Sembrador. Cada elemento está cargado de significado teológico. El sembrador no actúa con negligencia ni improvisación, sino con propósito y perfección, la semilla es buena, pura en su origen, imagen de la Palabra del Reino que procede de Dios mismo (cf. Isaías 55:10–11). No hay defecto alguno en lo que Cristo siembra; todo lo que emana de Él es verdadero, vivificante y ordenado hacia la vida. Asimismo, el campo no es extraño ni prestado, sino "su campo", lo cual subraya la legítima soberanía del Hijo del Hombre sobre el mundo y, de manera particular, sobre su pueblo (cf. Salmo 24:1; Juan 1:11). Nada ocurre fuera de su dominio ni al margen de su designio redentor. **En esta imagen, Cristo se manifiesta epifánicamente como el Señor soberano de la creación y de la historia**, aquel que inaugura el Reino no por la fuerza, sino por la siembra fiel de la verdad, estableciendo desde el principio que la obra de Dios en el mundo tiene un origen santo, una intención recta y un destino seguro bajo su gobierno providente.

Este lenguaje hunde sus raíces en la rica imaginería del Antiguo Testamento, donde Dios mismo es presentado reiteradamente como el sembrador y cuidador de su pueblo. El salmista proclama: "Plantaste una vid de Egipto; echaste las naciones y la plantaste" (Salmo 80:8), evocando la obra soberana de Dios que trasplanta, protege y hace crecer a Israel conforme a su designio redentor. De manera semejante, los profetas describen al Señor como aquel que siembra justicia y espera fidelidad (cf. Isaías 5:1–7; Jeremías 2:21), subrayando que el origen del pueblo del pacto es santo y bueno, aunque su historia esté marcada por infidelidades. En este marco, la "buena semilla" de la parábola representa todo aquello que procede directamente de la

voluntad santa de Dios, **su Palabra viva y eficaz (cf. Deuteronomio 32:2), su pacto establecido por gracia, y un pueblo llamado a reflejar su santidad.** No hay defecto alguno en el acto divino de sembrar ni en la semilla misma; toda corrupción, mezcla o desviación que aparece posteriormente no proviene del Sembrador, sino de fuerzas ajenas a su propósito. **Así, la Epifanía revela la continuidad entre el Dios que plantó a Israel y el Hijo del Hombre que siembra el Reino,** afirmando que la obra de Dios, desde su origen, es buena, fiel y orientada a una cosecha gloriosa.

1.1 – La bondad originaria de la obra de Dios

La afirmación de que el sembrador siembra *buena semilla* establece, de manera sobria pero concluyente, que la obra de Dios refleja inseparablemente su carácter santo, sabio y bueno. Nada que procede de Él es defectuoso en su origen, pues el obrar divino está siempre en perfecta armonía con sus atributos. Esta verdad remite al testimonio primordial de la Escritura, donde el relato de la creación culmina con el juicio divino, **“vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera”** (Génesis 1:31). La parábola, sin repetir ese lenguaje, lo presupone, el Reino no nace de la confusión ni del azar, sino del designio bueno y ordenado del Creador y Redentor.

Desde esta perspectiva, **la Epifanía ilumina no solo el poder de Cristo, sino la coherencia moral de su Reino.** El Hijo del Hombre no introduce un orden ambiguo ni moralmente neutro, sino una obra que lleva la impronta de la bondad divina. En consonancia con la tradición anglicana, esta afirmación excluye toda concepción dualista del mal como principio coeterno con el bien. El Artículo I de los Treinta y Nueve Artículos confiesa al Dios vivo y verdadero como “autor y conservador de todas las cosas”, afirmando al mismo tiempo que su santidad es incompatible con el pecado. Así, el mal no pertenece al ser ni al propósito de Dios, sino que irrumpe como corrupción posterior, nunca como componente originario de su obra.

Este subpunto preserva una verdad pastoral esencial, si el Reino de Dios muestra mezcla y conflicto en su manifestación presente, ello no implica defecto alguno en su origen. La bondad primera de la obra divina permanece intacta, sostenida por el carácter inmutable de Dios mismo. **La Iglesia, al contemplar esta Epifanía, aprende a confiar en que la historia redentora no se dirige hacia el caos, sino hacia la restauración plena de aquello que fue bueno desde el principio y que, en Cristo, será llevado a su perfección final.**

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Reconozco que la obra de Dios en su Iglesia es buena desde su origen?

- ¿Confío más en la fidelidad del Sembrador o en mis propias evaluaciones del campo?

Aplicaciones prácticas:

- Aprender a mirar la Iglesia con esperanza, no desde el cinismo.
- Orar para que la Palabra sembrada en nosotros dé fruto conforme a su propósito.

2. La obra del enemigo y la realidad del mal presente. ²⁵pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. ²⁶Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña”. (*Mateo 13:25–26*)

Jesús continúa: “**Mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo**”, introduciendo así una descripción sobria pero profundamente reveladora del adversario y de su modo de obrar. El enemigo no actúa como creador, pues carece de poder para producir vida; **su obra es parasitaria, corruptora y engañosa**. Esta figura remite claramente a Satanás, a quien la Escritura presenta como “el enemigo” por excelencia (cf. Mateo 13:39), el acusador y adversario del pueblo de Dios (Job 1:6–12; Apocalipsis 12:9–10). Su estrategia no consiste en arrancar violentamente el trigo —lo cual delataría su acción—, sino en sembrar una falsificación que crece silenciosamente junto a lo verdadero, imitando su apariencia externa para confundir y dañar desde dentro.

La cizaña, casi indistinguible del trigo en sus primeras etapas, ilustra la naturaleza del engaño satánico: una semejanza sin sustancia, una imitación carente de vida verdadera. Así actúa el diablo, quien “**se disfraza como ángel de luz**” (2 Corintios 11:14), promoviendo una religiosidad aparente, una piedad sin regeneración y una verdad mezclada con error. Desde el Antiguo Testamento, esta táctica ya se insinúa en la serpiente del Edén, que no niega frontalmente la palabra de Dios, sino que la distorsiona sutilmente (Génesis 3:1–5). En el Nuevo Testamento, esta misma realidad se expresa en la advertencia apostólica contra los falsos maestros y los “lobos vestidos de ovejas” (Mateo 7:15), cuya cercanía al rebaño constituye precisamente su peligro.

Este pasaje revela, por tanto, que el conflicto espiritual no se libra principalmente en el terreno de la violencia abierta, sino en el ámbito del discernimiento. El enemigo aprovecha el tiempo de la noche, **la vulnerabilidad humana y la paciencia del Reino para infiltrar confusión, buscando corromper lo que no puede destruir**. Sin embargo, la parábola afirma con sobria claridad el límite infranqueable del adversario, **Satanás no actúa con soberanía propia, sino únicamente bajo el permiso divino**, y jamás fuera del campo que pertenece al Señor. Su acción, aunque real y dañina, está siempre circunscrita por la autoridad del Hijo del

Hombre, quien es el dueño legítimo del campo y el Señor de la historia. Como en el relato de Job, donde el acusador no puede tocar al siervo de Dios sin autorización expresa (cf. Job 1:12; 2:6), **así también aquí se proclama que el poder del enemigo es derivado, restringido y finalmente transitorio**. La Epifanía que se revela en esta afirmación es profundamente consoladora para la Iglesia: **el mal no reina, no escapa al gobierno divino ni puede frustrar el propósito redentor de Dios**. Incluso la presencia de la cizaña se halla, misteriosamente, bajo el dominio de aquel que hará justicia en el tiempo de la siega, cuando el Señor del campo manifieste plenamente su gloria y su victoria definitiva.

Esta escena remite de manera profunda al relato fundacional de Génesis 3, donde la serpiente introduce la corrupción en la creación no mediante la fuerza abierta, sino a través del engaño sutil que distorsiona la palabra de Dios y siembra duda en el corazón humano. Así como en el Edén el mal no destruyó inmediatamente la obra divina, sino que la infiltró, alterando su armonía desde dentro, del mismo modo la cizaña es sembrada en medio del trigo, imitando su apariencia y ocultando su verdadera naturaleza. El Antiguo Testamento desarrolla esta misma advertencia a lo largo de la historia de Israel, denunciando a los falsos profetas que “**hablan visión de su propio corazón, y no de la boca de Yahvé**” (Jeremías 23:16), y a un pueblo tentado a la duplicidad espiritual, que honra a Dios con los labios mientras su corazón se aleja de Él (cf. Isaías 29:13). Cristo, al revelar esta dinámica en la parábola, enseña que el crecimiento del Reino en su forma presente no está exento de oposición ni de falsificación, **pero también afirma que dicha oposición es real sin ser soberana, activa sin ser definitiva**. La Epifanía aquí manifestada no es la ausencia del conflicto, sino la certeza de que, aun bajo la presión del engaño, el Reino de Dios avanza sostenido por la verdad inmutable de la palabra del Sembrador y dirigido hacia una consumación segura bajo su señorío.

2.1 – El discernimiento limitado del tiempo presente.

La reacción de los siervos, que solo perciben la presencia de la cizaña cuando el trigo comienza a dar fruto, revela una verdad espiritual de gran peso para la vida de la Iglesia, **en el tiempo presente, el discernimiento humano es real pero limitado, y nunca exhaustivo**. La semejanza inicial entre trigo y cizaña impide una identificación inmediata y segura, enseñando que la obra de Dios en su Reino no siempre se manifiesta de forma transparente a la mirada humana. Esta limitación no es un defecto del Reino, sino una pedagogía divina que llama a la humildad, a la paciencia y a la prudencia pastoral. San Juan Crisóstomo, al comentar esta parábola, advierte que el Señor “**prohíbe el juicio apresurado, no porque ignore quiénes son los malos, sino porque quiere dar tiempo al arrepentimiento y evitar que, en la prisa por arrancar el mal, se hiera también al justo**” (Homilía XLVI sobre Mateo). Así, la Epifanía que aquí se despliega es deliberadamente sobria y contenida, Cristo se revela no como un juez impaciente, sino como el Señor de la historia que ve el final desde el principio (cf. Isaías 46:10), y que gobierna el presente con una sabiduría que trasciende la percepción inmediata. La Iglesia aprende, entonces, que su vocación no es anticipar el juicio definitivo, sino vivir fielmente bajo la mirada de aquel cuyo discernimiento es perfecto y cuya paciencia es expresión de su misericordia redentora.

La Iglesia es llamada, en el tiempo presente, a una espera confiada y obediente en Dios, el Juez supremo que no se deja guiar por las apariencias externas, sino que escudriña el corazón y las intenciones más profundas (cf. 1 Samuel 16:7; Jeremías 17:10). Esta espera no es pasividad ni indiferencia moral, sino una disposición espiritual que combina la fidelidad a la verdad con una paciencia redentora. **Por ello, la disciplina eclesial, necesaria para guardar la santidad del pueblo de Dios, ha de ejercerse con firmeza y, al mismo tiempo, con ternura y compasión, siguiendo el modelo del Buen Pastor que corrige para restaurar y no para destruir (cf. Mateo 18:15–17; Gálatas 6:1)**. La parábola del trigo y la cizaña recuerda que el juicio definitivo no pertenece a la Iglesia, sino al Señor de la siega, y que el criterio último de discernimiento será el fruto manifestado en su tiempo (cf. Mateo 7:16–20). Así, la comunidad cristiana vive entre la vigilancia y la esperanza, confiando en que aquel que conoce todas las cosas sacará a la luz lo oculto y hará justicia con perfecta sabiduría al final de los tiempos.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Busco ejercer un juicio que pertenece solo al Señor?
- ¿Cómo reacciono ante la presencia del mal dentro del campo del Reino?

Aplicaciones prácticas:

- Cultivar paciencia espiritual y discernimiento pastoral.
- Permanecer fiel en medio de la ambigüedad, confiando en la justicia final de Dios.

3. La paciencia soberana del Señor del campo. ²⁷ Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? ²⁸ Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? ²⁹ Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo". (*Mateo 13:27–29*)

Los siervos reaccionan conforme a una lógica comprensible desde la impaciencia humana y el celo inmediato por la pureza visible: **"¿Quieres que vayamos y la arranquemos?"**. Sin embargo, la respuesta del Señor introduce una sabiduría que desborda el impulso natural de erradicar rápidamente lo que parece malo. **"No, no sea que al arrancar la cizaña arranquéis también el trigo"**. Aquí Cristo revela la lógica propia del Reino de Dios, una lógica que no es apresurada, ni violenta, ni temeraria, sino profundamente pastoral y escatológica. El Reino no avanza por la fuerza ni por purificaciones prematuras, sino por una paciencia redentora que protege la obra de Dios en su fragilidad inicial (cf. Isaías 42:3). **El Señor del campo conoce la complejidad del crecimiento, sabe que la intervención precipitada puede causar un daño irreparable a aquello que Él mismo ha sembrado.** Así, la Epifanía no se manifiesta en la acción impulsiva, sino en la sabiduría divina que discierne los tiempos, preserva a los suyos y conduce la historia hacia su cumplimiento sin perder a ninguno de los que el Padre le ha dado (cf. Juan 6:39).

La paciencia del Sembrador en la parábola refleja fielmente la paciencia del mismo Dios revelada a lo largo de toda la Escritura. Así como el Señor del campo permite que el trigo y la cizaña crezcan juntos hasta el tiempo señalado, no por indiferencia sino por sabiduría amorosa, así también Dios **"no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento"** (2 Pedro 3:9). Esta longanimidad divina, ya proclamada en el Antiguo Testamento como atributo esencial del Señor **"lento para la ira y grande en misericordia"** (Éxodo 34:6), se manifiesta ahora en el tiempo presente como espacio de gracia, conversión y esperanza. El retraso del juicio no es debilidad ni descuido, sino la expresión del corazón redentor de Dios, que sostiene la historia con misericordia y gobierna el crecimiento del Reino con un propósito salvífico. Así, la paciencia del Sembrador no solo preserva el trigo, sino que revela que el hoy de la Iglesia es tiempo concedido para la fe, el arrepentimiento y la perseverancia, antes de la siega final donde la justicia y la misericordia de Dios se manifestarán plenamente.

3.1 – La custodia divina del trigo

El subpunto revela que la negativa del Señor a arrancar la cizaña no es pasividad, sino un acto de custodia amorosa y minuciosa del trigo que le pertenece. Dios conoce a los suyos con perfecto discernimiento (cf. 2 Timoteo 2:19) y los guarda no solo del enemigo manifiesto, **sino también de los daños que puede causar un celo desordenado y carente de sabiduría espiritual**. Al permitir la coexistencia temporal del mal en su campo, el Señor obra un propósito santificador en su pueblo: ejercita la paciencia que espera en Dios y no en la fuerza humana (cf. Salmo 37:7), forma la misericordia que imita su propio corazón compasivo (cf. Lucas 6:36), y enseña a vencer **el mal no con violencia ni exclusión precipitada, sino “con el bien” (Romanos 12:21)**. Esta custodia divina no es frágil ni incierta, sino eficaz y perseverante.

El Artículo XVII de los Treinta y Nueve Artículos, *"De la Predestinación y Elección"*, confiesa que aquellos a quienes Dios ha escogido en Cristo **"son llamados según el propósito de Dios por su Espíritu obrando en tiempo conveniente; por gracia obedecen al llamamiento; son justificados gratuitamente; son hechos hijos de Dios por adopción; y finalmente, por la misericordia de Dios, alcanzan la bienaventuranza eterna"**. Esta doctrina, lejos de fomentar descuido moral, afirma que la perseverancia del trigo no depende de la eliminación inmediata de toda amenaza visible, sino del cuidado fiel del Padre que guarda a los suyos hasta el fin. Así, la presencia del mal no derrota al Reino, sino que, bajo la soberanía de Dios, se convierte en el contexto donde la gracia preservadora forma a la Iglesia en una santidad paciente, humilde y profundamente evangélica.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Confío en la paciencia de Dios más que en mis métodos?
- ¿Permito que la gracia forme mi manera de tratar con los demás?

Aplicaciones prácticas:

- Ejercer disciplina con mansedumbre y esperanza.
- Perseverar en el bien aun cuando el mal parece prosperar.

4. La siega prometida y la justicia final. ³⁰ Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero". (*Mateo 13:30*)

La parábola culmina con una palabra de certeza escatológica: **"Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega"**. Con ello, nuestro Señor afirma que la historia no avanza hacia el caos ni hacia una ambigüedad perpetua, sino hacia un desenlace ordenado por el designio eterno de Dios. La imagen de la siega pertenece

al lenguaje más profundo del Antiguo Testamento, donde Dios es presentado como el Juez soberano que, en el tiempo señalado, recoge a su pueblo y ejecuta su justicia (cf. Joel 3:13; Isaías 27:12; Jeremías 51:33). Desde Abraham, a quien el Señor prometió formar un pueblo para sí (cf. Génesis 12:1–3), hasta los profetas, que anunciaron el día en que Dios vindicaría a los justos y juzgaría a los impíos, la Escritura testifica que la paciencia divina nunca es indiferencia, sino misericordia orientada a la redención.

En esta perspectiva, la siega no es un acto arbitrario, sino la consumación del propósito eterno de Dios de redimir y reunir para sí un pueblo santo, purificado y definitivamente apartado para su gloria (cf. Éxodo 19:5–6; Malaquías 3:17). **El trigo es recogido “en mi granero”, expresión que evoca la promesa veterotestamentaria de descanso, seguridad y comunión permanente con el Señor (cf. Salmo 91:1; Isaías 32:18).** La cizaña, en cambio, es separada y destruida, no por capricho divino, sino como manifestación de la justicia santa de Dios, que no puede ser burlada ni anulada (cf. Salmo 1:4–6). Así, la Epifanía alcanza aquí su horizonte último, **Cristo se revela no solo como el sembrador paciente del tiempo presente, sino como el Señor escatológico que traerá a plenitud la obra iniciada, estableciendo definitivamente su Reino de justicia y paz.**

De este modo, la espera de la Iglesia no es pasiva ni incierta. La paciencia presente se vive a la luz de una promesa firme, **el Dios que siembra es el mismo que siega, y no perderá ninguno de los que el Padre le ha dado (cf. Isaías 53:11; Juan 6:39).** La Epifanía, entonces, no solo ilumina el ahora del Reino, sino que orienta la esperanza del pueblo de Dios hacia la consumación gloriosa, cuando la redención será plena y el trigo, finalmente, reposará para siempre en el granero del Señor.

4.1 – Esperanza escatológica y fidelidad presente.

La Iglesia peregrina vive entre la siembra y la siega, sostenida por una esperanza que no evade el presente, sino que lo ordena y lo santifica. En este tiempo intermedio, su vocación no es arrancar con impaciencia lo que Dios ha decidido juzgar al final, sino dar fruto en fidelidad; no es usurpar el juicio divino, sino perseverar en la fe; no es ceder a la desesperanza ante la mezcla y la contradicción, sino esperar con confianza activa en el cumplimiento de las promesas. San Agustín, al reflexionar sobre la convivencia del bien y del mal en la historia, afirma en *La Ciudad de Dios* que **“la Ciudad de Dios peregrina entre los impíos, viviendo por la fe, hasta que llegue el tiempo en que será separada y purificada”** (cf. *De Civitate Dei*, XVIII, 49). Con ello, el obispo de Hipona enseña que la Iglesia, mientras camina en el siglo presente, no se define por una pureza visible perfecta, **sino por una fidelidad perseverante fundada en la esperanza escatológica.** Esta enseñanza ilumina la parábola del trigo y la cizaña, **la Epifanía del Reino no se consume aún en una manifestación total de justicia, pero ya se hace**

visible en una comunidad que vive orientada hacia el fin, sostenida por la promesa de Dios y llamada a reflejar, incluso ahora, el carácter paciente, santo y fiel de su Señor. Así, la espera cristiana no es pasividad resignada, sino obediencia perseverante que confía en que el Dios que siembra y guarda es también el Dios que, a su tiempo, cosechará para vida eterna a su pueblo.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Vivo con conciencia de la siega final?
- ¿Mi esperanza está puesta en la fidelidad de Cristo o en la perfección presente?

Aplicaciones prácticas:

- Vivir con esperanza escatológica y obediencia diaria.
- Mantener en nuestro corazón y consolar a los fieles con la promesa de la justicia venidera.

Conclusión:

La parábola del trigo y la cizaña nos introduce en una Epifanía profundamente pastoral y escatológica, **Cristo se revela como el Señor paciente y soberano que gobierna su Reino con sabiduría perfecta, viendo el fin desde el principio.** Su gloria no se manifiesta en una erradicación inmediata del mal, como esperarían los criterios humanos, sino en la custodia fiel de su trigo y en la paciencia redentora con la que conduce la historia hacia su consumación. En esta revelación, el Hijo del Hombre muestra que el Reino avanza no por la violencia del juicio anticipado, sino por la perseverancia de la gracia, y que la espera no es signo de debilidad, sino expresión del dominio absoluto de Dios sobre el tiempo y el destino de su creación.

En medio del campo que es el mundo, **la Iglesia vive como pueblo peregrino, sostenida por la gracia electiva del Padre, formada por la Palabra viva del Hijo y guardada eficazmente por la promesa del Espíritu Santo.** Entre la siembra y la siega, la Epifanía continúa brillando no solo en lo que Cristo manifiesta visiblemente, sino en lo que Él preserva silenciosamente, una comunidad llamada a dar fruto, a perseverar en la fe y a vivir en esperanza mientras espera la justicia final. Así, el pueblo de Dios camina confiado, sabiendo que el Señor del campo no abandona su obra y que, en el día señalado, hará todas las cosas bien, separando con justicia y recogiendo con amor a los suyos en su granero eterno.

A Él sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones, por los siglos de los siglos.

Amén.

“Entre la manifestación y la consumación: Vivir como hijos en esperanza”
Devoción para la Sexta Domínica después de Epifanía

Oración inicial:

Oh Dios eterno y misericordioso, que te has dignado revelarte en tu Hijo unigénito para nuestra redención y esperanza, ilumina nuestros corazones por tu Espíritu Santo, para que, al meditar tu santa Palabra, seamos fortalecidos en la fe, purificados en el amor y confirmados en la esperanza de la gloria venidera; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del día:

OH Dios, cuyo bendito Hijo fue manifestado para que destruyese las obras del diablo, y nos hiciese hijos de Dios, y herederos de vida eterna; Concédenos, te suplicamos, que, teniendo esta esperanza, imitemos su pureza; para que cuando aparezca otra vez con poder y grande gloria, seamos hechos semejantes a Él en su eterno y glorioso reino; donde contigo, oh Padre, y contigo, oh Espíritu Santo, Él vive y reina siempre, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Meditación:

La Colecta de esta Sexta Domínica después de Epifanía nos introduce en el núcleo mismo del misterio redentor **al confesar que el Hijo de Dios fue manifestado para destruir las obras del diablo y hacernos hijos de Dios y herederos de la vida eterna**. El término “diablo” proviene del griego *diábolos*, que significa “el que divide”, “el acusador” o “el calumniador”, aquel que se opone a Dios sembrando mentira, acusación y ruptura en la comunión entre el Creador y su criatura (cf. Apocalipsis 12:10). Sus obras, por tanto, no se reducen a acciones sobrenaturales, sino que abarcan todo aquello que introduce pecado, engaño, muerte y esclavitud, la mentira que distorsiona la verdad (cf. Juan 8:44), la acusación que condena al pecador (cf. Zacarías 3:1–2), y el dominio del pecado que conduce a la muerte (cf. Romanos 6:23). Frente a esta realidad, la Epifanía proclama que Cristo no vino simplemente a denunciar al enemigo, sino a deshacer eficazmente su obra. Desde el Antiguo Testamento, Dios había prometido que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente (cf. Génesis 3:15); en la encarnación, vida, muerte y resurrección del Hijo, esta promesa alcanza su cumplimiento pleno. **Por su obediencia perfecta, por su sacrificio expiatorio y por su victoria pascual, Cristo desarma al acusador, rompe el poder del pecado y libera a los cautivos (cf. Colosenses 2:14–15; Hebreos 2:14–15)**. El Artículo II de los Treinta y Nueve Artículos confiesa esta verdad al afirmar que el Hijo tomó nuestra naturaleza “para reconciliarnos con el Padre y ser sacrificio, no solo por el pecado original, sino también por los pecados actuales de los hombres”, anulando así el dominio del maligno y abriendo para nosotros el camino de la filiación y de la vida eterna.

Esta obra redentora se despliega con especial claridad en la Epístola de 1 Juan 3:1–8, donde el apóstol une inseparablemente la filiación divina con una vida transformada por la comunión con Cristo. Juan contempla con santo asombro el amor del Padre que nos ha llamado hijos suyos, no por mérito humano, sino por pura gracia soberana; y, sin embargo, afirma con igual fuerza que esta filiación no es una categoría meramente jurídica o futura, sino una realidad que se manifiesta en la vida presente. Por eso declara con solemnidad: “Todo aquel que permanece en Él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido”. **Estas palabras no enseñan una impecabilidad absoluta, sino una incompatibilidad radical entre la comunión perseverante con Cristo y la práctica habitual del pecado.** Permanecer en Él —lenguaje profundamente joánico— implica participar de su vida, de su luz y de su verdad (cf. Juan 15:4–6); donde esa comunión es real, el dominio del pecado ha sido quebrantado. En contraste, “el que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio”, **retomando así el testimonio veterotestamentario sobre el origen del mal como rebelión persistente contra Dios** (cf. Génesis 3; Isaías 14:12–15, leído tipológicamente en la tradición cristiana). San Ireneo ilumina este pasaje al afirmar que “la gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios” (Adversus Haereses, IV, 20, 7), pues para él la vida verdadera no es la simple existencia, **sino participación restaurada en la comunión con Dios, rota por el pecado y restablecida en Cristo.** Así, quien vive entregado al pecado demuestra no haber entrado aún en esa visión vivificante; mientras que **quien permanece en Cristo, aun luchando contra la debilidad, camina en una dirección nueva, orientada hacia la pureza del Hijo.** De este modo, la Epifanía se revela no solo como manifestación de quién es Cristo, sino como revelación de lo que el hombre está llamado a ser en Él, es decir, **una criatura renovada cuya vida, progresivamente purificada, da testimonio de que las obras del diablo han sido realmente destruidas y que la gloria futura ya comienza a reflejarse en la obediencia creciente del presente.**

El Evangelio según san Mateo (24:23–31) conduce la estación de Epifanía hacia su culminación escatológica, elevando la mirada de la Iglesia desde las manifestaciones históricas de Cristo hasta su aparición final en gloria. En medio de engaños, falsas señales y tribulación, el Señor exhorta a los suyos a no dejarse seducir por epifanías ilusorias ni por triunfalismos prematuros que prometen una gloria sin cruz. **La verdadera manifestación del Hijo del Hombre no será secreta ni ambigua, sino pública, majestuosa e inconfundible, “Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro”.** Este lenguaje, profundamente arraigado en el Antiguo Testamento, evoca la reunión del pueblo redimido anunciada por los profetas (cf. Isaías 27:13; Deuteronomio 30:4) y la visión de Daniel del Hijo del Hombre recibiendo dominio eterno (Daniel 7:13–14). Así, la Epifanía no se limita a lo que Cristo ya ha manifestado, sino que dirige a la Iglesia hacia la revelación plena y definitiva de su gloria, cuando aquello que hoy permanece velado será desvelado sin

faltar cosa alguna. El Primer Libro de Homilías, particularmente en la *Homilía sobre la Vigilancia y la Sobriedad*, exhorta a los fieles a vivir preparados para ese día, no mediante especulaciones temerarias sobre tiempos y señales, sino por una vida ordenada en arrepentimiento, fe viva y obras de caridad, recordando que **“el verdadero y fiel cristiano siempre espera la venida del Señor con una conciencia limpia y una vida santa”** (Primer Libro de Homilías, *An Homily against Excess of Apparel*, aplicada en la tradición a la vigilancia moral). Esta enseñanza armoniza con el Evangelio, la espera cristiana no es pasiva ni curiosa, sino activa y purificadora. De este modo, la Colecta, la Epístola y el Evangelio convergen en una sola confesión al cerrar la Epifanía: **el Hijo de Dios se ha manifestado para destruir las obras del diablo, hacernos hijos del Padre y reunir finalmente a sus escogidos en gloria; y mientras aguardamos esa trompeta final, somos llamados a perseverar en pureza, esperanza y fidelidad, hasta que la luz revelada en Epifanía resplandezca plenamente en el Reino eterno.**

Lectura orante de la Palabra:

De la Epístola (1 Juan 3:1–8):

Al escuchar estas palabras, la Iglesia es invitada a contemplar el amor del Padre que nos adopta y nos separa del dominio del pecado. La filiación divina no es una ficción legal, sino una realidad fáctica que se manifiesta en una vida que se aparta del pecado y camina en justicia. El pecado es presentado como participación en las obras del diablo, mientras que la obediencia brota de la comunión con Cristo. Así, la Palabra nos llama a vivir conforme a lo que ya somos en Él.

Del Evangelio (Mateo 24:23–31):

Aquí somos exhortados a una vigilancia sobria. Cristo revela que el tiempo presente estará marcado por confusión y engaño, pero también por la certeza de su retorno glorioso. La Iglesia no vive del miedo, sino de la esperanza firme en la venida del Rey. Esta esperanza purifica, ordena los afectos y sostiene a los fieles en medio de la prueba, hasta el día en que los escogidos serán reunidos de los cuatro vientos.

Preguntas para reflexionar:

1. Desde la Colecta:

¿Vivo consciente de que Cristo se manifestó para destruir las obras del diablo también en mi propia vida?

2. Desde la Epístola:

Si soy llamado hijo de Dios, ¿cómo se refleja esa filiación en mi lucha diaria contra el pecado?

3. Desde el Evangelio:

¿Mi esperanza está anclada en la venida gloriosa de Cristo o en seguridades pasajeras de este mundo?

Aplicaciones prácticas:

1. Desde la Colecta:

Renovar diariamente la confianza en la obra completa de Cristo, rechazando toda forma de autosuficiencia espiritual o cualquier práctica que me conduzca a un corazón y una mente dividida.

2. Desde la Epístola:

Ejercitar una vida de pureza concreta —en pensamientos, palabras y obras— como respuesta agradecida a la adopción divina.

3. Desde el Evangelio:

Vivir en vigilancia fiel y esperanza activa, discerniendo la verdad y perseverando en medio de la prueba.

Oración final:

Oh Dios santo y fiel, te damos gracias porque en tu Hijo amado has destruido las obras del enemigo y nos has llamado a ser hijos tuyos y herederos de vida eterna. Concede que, sostenidos por esta esperanza, seamos purificados en nuestra vida presente y guardados en la verdad hasta el día de su gloriosa manifestación. Haznos semejantes a Él, para que, junto con todos tus santos, participemos de la gloria de tu Reino eterno; por Jesucristo nuestro Señor, que contigo, oh Padre, y contigo, oh Espíritu Santo, vive y reina, un solo Dios, por los siglos de los siglos.

Amén.

La Epifanía Consumada: la Manifestación Gloriosa del Hijo del Hombre
Sermón para la Sexta Domínica después de Epifanía

²³Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. ²⁴Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. ²⁵Ya os lo he dicho antes. ²⁶Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis. ²⁷Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre. ²⁸Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas. ²⁹E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. ³⁰Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. ³¹Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro". (*Mateo 24:23–31*)

"El mismo Señor que vino oculto para ser juzgado, vendrá manifiesto para juzgar; y la humildad de la primera venida prepara la gloria de la segunda". (**San Agustín, *Sermón 93, 3***)

Esta afirmación patristica condensa con admirable claridad la dinámica teológica propia de la Epifanía, **la gloria de Dios no se impone desde el esplendor inmediato, sino que se revela primero bajo el velo de la humildad, para conducir finalmente a la manifestación plena de la majestad eterna**. En el misterio del Verbo encarnado, la luz divina resplandece en la sencillez de lo visible y en la debilidad asumida, no como negación de la gloria, sino como su pedagogía redentora. Así, la Epifanía enseña a la Iglesia que el camino de Dios desciende antes de exaltar, se oculta antes de revelarse plenamente y se manifiesta en la historia para ser consumado en la gloria. La humildad del pesebre, del Jordán y de la cruz no es el ocaso de la majestad, sino su prelude; pues la gloria que se deja ver en signos velados es la misma que, al final de los tiempos, será revelada sin sombra ni ocultamiento, cuando el Hijo del Hombre aparezca en poder y gran gloria.

Introducción:

La Estación de Epifanía, tal como la ordena con profunda sabiduría el *Libro de Oración Común*, conduce pedagógica y teológicamente a la Iglesia desde la manifestación inicial del Hijo eterno en la humildad de la carne hasta la contemplación anticipada de su retorno glorioso al fin de los tiempos. Desde la adoración de los gentiles (cf. Mateo 2:1–12), pasando por la revelación del Hijo amado en el Jordán (cf. Mateo 3:16–17), hasta la manifestación progresiva de su gloria en palabras y obras (cf. Juan 2:11; Mateo 5–7), la Epifanía despliega un testimonio único y coherente: **Jesucristo es la Luz verdadera que ha venido al**

mundo (cf. Juan 1:9), cuya claridad se intensifica gradualmente ante los ojos de la fe. En este marco, la Sexta Dominica después de Epifanía no funciona como una simple conclusión litúrgica, sino como una elevación deliberada de la mirada de la Iglesia hacia la consumación escatológica de aquello que ya ha sido revelado en principio. La gloria manifestada bajo velos se orienta ahora hacia la gloria que será revelada sin ocultamiento, cuando el Hijo del Hombre aparezca “con poder y grande gloria” (cf. Mateo 24:30; Daniel 7:13–14). Así, la Epifanía culmina no en un cierre definitivo, sino en una expectación santa, **lo que fue mostrado en humildad y proclamado en el Evangelio será finalmente confirmado en majestad, cuando la fe se transforme en visión y la esperanza alcance su cumplimiento perfecto.**

En Mateo 24:23–31, nuestro Señor Jesucristo instruye pastoralmente a sus discípulos —y, por medio de ellos, a su Iglesia peregrina— acerca de la naturaleza verdadera de su manifestación final, corrigiendo toda expectativa engañosa o triunfalismo prematuro. Con solemne claridad, **el Señor advierte que su venida no será una epifanía oculta, privada o fragmentaria, susceptible de ser localizada en rumores o apariciones secretas, “Si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; mirad, está en los aposentos, no lo creáis” (Mateo 24:26).** Frente a estas falsas manifestaciones, Cristo afirma que su revelación será pública, gloriosa, universal e inconfundible, semejante al relámpago que resplandece de oriente a occidente (cf. Mateo 24:27), retomando el lenguaje profético del Antiguo Testamento, donde el día del Señor irrumpe con luz manifiesta y juicio ineludible (cf. Zacarías 14:6–7; Malaquías 4:1–2). Esta revelación culminará con la aparición del “signo del Hijo del Hombre en el cielo” y el lamento de todas las tribus de la tierra (cf. Mateo 24:30), evocando la visión de Daniel del Hijo del Hombre que recibe dominio eterno (cf. Daniel 7:13–14). De este modo, la Epifanía alcanza su horizonte escatológico, **el mismo Cristo que se dio a conocer en humildad y servicio será revelado finalmente en majestad y gloria, no para unos pocos, sino ante toda la creación, confirmando que la esperanza de la Iglesia descansa en la promesa segura del Señor que ha de venir.**

Así, la Epifanía alcanza aquí su plena orientación escatológica, **aquel que fue manifestado como Luz para alumbrar a las naciones (cf. Isaías 42:6; Lucas 2:32) será revelado finalmente como Rey soberano y Juez justo de toda la creación (cf. Salmo 96:10–13; Mateo 25:31–32).** La gloria que durante la Epifanía se mostró velada en humildad, obediencia y servicio, se manifestará entonces sin reserva alguna, en poder y majestad, confirmando que la historia de la salvación avanza hacia una consumación dispuesta por Dios desde la eternidad. **Este pasaje, por tanto, no alimenta una curiosidad apocalíptica ni una ansiedad temeraria, sino que exhorta a la Iglesia a una esperanza sobria, vigilante y perseverante, fundada en la fidelidad de Cristo y expresada en una vida de santidad, fidelidad doctrinal y constancia en la fe.** En plena coherencia con la fe católica y reformada que el anglicanismo confiesa, la Iglesia vive

entre la manifestación ya recibida y la gloria aún esperada, aguardando con paciencia activa al Señor que ha venido, que viene ahora por su Palabra y Sacramentos, y que vendrá de nuevo para juzgar a los vivos y a los muertos y establecer su Reino sin fin.

1. Advertencia solemne contra las falsas manifestaciones. ²³Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. ²⁴Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. ²⁵Ya os lo he dicho antes. ²⁶Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis". (*Mateo 24:23–26*)

Nuestro Señor inicia esta sección con una amonestación de profundo peso pastoral y escatológico. Antes de describir los signos de su venida gloriosa, Cristo instruye a su Iglesia acerca de aquello que **no debe esperar ni creer**. "No lo creáis" no es una exhortación marginal, sino un mandato claro que protege a los discípulos de la confusión espiritual y del engaño religioso. Jesús revela que, en el tiempo previo a su manifestación final, surgirán múltiples pretensiones de autoridad mesiánica, **algunas revestidas de señales impresionantes y prodigios visibles, capaces de seducir incluso a aquellos que profesan fe**. Aquí la Epifanía adopta un carácter sobrio y contundente, no toda manifestación es revelación verdadera, ni todo poder visible procede de Dios.

Esta advertencia se arraiga firmemente en la experiencia del Antiguo Testamento. Desde antiguo, el Señor previno a su pueblo contra profetas que hablaban "visión de su propio corazón" y no palabra salida de su boca (cf. Jeremías 23:16), así como contra señales que, aunque asombrosas, desviaban del pacto verdadero (cf. Deuteronomio 13:1–3). **Israel aprendió dolorosamente que el engaño no siempre se presenta como abierta oposición, sino como imitación religiosa que apela al deseo humano de seguridad, poder o liberación inmediata**. De igual modo, Cristo enseña que la tentación de un Mesías conforme a expectativas humanas —localizable, palpable, espectacular— persiste también en la era de la Iglesia.

El énfasis del Señor en expresiones como "en el desierto" o "en los aposentos" subraya el carácter **privado, oculto y fragmentario** de estas falsas manifestaciones. En contraste con la revelación bíblica, que siempre es pública, pactal y conforme a la Palabra ya dada, los falsos Cristos prometen accesos exclusivos, revelaciones secretas o experiencias reservadas a unos pocos. Así, Jesús llama a su Iglesia a una fidelidad paciente y doctrinalmente vigilante, **la verdadera Epifanía no se busca en rumores ni en espectáculos religiosos, sino que se recibe conforme al testimonio fiel de las Escrituras**. El Cristo que ha de venir no necesitará ser anunciado en susurros ni descubierto en lugares escondidos, pues

su manifestación será clara, universal y conforme a la promesa del Dios que no miente (cf. Isaías 45:19).

El **Artículo IV de los Treinta y Nueve Artículos** confiesa con claridad que Cristo “ascendió al cielo... hasta que vuelva para juzgar a todos los hombres en el último día”. Por tanto, cualquier afirmación de una manifestación secreta, localizada o intermedia contradice la fe recibida.

1.2 – Señales engañosas y prodigios falsificados.

Nuestro Señor advierte que los falsos Cristos y falsos profetas “harán grandes señales y prodigios”, revelando así una verdad teológica sobria y necesaria, **no todo lo portentoso procede de Dios, ni todo lo milagroso autentica la verdad**. Satanás, cuyo nombre significa “adversario” (cf. Job 1:6; Zacarías 3:1), se manifiesta a lo largo de la Escritura no como creador, sino como **imitador y falsificador** de la obra divina. Su estrategia no consiste primordialmente en negar abiertamente a Dios, sino en distorsionar su verdad mediante una apariencia de poder que tiene como finalidad, engañar y confundir, generando un falso estado de seguridad. De este modo, las señales engañosas no buscan conducir al arrepentimiento ni a la obediencia del pacto, sino suscitar asombro vacío y adhesión desviada.

Este patrón ya se hace visible en el Antiguo Testamento, particularmente en el relato del Éxodo. Cuando Moisés realiza señales por mandato del Señor, los magos de Egipto imitan algunas de ellas mediante artes ocultas (cf. Éxodo 7:11–12; 8:7), creando una falsa equivalencia entre el poder de Dios y el poder de las tinieblas. Sin embargo, estas imitaciones pronto revelan su límite, pues no pueden producir vida ni revertir la plaga (cf. Éxodo 8:18–19). Así, **la Escritura enseña que la falsificación satánica puede impresionar por un tiempo, pero jamás puede sostener la obra salvadora ni resistir el juicio de Dios**. El poder del enemigo es derivado, limitado y finalmente derrotado.

Jesús, al advertir a su Iglesia sobre estos prodigios engañosos, la instruye a no confundir **manifestación con revelación**. La verdadera Epifanía no se define por el impacto sensorial, sino por la conformidad con la Palabra revelada y con la obra redentora del Mesías crucificado y resucitado (cf. Isaías 8:19–20; Gálatas 1:8). Los profetas ya habían declarado que aun las señales deben ser probadas a la luz de la fidelidad al Señor del pacto (cf. Deuteronomio 13:1–4). En consecuencia, la Iglesia es llamada a una fe discerniente, que no se rinde ante lo espectacular, sino que permanece anclada en Cristo tal como ha sido dado a conocer en las Escrituras.

Así, este subpunto afirma una enseñanza esencial de la Epifanía: **la gloria de Dios no se revela en la ostentación vacía, sino en la verdad que conduce a la vida eterna**. Frente a los prodigios falsificados del enemigo, la Iglesia confiesa que la señal definitiva ya ha sido dada, **Jesucristo, el Hijo de Dios, manifestado en**

humildad, obediente hasta la muerte, vindicado por la resurrección y exaltado en la ascensión. En Él, y no en imitaciones engañosas, resplandece la verdadera luz que alumbra a todo hombre.

Pregunta escudriñadora

¿Discierno la verdad de Cristo conforme a la Escritura y la fe de la Iglesia, o conforme a promesas de poder inmediato y visible?

Aplicación pastoral

La Iglesia es llamada a permanecer firme en la doctrina apostólica, probando los espíritus con sobriedad y rechazando todo entusiasmo que se aparte del testimonio bíblico y católico.

2. El carácter inconfundible de la venida del Hijo del Hombre. “²⁷ Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre. ²⁸ Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas”. (*Mateo 24:27–28*)

Después de advertir contra las falsas manifestaciones, nuestro Señor afirma con claridad el **carácter absolutamente inconfundible de su venida:** “Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre”. Con esta imagen, Cristo excluye de manera definitiva toda posibilidad de una epifanía secreta, localizada o accesible solo a unos pocos. **El relámpago no requiere anuncio ni interpretación; irrumpe con luz súbita, visible y universal.** Así será la manifestación final del Hijo del Hombre, pública, irresistible y evidente para toda la creación.

Esta imagen remite al lenguaje teofánico del Antiguo Testamento, donde la intervención decisiva de Dios se describe frecuentemente con luz, resplendor y gloria manifiesta. En el Sinaí, la presencia del Señor se reveló con relámpagos, nube espesa y sonido de trompeta, de modo que todo el pueblo fue testigo y tembló (cf. Éxodo 19:16–18). Los profetas emplean un lenguaje semejante para describir el Día del Señor, no como un acontecimiento oculto, sino como una irrupción cósmica que transforma la historia (cf. Joel 2:30–31; Habacuc 3:3–4). **Cristo, al aplicar esta imagen a su venida, se identifica implícitamente con el Señor glorioso del Antiguo Testamento, confirmando que aquel que vendrá es el mismo Dios que se manifestó en poder y majestad.**

Asimismo, esta enseñanza encuentra su fundamento directo en la visión de Daniel, donde el “Hijo del Hombre” viene con las nubes del cielo y recibe dominio, gloria y reino para siempre (cf. Daniel 7:13–14). No se trata de una manifestación marginal, sino del acto soberano mediante el cual Dios consume su gobierno sobre todas las naciones. Zacarías retoma esta expectativa al anunciar un día en que el Señor será Rey sobre toda la tierra y su luz no se extinguirá (cf. Zacarías 14:6–9). **Cristo**

asume este lenguaje profético y lo orienta hacia sí mismo, declarando que su venida será la consumación visible de todas estas promesas.

2.1. Una manifestación para bendición y condenación.

El versículo siguiente —“Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas”— añade una nota solemne de juicio. Esta imagen, tomada del mundo natural, subraya la **inevitabilidad** y la **justicia** de la intervención divina. Así como las aves de rapiña acuden inevitablemente donde hay corrupción, así también el juicio del Hijo del Hombre alcanzará con certeza a un mundo marcado por el pecado y la rebelión. El Antiguo Testamento emplea imágenes similares para describir el juicio de Dios sobre las naciones (cf. Deuteronomio 28:49; Ezequiel 39:17–20), recordando que la venida gloriosa del Señor no solo es consuelo para los fieles, sino también advertencia para los impenitentes.

En este punto, la Epifanía alcanza una claridad decisiva: **la manifestación final de Cristo no será ambigua ni discutible**. La Epifanía que comenzó con una estrella contemplada por algunos sabios de Oriente culminará con una gloria contemplada por todos los pueblos. No habrá necesidad de señalar “aquí” o “allí”, ni espacio para el engaño o la confusión. El mismo Cristo que se dio a conocer en humildad será revelado en majestad, y su venida será tan evidente como el relámpago que atraviesa el cielo. De este modo, la Iglesia es llamada a descansar no en rumores ni especulaciones, sino en la certeza firme de la promesa del Señor que vendrá visiblemente, gloriosamente e inconfundiblemente.

Pregunta escudriñadora:

¿Vivo preparado para una manifestación que será repentina, pública y definitiva?

Aplicación práctica:

Formar una vida de vigilancia humilde, fidelidad constante y confianza en la promesa del Señor a partir de la esperanza cristiana en la segunda venida.

3. Los signos cósmicos y la autoridad del Rey escatológico. ²⁹ E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. ³⁰ Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”. (*Mateo 24:29–30*)

Nuestro Señor avanza ahora desde la descripción de su venida inconfundible hacia la **dimensión cósmica y judicial de su manifestación final**: “E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas”. Este lenguaje, profundamente arraigado en la tradición profética de

Israel, no debe ser leído como una descripción solamente física del colapso del universo, sino como un **lenguaje teológico y simbólico** que anuncia la intervención soberana de Dios en la historia para juzgar y renovar su creación.

Desde el Antiguo Testamento, los cuerpos celestes son presentados como testigos del gobierno divino. El oscurecimiento del sol y de la luna aparece repetidamente en los oráculos del Día del Señor, señalando que ningún poder creado —ni siquiera los más estables y luminosos— permanece indiferente ante la irrupción del juicio de Dios (cf. Isaías 13:9–10; Ezequiel 32:7–8; Joel 2:10). Así, cuando Cristo emplea este lenguaje, **se presenta implícitamente como el Señor de la creación, aquel ante cuya autoridad tiemblan los cielos mismos**. La Epifanía alcanza aquí una profundidad mayor, el Niño manifestado en Belén y el Siervo obediente revelado en su ministerio público es el mismo ante quien el cosmos entero reconoce su Señorío. Este estremecimiento cósmico prepara la escena para el acontecimiento central: **“Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”**. La expresión “señal del Hijo del Hombre” no apunta a un prodigio separado de Cristo mismo, sino a su **manifestación gloriosa** como cumplimiento de la visión de Daniel, donde el Hijo del Hombre recibe dominio eterno del Anciano de días (cf. Daniel 7:13–14). La lamentación universal de las tribus de la tierra recuerda las profecías de Zacarías, donde el pueblo contempla al que traspasaron y reconoce tardíamente su señorío (cf. Zacarías 12:10–12). Aquí, la Epifanía se torna juicio, **la gloria que antes fue velada y rechazada se revela ahora sin posibilidad de evasión**.

Cristo aparece, por tanto, como el **Rey escatológico**, investido de poder y gran gloria, no solo para salvar, sino también para juzgar con justicia perfecta. La Epifanía no suaviza esta verdad, sino que la integra en el designio redentor de Dios, **el juicio no es la negación de la misericordia, sino su consumación, pues establece definitivamente el Reino de justicia, verdad y paz prometido desde antiguo**.

3.1 – El juicio como restauración del orden creado

Los signos cósmicos descritos por nuestro Señor encuentran un eco directo en textos como Isaías 13:10 y Joel 2:31, donde el oscurecimiento de los astros señala el Día del Señor como un momento decisivo de **reordenamiento moral y espiritual**. En la Escritura, la creación no es un escenario pasivo, sino un participante activo en la economía divina. Cuando el orden moral es trastornado por el pecado humano, la creación misma “gime” esperando su liberación (cf. Génesis 3:17–19; Romanos 8:19–22). Así, **los signos en los cielos no anuncian un caos arbitrario, sino el acto soberano mediante el cual Dios confronta el desorden introducido por el pecado y restablece su justicia**.

El juicio del Hijo del Hombre debe ser entendido, entonces, no como una destrucción caprichosa, sino como una **restauración del orden creado conforme al propósito original de Dios**. Los profetas anuncian que el Día del Señor será a la vez temible y glorioso, temible para los rebeldes, pero esperado por los justos como el momento en que Dios vindica su nombre y a su pueblo (cf. Salmo 96:10–13). Cuando Cristo aparece con poder y gran gloria, no irrumpe como un juez extraño al mundo, sino como su legítimo Señor, aquel por quien y para quien todas las cosas fueron creadas (cf. Colosenses 1:16).

En este sentido, en su ritmo, la Epifanía alcanza aquí una profundidad teológica decisiva, **el juicio no es un apéndice incómodo del Evangelio, sino parte integral de la buena noticia**. El mismo Cristo que se manifestó para salvar es quien vendrá para restaurar todas las cosas. La conmoción de los cielos proclama que el Reino de Dios no es una idea abstracta ni una simple experiencia interior o de nuestras emociones, sino una realidad que abarca toda la creación. Así, la Iglesia aprende a contemplar el juicio no con temor servil, sino con reverente esperanza, sabiendo que el Rey escatológico viene a enderezar lo torcido, a juzgar con equidad y a consumir la obra que comenzó cuando la Luz verdadera fue manifestada al mundo.

Pregunta escudriñadora:

¿Veo el juicio de Dios como amenaza, o como vindicación de su santidad y fidelidad?

Aplicación práctica:

El creyente vive con reverente temor y gozosa esperanza, confiando en que el juicio final glorificará a Dios y restaurará todas las cosas.

4. La reunión gloriosa de los escogidos. ³¹Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro". (*Mateo 24:31*)

Nuestro Señor concluye esta sección de su enseñanza escatológica con una de las afirmaciones más consoladoras y gloriosas del Evangelio: **"Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro"**. Aquí la Epifanía alcanza su desenlace pastoral y redentor, pues la manifestación final del Hijo del Hombre no se limita al juicio de los impíos, sino que se orienta positivamente hacia la **reunión plena y definitiva del pueblo de Dios**.

El lenguaje empleado por Cristo retoma explícitamente las promesas del Antiguo Testamento relacionadas con el pacto. El Dios que, por causa del pecado, permitió la dispersión de su pueblo, es el mismo que promete reunirlo por gracia soberana. Moisés había anunciado: **"Aunque tus desterrados estuvieren en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá Jehová tu Dios"**

(Deuteronomio 30:4). De manera semejante, el profeta Isaías proclama la palabra del Señor: **“No temas, porque yo estoy contigo; del oriente traeré tu generación, y del occidente te recogeré”** (Isaías 43:5–7). Al aplicar este lenguaje a la acción del Hijo del Hombre, Cristo se revela como el **Dios del pacto hecho carne**, fiel a cada una de sus promesas.

La **“gran voz de trompeta”** evoca asimismo el trasfondo litúrgico y teofánico de Israel. La trompeta sonó en el Sinaí cuando el Señor descendió en gloria para constituir a su pueblo (cf. Éxodo 19:16–19), y sonaba también para convocar solemnemente a la asamblea de Israel (cf. Números 10:2–10). En la venida final de Cristo, esta trompeta no convoca ya a un pueblo terrenal y provisional, sino a la **asamblea escatológica de los redimidos**, reunida de los cuatro puntos cardinales, sin que ninguno falte. La Epifanía culmina así en una manifestación total: **no solo Cristo es revelado en gloria, sino que su pueblo es plenamente manifestado como pueblo suyo.**

San Agustín expresa esta verdad con notable claridad al reflexionar sobre la consumación de la historia: “Así como ahora la Ciudad de Dios peregrina está dispersa por toda la tierra entre los impíos, así entonces será reunida y separada de ellos para reinar con Cristo eternamente” (*La Ciudad de Dios*, XX, 9). En esta afirmación, el obispo de Hipona subraya el carácter peregrino y mixto de la Iglesia en el tiempo presente, pero afirma con firme esperanza su reunión final y gloriosa. La dispersión actual no es señal de derrota, sino de misión; y la reunión futura no es mera agregación, sino **consumación del propósito eterno de Dios**. Cristo, al enviar a sus ángeles para reunir a los escogidos, manifiesta que ninguno de aquellos por quienes murió será olvidado o extraviado. La Epifanía, que comenzó con una estrella guiando a unos pocos, concluye con los ángeles reuniendo a todos.

4.1 – Al final, el lamento se convertirá en gozo

La reunión gloriosa de los escogidos implica una transformación definitiva de la experiencia presente de la Iglesia. En su condición peregrina y militante, el pueblo de Dios transita por un camino marcado por la prueba, la lucha y, en no pocas ocasiones, el dolor y el lamento. Esta realidad ya era conocida por el Israel del Antiguo Testamento, que caminó entre promesa y cumplimiento, entre exilio y esperanza (cf. Salmo 126:1–6). Sin embargo, la Escritura afirma con igual claridad que **el sufrimiento no tiene la última palabra.**

La venida gloriosa del Hijo del Hombre inaugura el tiempo en que Dios hará justicia plena a los suyos y los purificará completamente. Los profetas anunciaron que el Señor mismo vendría a consolar a su pueblo y a enjugar sus lágrimas (cf. Isaías 25:8; 35:10). Esta promesa alcanza su expresión más plena en la esperanza cristiana, donde Cristo mismo, el Redentor manifestado, se presenta como aquel que transforma el lamento en gozo y la espera en cumplimiento. La purificación final no

es un acto de severidad, sino de amor perfecto, mediante el cual Dios completa en su pueblo la obra que comenzó por gracia.

Así, la Epifanía se cierra mostrando que todas las manifestaciones de la gloria del Señor —desde la adoración de los magos hasta la venida del Hijo del Hombre en las nubes— apuntan a un mismo fin: la formación y glorificación de un **pueblo católico**, reunido de toda raza, lengua, tribu, nación y condición, conforme al propósito eterno de Dios. El Niño que fue manifestado a los gentiles como señal de inclusión universal es el mismo Señor glorioso que, al final de los tiempos, cumplirá plenamente la invitación del Evangelio y se glorificará en su pueblo redimido. De este modo, la Epifanía no solo revela quién es Cristo, sino también quiénes somos en Él: **un pueblo reunido, restaurado y llevado al gozo eterno en la presencia de su Señor.**

Pregunta escudriñadora:

¿Vivo como peregrino confiado en la promesa de la reunión eterna?

Aplicación práctica:

La Iglesia persevera en comunión, misión y esperanza, sabiendo que el Señor del campo no perderá a ninguno de los suyos.

Conclusión:

En esta última Domínica de la Estación de Epifanía, la Iglesia es conducida a contemplar el arco completo de la revelación de la gloria de Cristo: **una gloria que comenzó a manifestarse en humildad, obediencia y servicio, y que será finalmente revelada en poder, majestad y dominio universal.** El Evangelio según san Mateo (24:23–31) nos enseña que la Epifanía no se reduce a las manifestaciones ya recibidas, sino que se orienta decisivamente hacia la revelación plena y definitiva del Hijo del Hombre al final de los tiempos.

Nuestro Señor, en su cuidado pastoral, advierte a su Iglesia contra toda falsa manifestación, contra todo engaño que pretenda sustituir la verdad del Evangelio por señales espectaculares o promesas anticipadas de gloria. Frente a tales falsificaciones, **Cristo afirma con claridad que su venida será inconfundible, pública y universal, conforme a las promesas del Antiguo Testamento y al designio eterno del Padre.** La Epifanía cristiana, por tanto, no se edifica sobre rumores ni apariencias, sino sobre la Palabra fiel del Señor que gobierna la historia y conduce todas las cosas hacia su consumación.

Asimismo, este pasaje revela que la manifestación final de Cristo no acontece en aislamiento, sino que **involucra a toda la creación y culmina en la reunión gloriosa de los escogidos.** El mismo Señor que permitió la dispersión de su pueblo en el tiempo de la prueba es aquel que, por su gracia soberana, lo reunirá de los

cuatro vientos, sin que ninguno de los suyos se pierda. La Iglesia peregrina, hoy dispersa y probada, será entonces congregada en plenitud, purificada de todo lamento y transformada en gozo eterno ante la presencia de su Rey.

Hasta que llegue ese día, la Iglesia vive entre la manifestación ya concedida y la gloria aún esperada, **sostenida por la gracia, formada por la Palabra, guardada por la fidelidad de Dios y fortalecida por una esperanza sobria y vigilante.** La Epifanía culmina así no en un cierre definitivo, sino en una expectación santa, en la que la fe persevera, la esperanza se afirma y el amor se ejercita, aguardando la venida del Señor que ha sido manifestado, es proclamado y será revelado en gloria.

“A Él sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones, por los siglos de los siglos.

***Amén.*”**

(Efesios 3:21)

LA EPIFANÍA CONSUMADA EN LA ESPERANZA DE LA GLORIA

La Estación de Epifanía, tal como la Iglesia la recibe, ordena y celebra en el Libro de Oración Común, no es solamente un recuerdo piadoso de acontecimientos pretéritos, **sino un verdadero itinerario teológico, espiritual y litúrgico mediante el cual la gloria de Cristo se manifiesta de forma progresiva, pedagógica y salvífica.** En su sabia disposición, esta estación conduce al pueblo de Dios desde la adoración inicial de los gentiles en los Magos hasta la contemplación anticipada de la venida gloriosa del Hijo del Hombre al final de los tiempos. Así, la Epifanía enseña a la Iglesia a reconocer, confesar y esperar al mismo Señor que se reveló en la historia y que reina exaltado en la eternidad, uniendo de manera orgánica la encarnación, la misión redentora y la consumación escatológica.

A lo largo de este tiempo santo, la Iglesia ha contemplado a Cristo bajo múltiples manifestaciones de su única y perfecta gloria: **como Luz de las naciones que disipa las tinieblas, como Hijo amado del Padre revelado en el templo y en el Jordán, como Esposo mesiánico que inaugura el tiempo nuevo del Reino, como Sanador compasivo que restaura lo quebrantado, como Maestro de la verdad que enseña con autoridad divina, como Sembrador fiel que gobierna la historia con paciencia redentora y, finalmente, como Rey escatológico y Juez glorioso que vendrá a consumir todas las cosas.** Ninguna de estas epifanías se presenta de forma aislada o fragmentaria, sino que todas participan de un único designio eterno, es decir, la revelación del Hijo para la redención de un pueblo santo, conforme al amor electivo del Padre y por la obra vivificante del Espíritu Santo.

De este modo, la Epifanía educa a la Iglesia para vivir en la tensión fecunda entre el *ya* de la revelación cumplida y el *todavía no* de la gloria aún esperada. En este tiempo intermedio, el pueblo de Dios camina como comunidad peregrina, **sostenido por la gracia, formado por la Palabra y guardado por la promesa fiel del Señor.** No se le concede una fe triunfalista que ignore el sufrimiento, ni una esperanza evasiva que huya de la responsabilidad, sino una esperanza sobria, perseverante y obediente, conforme al carácter del Reino que crece silenciosa y misteriosamente en medio del mundo hasta el día de la siega final.

En su profunda sabiduría pastoral, la tradición anglicana ha conservado la Estación de Epifanía como un tiempo de contemplación activa, en el que la doctrina conduce a la adoración, y la adoración, a su vez, engendra una vida transformada. La gloria revelada en Cristo no se limita a iluminar el entendimiento, sino que purifica el corazón, ordena los afectos, disciplina la vida y orienta la esperanza hacia la comunión eterna con el Dios trino. Así, la Epifanía forma a la Iglesia no solo en lo que ha de creer, sino también en cómo ha de vivir y hacia dónde ha de esperar.

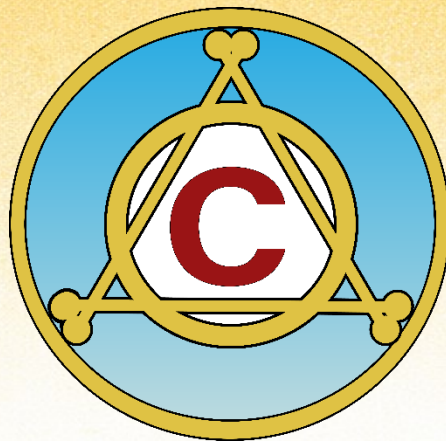
Por ello, al cerrar esta Estación de Epifanía, la Iglesia no se despide de la luz que ha contemplado, sino que la lleva consigo al camino que conduce a la Cuaresma y, finalmente, a la Pascua. La gloria contemplada se convierte en llamado a la conversión; la manifestación recibida, en testimonio fiel; y la esperanza anunciada, en perseverancia obediente. **Lo que ha sido revelado en Epifanía prepara al corazón para seguir a Cristo en el camino de la cruz, con la certeza de la resurrección prometida.**

Hasta el día en que la Epifanía sea plena y definitiva —cuando la gloria hoy velada sea revelada sin resto, y el Hijo del Hombre reúna a sus escogidos de los cuatro vientos— la Iglesia ora, espera y camina confiada. Lo hace con fe humilde y gozosa, elevando su súplica antigua y siempre nueva:

“Muéstranos, oh Señor, tu gloria, y seremos salvos.” (*cf. Salmo 80:3*)

A Él sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones, por los siglos de los siglos.

Amén.



“Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Yahvé ha nacido sobre ti”.

(Isaías 60:1)